# DESTINO

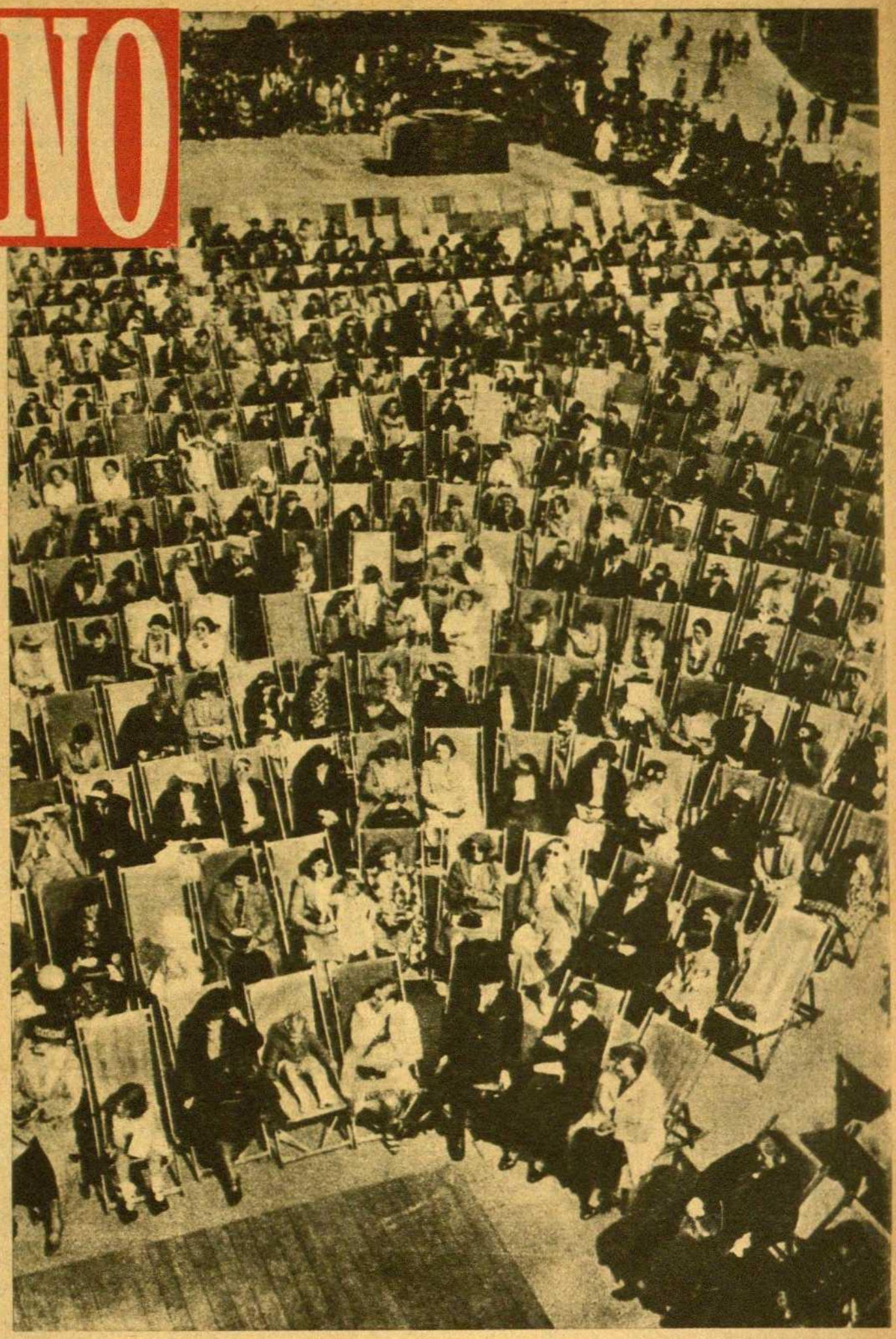
Núm. 473 - Barcelona, 10 agosto 1946. - Dos ptas.
SEGUNDA EPOCA — AÑO X
REDAC. Y ADMIN.: PELAYO, 28, PRAL. 1.ª TELF. 11462


## DICTAMEN

EN el giro que las realidades exteriores van tomando, es extremadamente revelador el hecho de que el Gobierno italiano haya excluído de sus posibilidades políticas la de reconocer al Gobierno Giral. Esa medida es, a nuestro entender, el definitivo puntillazo al grupo de exilados españoles que, a pesar de haber contado en cierto momento con la máxima popularidad fuera de España, ven cada día más alejadas de toda posibilidad práctica sus esperanzas, y casi definitivamente inalcanzables sus empeños de retrotraer la vida — política e individual — española al 14 de abril de 1931. Si Italia, tan extremadamente aguda y puntual en la modificación de sus convicciones, que echó por la borda al fascismo en julio de 1944 para incorporarse casi airosamente a la democracia, abomina, en agosto de 1946, al «hecho Giral», es que ese hecho tiene aplastantes probabilidades de ser abominado casi inmediatamente por todos los demás. ¿Puede ser imaginado — siquiera un instante — que al adoptar tal decisión Italia — acosada por la U. R. S. S. y por sus personales remordimientos — haya cometido una ligereza, se haya equivocado o apresurado? Mientras está gravemente inquieta por las cláusulas de su paz, ¿iba así a dar pábulo a los que la tildan de «fascista»? La novedad es ésta: desde hace poco, ya no es ser «fascista» considerar a Giral como un mediocre cuyas posibilidades políticas son en España nulas. Si no existe en España la «mística» de la República, mucho menos va a existir la mística de la República del señor Giral, al que nadie reconoce, al que nadie conoce siquiera. Ya no es ser fascista afirmar que Giral y su «troupe» de exilados no representan, en España y en el mundo, nada. Algo se ha ganado, por tanto, en lo que toca a nuestras puntualizaciones más elementales.

En realidad, el papel republicano español estaba totalmente perdido ya en 1939. Claro que la República del 14 de abril hubiera podido ser un régimen estable en España, pero la Historia dice — lo dice ya la Historia — que no lo fué. Esa República no duró más que seis años, y la que le siguió — si eso que va del 36 al 39 merece siquiera ser bautizado de República — ha provocado la mayor sangría nacional que conocen los siglos. La primera República española duró once meses; la segunda, cinco años, y la tercera — la de Negrín —, dos y medio. ¿No es natural que los españoles de todas condiciones consideren los vicios de la República como congénitos a ella y no como meramente casuales o circunstanciales? ¿Cuánto hubiera durado la — con todos los mejores empeños de nuestra imaginación — IV República española? ¿Y a santo de qué esas patentes democráticas de los republicanos? La Alemania nazi no era una Monarquía; excluyó al Káiser y nació de una República. La U. R. S. S. no es sólo una República, es una Unión de Repúblicas. Cuando Mussolini fué arrancado del Gran Sasso, en el colofón de su obra, en la hora de su máxima verdad fascista, se apresuró a fundar la República, una República fascista italiana. Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia, Inglaterra son, en cambio, Monarquías. En la hora presente, parece como si fascismo y República constituyeran un sinónimo, una unidad, y democracia y Monarquía, otra. Desde luego, la tremenda guerra pasada nos habrá ayudado a aclarar antiguas confusiones.

El efímero rol político de la IV y «non nata» República española fué ideado a la desesperada por los jóvenes elementos exilados españoles, especialmente por el señor Sbert, en los pasillos de la Conferencia de San Francisco. Para el hipotético advenimiento de esa IV República, antes había sido intentado un movimiento de partidas republicanas armadas en la zona fronteriza francesa. Ambas operaciones han merecido la mejor indiferencia del pueblo español. La Prensa francesa, expresando un estado de opinión, se desentiende de su antigua cobeligerancia con los republicanos españoles. El propio Nicolau d'Olwer, en la Prensa centroamericana, desengaña a sus huestes y amigos sobre las posibilidades de un retorno. Y los días que en el campo republicano se están viviendo, de gran desconcierto y desilusión, coinciden con la progresiva normalización de la vida política en Francia, en Italia, en la Europa occidental. El dictamen parece, pues, definitivo. — I. A.



*Luego de varios años de inquietudes y catástrofes, la estancia en las playas inglesas adquiere un adorable y plácido sosiego. Entendiendo que la idea del descanso va unida a una absoluta inmovilidad física, esta multitud de señoras y señores, con sus más graves atuendos, se entrega al placer de la comodidad bajo un manso sol británico*

El próximo número de DESTINO será de 24 páginas y se venderá al precio habitual de 2 ptas.

Léanse, en este número, los reportajes, **"La calavera de Hitler, las medias de nylon y algunas noticias de la época"**, por PENELLA DE SILVA; **"De cómo suda Orson Welles"**, por CARLOS SENTÍS; **"La gesta épica de los catalanes en Cuba.-Guerrilleros del trabajo"**, por JOSÉ ESTEBAN VILARÓ; en la página de Arte y Letras, **"Del caballero Linneo a la penicilina"**, por CARLOS MARTINEZ-BARBEITO; y el cuento de JEROME K. JEROME, **"Un joven aficionado"**, traducido por ANA M.ª DALÍ e ilustrado por J. M.ª PRIM

Véanse, asimismo, las interesantes notas de nuestras secciones «De Mediodía a Medianoche», y «La alegría que pasa»

# DE MEDIODIA

## AL DOBLAR LA ESQUINA

POR NÉSTOR

## LAS COMUNICACIONES

*EL sistema de comunicaciones es en España algo tan delicado, titubeante y lento que más bien parece ingeniado por enemigos del país que por sus habitantes. Quizá en ello haya influído el que durante el transcurso del pasado siglo las guerras civiles en potencia tenían acoquinados a los españoles y no querían facilitarlas con el trazado de vías de comunicación densas, amplias y cómodas. El caso es que ni en carreteras ni, desde luego, en ferrocarriles, podemos decir que estamos muy al corriente de los usos y costumbres viajeros de las naciones más adelantadas.*

*Los que acudimos, por ejemplo, al mar de la Costa Brava para refrescar nuestro cuerpo, sosegar nuestro espíritu e intentar una adaptación total con la luminosa alegría del paisaje, sabemos no sólo que las carreteras tienen el piso destrozado y casi intransitable, sino que hay algunas de ellas que parecen un juego de la oca en el que todos los cuadros sean trampa. Tal, por ejemplo, la carretera de segunda categoría que va de Rosas a Figueras, que, pasada en autobús, substituye un solaz de las montañas rusas de parque de atracciones. Por otra parte, para viajar de un pueblo como Cadaqués a Tossa, que, por la costa, distarán unos ciento cincuenta kilómetros mal contados, el viaje en un día ordinario de la semana consiste en la siguiente:*

*Autobús muy mañanero que va de Cadaqués a Figueras y que es el único vehículo que une a Cadaqués con el resto del mundo y solamente a esta hora. El viaje permite conocer los más nimios accidentes del terreno, porque la carretera está, sobre todo en el citado trozo de Rosas a Figueras, de una manera apocalíptica. Podemos afirmar que por este lado de la costa estamos absolutamente seguros de que jamás seremos invadidos, pase lo que pase en los sistemas guerreros. Figueras está defendida del mar por esta gloriosa carretera y por un puente que hace siete años que se ha de construir por encima del Muga. Sólo el tesón de los españoles puede salvar este escollo que es nuestra carretera de segunda categoría, y lo hacen unos esforzados varones que conducen un viejo y jadeante autobús, a los que saludamos desde aquí con respeto, veneración y agradecimiento.*

*Pero, prosiguiendo el viaje, se llega a Figueras, desde Cadaqués, a las nueve de la mañana, luego de dos horas y media de trituración en la carretera, de paisaje y de conversación con un payés sobre las cosechas. A las nueve se toma en Figueras un tren notabilísimo, llamado, según me dijeron, el tren gallinero, que para en todas las estaciones del trayecto, en otros lugares que no lo son y que salva la distancia de Figueras a Gerona en otras dos horas y media de paisaje. La conversación con el payés que salió con nosotros de Cadaqués ha pasado del estado de las cosechas a los acontecimientos de la vida familiar de este señor, al que compruebo que fastidian las cosechas y el tiempo, que tiene que ir ajustadísimo hasta el infinito para que las calamidades no flagelen cruelmente a la Agricultura, según saco en limpio de su conversación.*

*El viaje continúa desde Gerona, de donde se sale a las doce y media, para llegar a Blanes a las dos de la tarde, con lo que sobrepasamos a Tossa en treinta kilómetros, que luego tenemos que ganar a base de un autobús que nos lleva a Lloret de Mar, saliendo de Blanes a las tres y pico, y con otro autobús que une Lloret de Mar con Tossa y que sale a las siete de la tarde de Lloret y llega a las ocho de la noche a Tossa. En conjunto, si no se pierde ninguno de los cinco combinaciones, catorce horas de viaje.*

*¿No creen ustedes que, siendo la Costa Brava el lugar de mayor afluencia de veraneantes, se podría combinar algún sistema de comunicaciones más rápido y eficiente? ¿Que se podrían arreglar algo las carreteras, apresurar los trenes, incrementar los servicios de autobuses? Los Ayuntamientos deberían procurar que todo funcionara con mayor seriedad y eficacia, y todos saldríamos ganando. Pero todo es inútil. Las gentes de los pueblos de la costa están en el nirvana, de los precios que cobran por todo, y no piensan en nada más que no sea en continuar este estado de cosas, aunque las gentes hayan de llegar al pueblo a cuatro patas. Y como no existe iniciativa privada, ¿quien se cuidará — preguntamos nosotros — de arreglar toda esta frenética anarquía de nuestras comunicaciones?*

## HUMOR

*por* CASTANYS

Desfile de modelos de la presente temporada

## UN COCINERO DESAFIA A UN ESCRITOR

**EN uno de los últimos números del periódico «Los Sitios», han aparecido las siguientes líneas:**

UN COCINERO DESAFIA A UN ESCRITOR

EL SEÑOR VILA LANZA EL GUANTE A DON JOSE PLA

El conocido escritor especialista en temas de la Costa Brava, don José Pla, ha publicado en uno de sus libros un artículo en el que se refiere a la calidad del salmonete que se extrae de nuestra costa. Y manifiesta que a su juicio el mejor salmonete del mundo es el que se pesca en Tossa de Mar. Al propio tiempo, don José Pla no aprecia en todo su valor culinario el salmonete de Blanes, por lo cual un benemérito hijo de aquella población, el cocinero señor Vila, profesor diplomado, uno de los primeros artistas del sublime arte de la cocina, nos ha obsequiado con las siguientes manifestaciones:

—Tengo el honor de desafiar amistosamente al señor Pla a que con su rico paladar distinga los salmonetes guisados por mí en el banquete que tendrá lugar en su día y que será acompañado del rico champán Freixenet. Uno de los platos del banquete consistirá en dos salmonetes del mismo tamaño y peso — uno de Tossa y otro de Blanes — que condimentaré para él.

Esperamos que el señor Pla, ante una cuestión tan seria y que tanto afecta al honor pesquero de Blanes, acepte el reto y se disponga a perder.

El banquete desafío tendrá lugar en cierto lugar de la costa.

**Hasta aquí, «Los Sitios», de Gerona.**

**Hemos comunicado a don José Plá lo que antecede, y nuestro amigo nos ha escrito la siguiente carta:**

*«Mi querido Vergés:*

*Paso ahora a contestar el papel de «Los Sitios» dimanante del cocinero diplomado, oriundo de Blanes, señor Vila.*

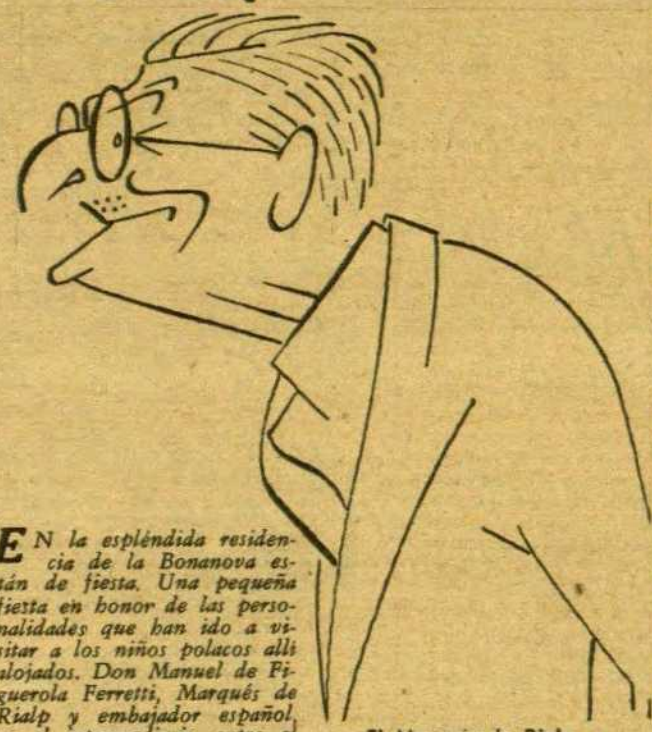
*Yo, señor cocinero, no he sido capaz, jamás, de tomarme las cosas a broma, como parece ser su tendencia. Ante su reto, me considero muerto, fenecido y enterrado definitivamente. No asistiré, pues, al banquete que me propone. Y no asistiré, primero, porque no está el horno para bollos. Después, porque en mi vida asistí a mojiganga alguna de banquetes ni de ésta ni de cualquiera otra categoría. Sería, por otra parte inútil mi presencia. Es absolutamente problemático que mi paladar sea un rico paladar. Mi paladar, no es más que un ex paladar, un paladar que pasó a la historia, un mero recuerdo del pasado. Los paladares han sufrido una curiosa transformación. Por otra parte, el señor Vila comprenderá la aprensión que me producen los temas del patriotismo local, meras tonterías pueblerinas sin importancia. Yo tuve siempre una cierta capacidad para las amenidades ajenas, pero, confieso que los asuntos de patriotismo local no me interesaron jamás.*

*He de decir finalmente al señor Director de «Los Sitios» que yo no soy especialista en temas de la Costa Brava — ni, gracias a Dios, especialista en nada —. Mi única especialidad, señor Director, es la de la inmensa mayoría de los habitantes del país: la especialidad de ir tirando del carro.*

*J. P.»*

CINCO MINUTOS CON...

## EL MARQUES DE RIALP



El Marqués de Rialp, visto por Del Arco

*EN la espléndida residencia de la Bonanova están de fiesta. Una pequeña fiesta en honor de las personalidades que han ido a visitar a los niños polacos allí alojados. Don Manuel de Figuerola Ferretti, Marqués de Rialp y embajador español, es el intermediario entre el Gobierno y el organismo internacional de socorro a la infancia, que tiene su sede en Ginebra.*

*—¿Más niños, señor Marqués?*

*—Esperamos otra expedición.*

*—¿Polacos también?*

*—El Gobierno no ha concretado la cuestión de nacionalidad.*

*Los niños acogidos en esta residencia obsequian a sus visitantes con canciones y danzas de su país. Los visitantes, a cambio, obsequian a los pequeños con pasteles y helados.*

*—El aspecto de estos «paquetes» es inmejorable, señor Marqués.*

*—¿Usted los vió cuando llegaron?*

*—Sí, y se nota el cambio.*

*—Pues pasarán aquí otro invierno.*

*—¿Y de aquellos niños judíos de que se habló hace algún tiempo?*

*—Nosotros recibimos a los niños que, por medio de ese organismo que le indiqué antes, nos lleguen, procedentes de países devastados por la guerra; ya se ha dicho que no hay límite ni en nacionalidad ni en religión.*

*—¿Y en tiempo?*

*—Ya ha oído lo que ha declarado el director general de Beneficencia: que la hospitalidad de España es indefinida.*

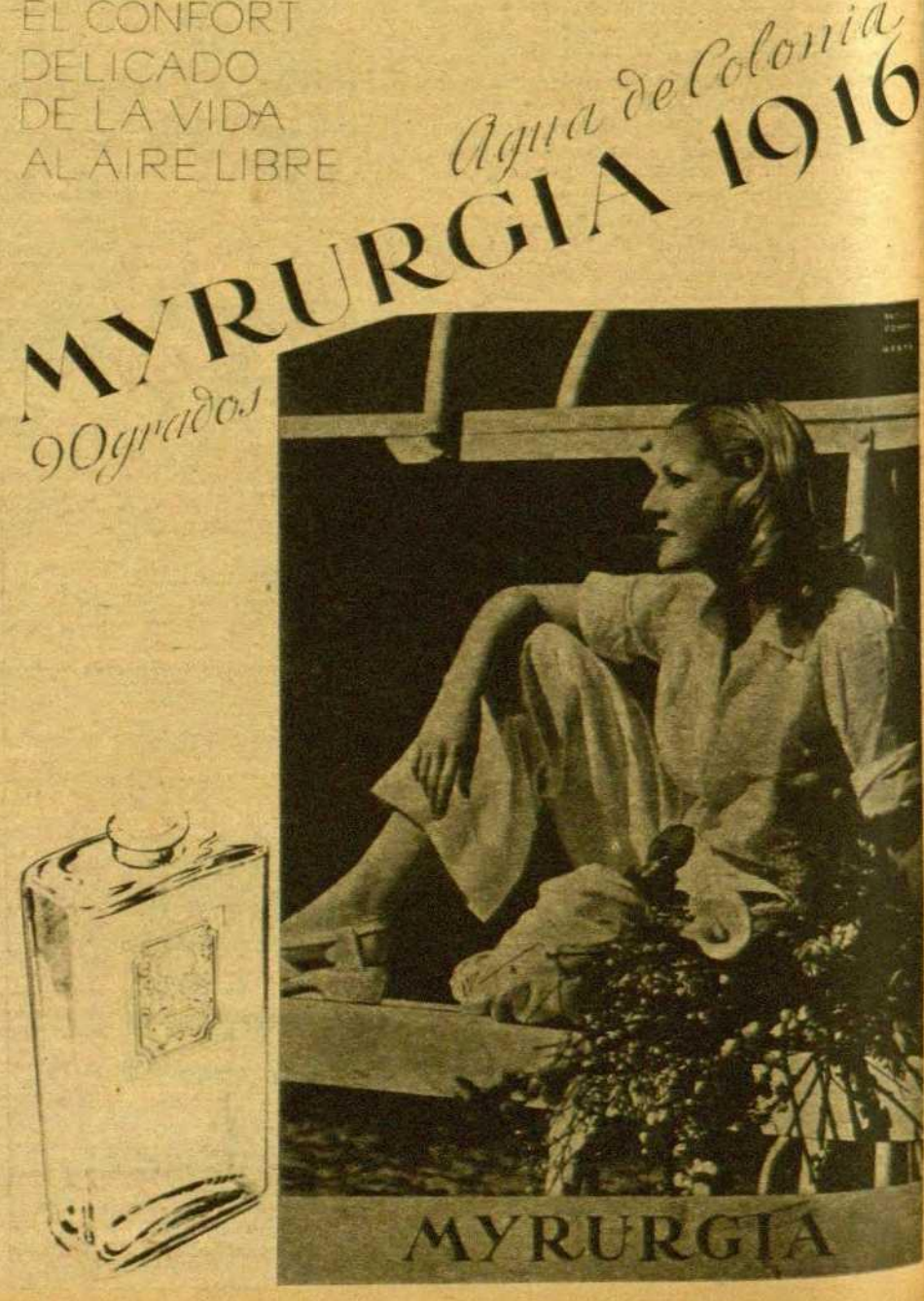
*Las criaturas dan unos vivas, que no entendemos, y muestran su entusiasmo ante las bandejas de dulces. Y, en correcto castellano, silabeando, gritan a coro: «mu-chas gra-cias».*

*Al abandonar la residencia, el Marqués de Rialp me hace una advertencia, que deseo se haga constar:*

*—En esto de los niños refugiados, estamos de acuerdo con los aliados.*

*—Por supuesto.*

*Anoto su recomendación y salgo del «chalet» de la Bonanova. Y todavía oigo el eco de las pocas palabras en español aprendidas por estas criaturas: «Mu-chas gracias...»*

# A MEDIANOCHE

## CARTAS al Director.

### LITERATURA Y SERMONES

«Señor Director de DESTINO

Distinguido señor: En un artículo del núm. 471, firmado por Vázquez-Zamora, titulado «Con la sociología hemos topado», leo lo siguiente

Que «la literatura no es lugar adecuado para sermones sociales, religiosos o políticos» Ignoro la amplitud que el autor dará al término «sermones», porque desconozco la obra de Priestley que comenta, pero en todo caso me permito disentir de tal afirmación, pues, ¿qué no menguaría el Quijote sin los sermones del Hidalgo a Sancho? ¿Qué justificación tendría Raskolnikov, sin sus «sermones» sociales? ¿No son «Rojo y negro» y «La Cartuja de Parma» un puro «sermón» liberal? ¿Y qué quedaría de las novelas de Charles Morgan sin los «sermones» socráticos de sus protagonistas? Y algunas de las páginas literarias más hermosas de todos los tiempos, verdaderas «novelas» puesto que poseen personajes y acción, los Diálogos de Platón, ¿no son «sermones» religiosos, sociales y políticos?

Es muy fácil, señor Director, llamar «sermón» a la literatura con ideas. Le ruego que compare los nombres que le he citado con los de cualquier representante de la literatura de «instintos», por ejemplo, con esa flor tan preciada y edificante de la novísima literatura española que es «Pascual Duarte». Creo que el sólo enunciado basta.

Siempre lector de su semanario,

A. GARCIA CID.»

•

### COMO SE BAILA LA SARDANA

«Señor Director de DESTINO

Muy señor mío: Leo en DESTINO, del 20 de julio, una carta que le dirije M. de La Escala, con respecto a un concurso de sardanas anunciado en Gerona, en la cual protesta de la determinación exigida en una cláusula del mismo, de que los danzantes, en los compases cortos, deberán llevar los brazos «caídos». Desprendiéndose por lo indicado por dicho señor, que los que estuvieran habituados a danzar con los brazos yertos, como tienen por costumbre en su pueblo, se encontrarían en inferior posición a los demás que a dicha manera estuvieran acostumbrados.

Hasta cierto punto creo que es razonable la protesta que hace dicho señor. Y digo hasta cierto punto, pues debe de saberse que la sardana, antiguamente, se danzaba precisamente, en dichos compases, en la forma exigida. Ahora bien, ya de tiempo, tanto en los compases largos, como en los cortos, así como en las sardanas «revesas» o en las de lucimiento, los brazos se llevan yertos, pues parece es más agradable para los danzantes, como para las que los contemplan. Por tanto, sería de desear se suprimiera esta base en dichos concursos, para evitar molestias a los concursantes y tal vez vistosidad a dicho danzar, dejando en libertad a los grupos que lo compusieran.

En lo que sí sería conveniente recalcar, es que por parte de los danzadores, se suprimieran los «retortijones» que algunos hacen con los pies, en las sardanas de lucimiento precisamente, ya que la sardana no es, ni debe ser exotizada, ni considerada como, por algunos parece ser tomada por un tango o baile de análogo. Además, sería conveniente que se tuviera en cuenta el darle el movimiento hacia la izquierda y la derecha en la terminación de los compases que en su ritmo se llevan a un lado u otro y no el hacer el «plantón» en el danzar quitándole la belleza que tiene y por ende ofreciendo una monotonía, que desdice de lo que es y debe ser dicha danza.

También quisiera indicar ciertas diferencias que creo que existirán todavía, lo cual convendría buscarle una fórmula de solución. Y es que en algunos lugares o comarcas, la sardana se inicia y se da el reparto de compases para su terminación a la izquierda, mientras que en otras, se hace el reparto a la inversa. ¿Por qué no se determina para la generalidad, el adoptar una forma u otra, de iniciarla y acabarla, y así evitar el que se encuentre violento cuando se coloque en un corro distinto al de su manera habitual de contarla y no poder saborear en dicho cálculo el deleite que encuentre y tal vez sea el único sentido al danzar?

Y a lo que respecta a esta denommación de baile, cuando a la sardana se refiera, debiera de suprimirse. La sardana no ha sido nunca un baile, en el sentido corriente de la frase, sino una danza. Además, «dançar» es perfectamente asimilable a la lengua castellana, guardando con ello el genuino sentir de nuestra danza y el respeto que nos debe de merecer a todos los catalanes, como de más excelsa.

PEDRO PERICH.»
Zaragoza.

•

### LA MENDICIDAD

«Señor Director de «DESTINO»

Muy señor mío: Es con satisfacción que leo en sucesivos números, la campaña que, en contra de la mendicidad, viene desarrollando la interesante revista de su dirección.

Es verdaderamente bochornoso para nuestras primeras autoridades, para el país en general y para todos en particular, el que una plaga tan grande de mendigos y gente menesterosa transite a los ojos de todo el mundo por nuestras calles, por nuestras ciudades, por nuestros pueblos de la provincia y, me figuro, por todo el país. ¿Es que este problema no tiene solución?

Señor Director, es muy loable para usted el que su periódico salga al paso de esta eterna cuestión de la mendicidad. Sin embargo, la campaña, si no se incrementa por medio de la Prensa restante y por todos los medios posibles, especialmente los que pudieran aportar las Organizaciones Católicas, amenaza con no surtir ningún efecto ni llegar a resultado práctico alguno.

Es necesario que por humanidad — por humanidad, señores; no por evitarnos molestias — se procure hacer algo. Lo que sea y como sea, pero haciéndolo bien. No con limosnas, pues de esta forma se incrementa el número de pordioseros y se llega a un resultado práctico diametralmente opuesto.

Nuestro pobres tienen derecho a algo más que a la limosna o el asilo. Nuestros pobres tienen derecho a que les dediquemos «nuestra atención». Ya sería hora de que alguien se preocupara de ellos, no por quitárnoslos de encima sino para ayudarles. Con ello daríamos prueba de haber penetrado en este sentido religioso del que tanto se alardea y que tanta falta nos hace a todos.

¿Pero cómo hacer «algo»?, se preguntarán algunos. Si otra cosa no, sumándose a esta misma campaña por su semanario iniciada.

No se nos diga que no hay solución. Si se tratara de una medida para la guerra, la habría; estoy segura. Entonces, ¿es que hemos perdido ya la conciencia, el corazón y el sentido de nuestros deberes humanos?

MARIA RIBAL.»

•

### ACUSE DE RECIBO

«Señor D. Ignacio Agustí
Mi admirado Director, y más aún admirado escritor.

Mucho tiempo hace, le mandé un frasco de «Odontamida» como obsequio, por ser producto por nosotros elaborado, y como novedad terapéutica, obsequié a todas las autoridades y altas jerarquías, en todas las actividades: literatos, músicos, pintores, poetas, políticos, militares, eclesiásticos, etc. Todos me han dado las gracias y me han hecho saber que lo recibieron menos usted, a pesar de haberle escrito otra vez, suplicándole que me hiciera saber si había llegado a sus manos mi obsequio. Me molesta su desprecio y bien a pesar mío, como represalia, no leeré ningún artículo más de usted, que tanto admiro y hasta dejaré del comprar el DESTINO.

Suyo afectísimo,

PABLO SANSO.»

•

### LOS TRENES

«Señor Director de DESTINO

Muy señor mío: En sus crónicas tituladas «Los viajes en verano», su colaborador que firma Néstor, escribe cosas sabrosas sobre los viajes por tren. Pero hasta ahora, no ha hablado de lo más truculento. Y por si se le olvidase me permito señalarle los hechos que voy a anotar, inspirándome de la verdad que deben ser los trenes hechos para los viajeros, y no los viajeros por los trenes, como resulta en la actualidad.

Primero. La insuficiencia notoria de material obliga los viajeros empleando los trenes del litoral y otros de las afueras de Barcelona, a quedar de pie o en las plataformas, y hasta en los estribos, como si fuera un vulgar tranvía.

Segundo. Hay unos cuantos exhibicionistas de brazos atrofiados o miembros listados, que invaden los trenes de las afueras para pedir limosna y piensa uno: la caridad es una virtud, pero hay una asistencia social. Es un espectáculo poco halagador para una ciudad.

Tercero. Los departamentos de segunda, tienen casi siempre los asientos ocupados por viajeros de tercera, y los de segunda quedan de pie. ¿Qué hacen los señores interventores? Comparecen generalmente, cuando no hay afluencia, para poder cobrar los recargos, pero no en el momento de poner un poco de disciplina. Y no ocurre nunca que, cuando un viajero de segunda se refugia en tercera, porque allí encuentra más sitio, le reembolsen la diferencia de precio del viaje lo cual sería lógico.

Cuarto. Las nuevas tarifas, siempre en aumento, y con billetes impresos desde tiempo, permiten que a veces a uno le cobren más de la cuenta, sobre todo con la prisa de las colas, por insuficiencia de taquillas abiertas.

Si pueden servir estas quejas para algo en bien del público, le agradeceré les dé un poco de publicidad.

M. L. C.»

# EL VERANEO DE UN AUTOR PRODIGIO

El veraneo retribuido de Eugenio Rodríguez Arias

ALLA por el año 1900, siendo empresario del Teatro Comedia de Madrid el renombrado autor D. Ceferino Palencia, presentóse cierta noche en la portería del teatro un chaval de doce años, suplicando ser recibido por la Dirección. El pequeño visitante llevaba un pliego de papeles manuscritos bajo el brazo e insistía ante el portero en ver a don Ceferino Palencia, porque era portador —decía— de una comedia en verso suya, aspirando en su cualidad de autor a que le fuera concedida audiencia por la Empresa del teatro.

Celebrábase aquella noche la función de beneficio del aplaudido actor Emilio Thuillier, primer galán a la sazón de la Compañía titular. Era una velada selecta. Las más destacadas figuras de la crítica y de la literatura habíanse congregado en la sala. Estaban en la platea don José Echegaray, don Gaspar Núñez de Arce, don Carlos Fernández Saw, don Mariano de Cavia. Diérónse cita allí aquella noche todos los personajes celebrados de aquel Madrid perfumado de auténtica intelectualidad y bohemia en los albores del siglo: Ricardo de la Vega, Joaquín Dicenta, Vital Aza, marqués de Valdeiglesias, Manuel Paso, López Silva... Entre ellos destacábase un forastero, muy discreto, algo barbudo, cargado de hombros, y de buenas palabras para los que le eran presentados. Era un poeta catalán. Se llamaba Angel Guimerá...

Terminada la brillante representación, el diminuto visitante pudo colarse hasta los corros de tan laureadas firmas. Pudo llegar hasta la mismísima persona de don Ceferino, el empresario, el cual, entre enojado y sorprendido, preguntó al intruso lo que deseaba, para dejarles hablar en paz.

Presto, el mozalbete echó mano al misterioso manuscrito, manifestando su pretensión respetuosamente. Humilde y timorato pero firme en su actitud, esperó el demandante a que Palencia mordiera en la curiosidad de hojear las cuartillas que él llevaba.

Entre sonrisas irónicas y gestos de escepticismo, pasó manuscrito de mano en mano. Pero he ahí que uno de los reunidos exclama:

—¡Quintillas! ¡Octavas reales! ¡Décimas! ¡Sonetos!...

Los versos le parecen buenos, y obtiene del empresario otorgue su atención al jovencito para el examen detenido del mamotreto que exhibe. Pasan el espontáneo, el empresario y un reducido comité de curiosos al despacho de la Empresa y se examina la obrita y la personalidad de su autor.

—Bien —dictamina Palencia—, este niño sabe Retórica..., pero ello no quiere decir que escriba comedias potables.

Objetaba que el hallazgo era sin interés para el teatro; pero un amigo de Palencia incitóle a proponer el chiquillo lo siguiente:

—¿Te atreverías a escribir

Rodríguez Arias, niño prodigio

un monólogo en verso sobre el tema que yo te diese?

—Sí, señor —replica el muchacho con energía...

—Pero deberás hacerlo delante de mí.

—Cuando usted quiera —contestó el chico.

—Pues mañana mismo. Ven a las tres de la tarde.

El muchacho acudió a la cita. Escribió el monólogo que Ceferino Palencia le pusiera de prueba. Lo firmó. Le puso título: «El sueño de un colegial»...

Y el sueño fué realidad.

La actriz Nieves Suárez, dama joven, en la circunstancia, de la Compañía de Thuillier, debía estrenarlo pocos días después; pero, por indisposición repentina, hubo de hacerlo Aurelia Guinea.

El público a sabiendas de la juvenil edad del novel autor, tributó al monólogo una ovación cariñosa, reclamó la salida a escena de Eugenio Rodríguez Arias, el «niño prodigio» y Vital Aza encargóse de presentarlo al público entre un aluvión de aplausos.

La Prensa del día siguiente calificó el suceso como un caso único en la historia del teatro. Y los ecos llegaron hasta el Palacio de Oriente. S. M. la Reina María Cristina apresuróse a distinguir al pequeño autor concediéndole una pensión con el fin de ayudarle en sus estudios, que fueron, por voluntad familiar, los de la carrera de Derecho.

Ese fué el maravilloso debut de Eugenio Rodríguez Arias, un autor pródigo y generoso de su ingenio y fantasía, que vive actualmente en circunstancial retraimiento, camuflado de simple empleado boletero en la puerta de una dependencia de nuestro mejor establecimiento balneario de la Barceloneta.

Ese es un autor que encontró la manera de veranear «con retribución», según sus decires. Ningún empleo más propio que el suyo para la estación canicular. Sus cincuenta y un buen pico de años, llenos de substancia folletinesca, encuentran en la playa balneatoria el asoleado reposo que no le brindaron las candilejas del arte lírico integral, desde la ópera grande al más chico de los géneros: el cuplet de la calle del Conde del Asalto. Las cuartillas que ha garrapateado contarianse por toneladas. Centenares de veces ha colaborado anónimamente, tras-cortina, con las lumbreras de la Sociedad de Autores. Los «produceurs» de revistas le sacaron el jugo, sin llegar a estrujar totalmente el limón de su inventiva. Fernando Bayés lo tuvo en la nómina. Manuel Sugrañes heredó sus servicios de literato minutero, capaz de concebir un argumento inédito y montar el diálogo subsecuente en menos tiempo que el que precisa para lanzar un estornudo.

Eugenio Rodríguez Arias es un gran cultor del cantable de zarzuela, opereta, revista y variedades, verdadero filón de liquidaciones para quien como él es multimillonario... de letras de rumbas, de jotas, de pasodobles y de foxtrots, que son las verdaderas «letras a la vista» de nuestro interlocutor.

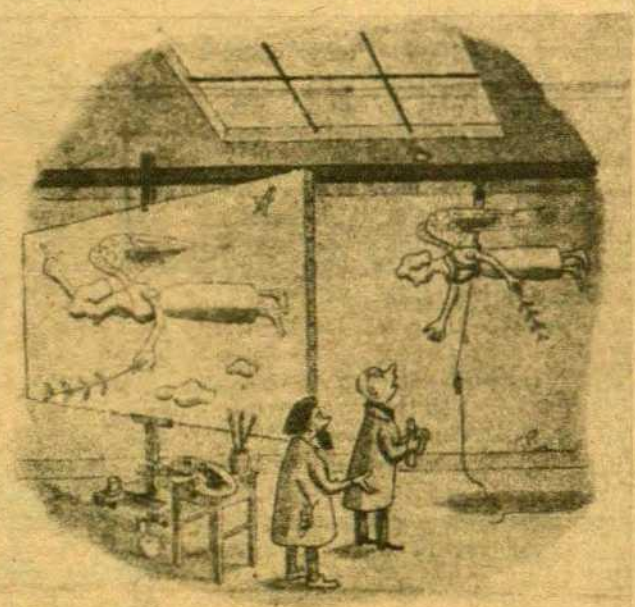
Vicisitudes de familia, espíritu bohemio, fuste de caballero dadivoso, alegre y derrochador, fueron otras tantas cosas que mermaron las rentas cobradas por este proveedor oficial de las Academias del distrito quinto.

—Nací cigarra. No sentí vocación de hormiga. Esa es una cuestión de nacimiento. Y aquí me tiene usted, once horas diarias en el regazo de mi viejo amigo el sol, uno de los que me quieren todavía, aunque me haga sudar más que un día de estreno.

Rodríguez Arias espera pacientemente un cargo solicitado a la Sociedad de Autores, en cuyos servicios de archivo, sus conocimientos de todo lo que de cerca o de lejos atañe al arte teatral van a ser muy útiles, por completos, vastos, casi indefinidos... Entretanto, taladra boletos de baño masculino preferente, avista de reojo las bañistas chispeantes y echa a vuela pluma algún madrigal de refrán, para no perder la forma.

—Excúseme usted —nos ruega finamente.

¡Atención! El señor Curt Dorlay sale de la ducha. Un cliente en sentido doble...



—Le presento a mi esposa. (Punch)

# PROBLEMAS DE LA PAZ EN EUROPA

ES evidente — y principalmente los americanos son los más convencidos de ello — que la condición indispensable para vencer el hambre en Europa y lograr el equilibrio de su economía es conseguir previamente un orden normal en el Continente por la firma de los Tratados de paz.

De los cinco proyectos que han de servir de base para los Tratados de paz con Italia, Finlandia, Rumania, Hungría y Bulgaria, sólo se ha examinado el primero y esbozado el que fijará la suerte futura de Rumania. La lentitud de esta labor, que, por otra parte, se reconoce de tanta urgencia, procede, como fácilmente puede comprenderse, de la dificultad en poner de acuerdo los intereses de las grandes potencias, que hasta ahora, desgraciadamente, y pese a todas las declaraciones en contrario, han prescindido en absoluto de los intereses de los pequeños países, considerándolos como simples peones en el tablero de las rivalidades internacionales.

Las dificultades para la consecución de una paz definitiva en Europa son: unas, de orden general, y otras, de índole particular, pero derivadas de aquéllas. Son las primeras, en síntesis, el choque de los intereses de las grandes potencias en la región danubiana y en la ribera mediterránea, así como el sistema imperante de desconfianza en las relaciones internacionales, que es causa de que se mantengan los absurdos sistemas de zonas de influencia.

El arreglo de las cuestiones danubianas es, en estos momentos, difícil, por el hecho consumado de la ocupación militar soviética de aquellas regiones de Europa, ya que la presencia de las tropas rojas da una incalculable fuerza a las minorías comunistas, árbitros de la situación. Unicamente la firma de los Tratados de paz, al devolver la autonomía a estos países, permitiría hallar una solución justa para todos; pero precisamente esta solución es la que también sería necesaria para llegar a concluir dichos Tratados, de modo que, como se ve, la cuestión está encerrada en un círculo vicioso que, como es lógico, Moscú no tiene ninguna prisa en abrir, pues, entretanto; el proceso de sovietización continúa y va logrando enraizar sólidamente. Por eso, mientras Inglaterra y los Estados Unidos propugnan la internacionalización de la cuenca del Danubio, Rusia opina que es preferible que cada Potencia interesada en el tráfico fluvial concierte acuerdos bilaterales con los países ribereños, lo que supone tanto como exigir que esos acuerdos se firmen con ella, ya que ella es actualmente la única dueña de la situación.

En lo que se refiere a la cuestión mediterránea, la principal oposición de intereses surge entre la Gran Bretaña y Rusia, y a ella están ligados los problemas balcánicos e italianos. Es posible que si no se hubiera cometido el error de privar a Italia de sus antiguas colonias, el problema fuera hoy más sencillo de resolver, pues ahora, naturalmente, es difícil conciliar, por ejemplo, la seguridad de la ruta británica mediterránea con el deseo ruso de establecer bases marítimas y aéreas en Tripolitania. En cuanto a los países balcánicos, terraza de Europa sobre el Mediterráneo Oriental, parece que una de las piedras de toque es lo referente a los efectivos de los futuros ejércitos de aquellos Estados, puesto que los anglosajones afirman que, tras la firma de los Tratados de paz, no debe existir ningún Ejército balcánico grande, porque ello supondría una amenaza para la paz, y Rusia, por su parte, opina precisamente todo lo contrario.

Las dificultades de orden particular conciernen principalmente a Grecia, Bulgaria, Rumania y Hungría, ya que respecto a Finlandia no parece haber problema, y los asuntos polaco y yugoeslavo están, desgraciadamente, fallados.

En el pleito grecobúlgaro, Inglaterra apoyará seguramente las pretensiones de Grecia, tanto en lo que se refiere a reparaciones como en lo relativo a la revisión de su frontera; frente a este apoyo, Rusia no dejará de ponerse al lado de Bulgaria.

En Hungría y Rumania, la ocupación soviética ha impuesto cargas superiores a sus posibilidades financieras, y, por otra parte, antes de que se hayan fijado sus respectivas aportaciones en concepto de reparaciones, han sido expoliados de sus equipos industriales. Como consecuencia, ambos países han pasado a depender económicamente de la U. R. S. S. Especialmente la situación de Hungría es angustiosa, y, por ello, pretende lograr el auxilio angloamericano para conseguir la devolución del oro, de las obras de arte y de las instalaciones industriales que fueron trasladadas a Alemania por los germanos.

Son otros muchos más los problemas que previamente han de resolverse antes de llegar a la paz definitiva, pero sobre todos ellos pesa la sombra del Kremlin. Mientras esta sombra siga manteniendo en tinieblas la situación en los países de Europa central y oriental, no es posible que se adelante mucho en el camino de la normalización de la vida en el Continente. Y esta sombra persistirá hasta que las potencias occidentales no se decidan a despejarla con una actitud firme y enérgica.

J. RUIZ-FORNELLS

# Panorama internacional

## ¿Habrá otra guerra o no la habrá?

### CARTA ABIERTA A UN LECTOR

AMABLE lector: No contestar las cartas que recibimos es un derecho que, recientemente, ha sido reivindicado en las columnas de la Prensa barcelonesa, no recuerdo por quien. Ya sé que esto provoca contrariedades y puede originar incluso enemistades, pero es así y no puede menos que ser así. Y conste que con ello intento conscientemente hacer una excepción en favor de los periodistas de la calificación general que merece la grosera costumbre actual, cada día más generalizada, de no contestar las cartas. Pero los periodistas, aparte del posible volumen de la correspondencia y de que no tienen obligación, bien al contrario, de hacer partícipes por pequeñas dosis a cualquiera que les escriba de la mercancía de que viven, tienan la disculpa de que nada es más aburrido para el que se pasa la vida escribiendo que tener que escribir, luego, supletoriamente y sobre los mismos temas.

Pero con usted, lector desconocido que me escribe la carta a que quiero referirme hoy, voy a hacer una excepción a la regla general de la incontestación. Me mueve a ello no sólo el evidente interés y perfecto razonamiento de su escrito sino que el tema planteado en el mismo es apasionante para todo el mundo.

«¿Habrá otra guerra o no la habrá?, déjemos los rodeos y las divagaciones, esta es la pregunta concreta sobre cuya respuesta quisiera saber su opinión», dice usted en su carta.

Pues bien, lector amable, por más que quiera complacerle no me es posible contestar con un simple sí o no. Vamos un poco por partes.

Mi opinión es que si las cosas siguen el curso lógico que les marcan los acontecimientos, ideas y tendencias del momento, tal y como los conocemos desde aquí sin que se produzcan cambios notables en la misma: habrá otra guerra, es lógicamente inevitable.

Piénsese en lo que significa el imperialismo ruso y comunista. Léanse los escritos de los pensadores que constituyen la base ideológica del comunismo soviético, estúdiense las irrefrenables tendencias imperialistas de Rusia a través de los tiempos, repásese la historia de Europa en el siglo XIX y véase la pugna constante y la preocupación permanente de las cancillerías para detener al rodillo ruso en su marcha hacia nuevas conquistas siempre; véase, incluso, como «la misión» del pueblo ruso asoma con frecuencia en las páginas de un Dostoiewsky y de otros escritores rusos. Todo, todo lleva a pensar en la irresistible marcha de Rusia hacia un intento gigantesco de dominación universal.

Por otro lado, veamos otra cosa: el poderío anglosajón, el legítimo orgullo de los pueblos británico y norteamericano, la repugnancia del mundo a someterse a la dominación de un pueblo. Elementos, por lo tanto, que demuestran la existencia de un factor de oposición a los designios que Rusia parece abrigar. Están, pues, los dos elementos, destinados a chocar en un imponente asalto en el cual se decida la suerte del mundo.

Ahora bien, este asalto es inevitable «lógicamente», o sea partiendo de las premisas existentes actualmente. ¿Es previsible que tales premisas cambien? No, no resulta previsible en este momento, pero puede sólo en el futuro. Pensemos, por ejemplo, en que el régimen ruso se funda en la voluntad férrea de un hombre, ¿quién sabe lo que puede ocurrir a su muerte? Por otra parte — y no olvide usted este argumento —, no es previsible que Stalin, que tiene ya sesenta y siete años y acaba de ganar una guerra, quiera meterse en otra que tendría una envergadura infinitamente superior. Y aunque quisiera no tendría tiempo de hacerlo, puesto que los factores necesarios para que

El general Eisenhower, jefe del Estado Mayor del Ejército norteamericano

Rusia se lance a la lucha, no estarán a punto en vida de Stalin, con toda probabilidad.

Por ejemplo, es evidente que Rusia no se lanzaría a la aventura de una lucha con los anglosajones sin tener por lo menos la vehemente convicción de que su industria está a la misma altura o superior que la de los Estados Unidos. Esto está lejos todavía. En su discurso de febrero sobre el plan quinquenal, Stalin predijo que en el curso de tres de dichos planes — o sea quince años — Rusia alcanzará el nivel norteamericano en algunas industrias, aproximándose solamente al mismo en otras. Ahora bien, Stalin tendría a la sazón, si viviera, ochenta y dos años. Ello sin contar que el nivel industrial norteamericano, pese a las huelgas, no es algo estático ni mucho menos, sino que se va perfeccionando y va aumentando año a año. Y lo mismo sucede con los otros países que están bajo la égida anglosajona. Piénsese, por ejemplo, en las inmensas posibilidades que ofrecen Australia y Brasil.

Claro que, adviértelo, lector, no quiero decir yo que la muerte de Stalin haya de ser forzosamente un elemento favorable en la situación. El actual dictador tiene mucha experiencia y figura en el grupo «moderado» del comunismo dirigente. ¿Quién sabe qué frenético arriesgado puede lograr adueñarse de la inmensa Rusia cuando Stalin desaparezca de este mundo? Tal vez la cautela recelosa del actual dueño sea substituida por el engreído endiosamiento de un fanático que crea llegada la hora de Rusia y la de su propio imperio sobre el mundo entero? Como también podría ser, por otro lado, que se creara una situación caótica que eliminara a Rusia por unos años de sus amenazadoras ambiciones; aunque, en este caso, las tendencias seguirían existiendo y siempre sería posible un resurgimiento. ¿Quién iba a imaginar, por ejemplo, que la Rusia derrotada y descompuesta de Brest-Litowsk llegara a ser, menos de treinta años después, la Rusia autoritaria y dominadora de la Conferencia de París?

Le conviene, además, a Rusia tener más a punto la preparación política de «su» guerra. El comunismo necesita dominar más países, influir más poderosamente en otros, minar en mayores proporciones que hasta aquí los pilares de sustentación de las Potencias anglosajonas y sus amigos. Ello, sin hablar de que la U.R.S.S. no podría hacer nada sin reconstruir su riqueza industrial y agraria devastada por la guerra y que ello necesita tiempo.

¿Y la bomba atómica? Mientras no la tenga, Rusia no se moverá. Pero, ¿si la descubriera? ¿Qué pasaría?

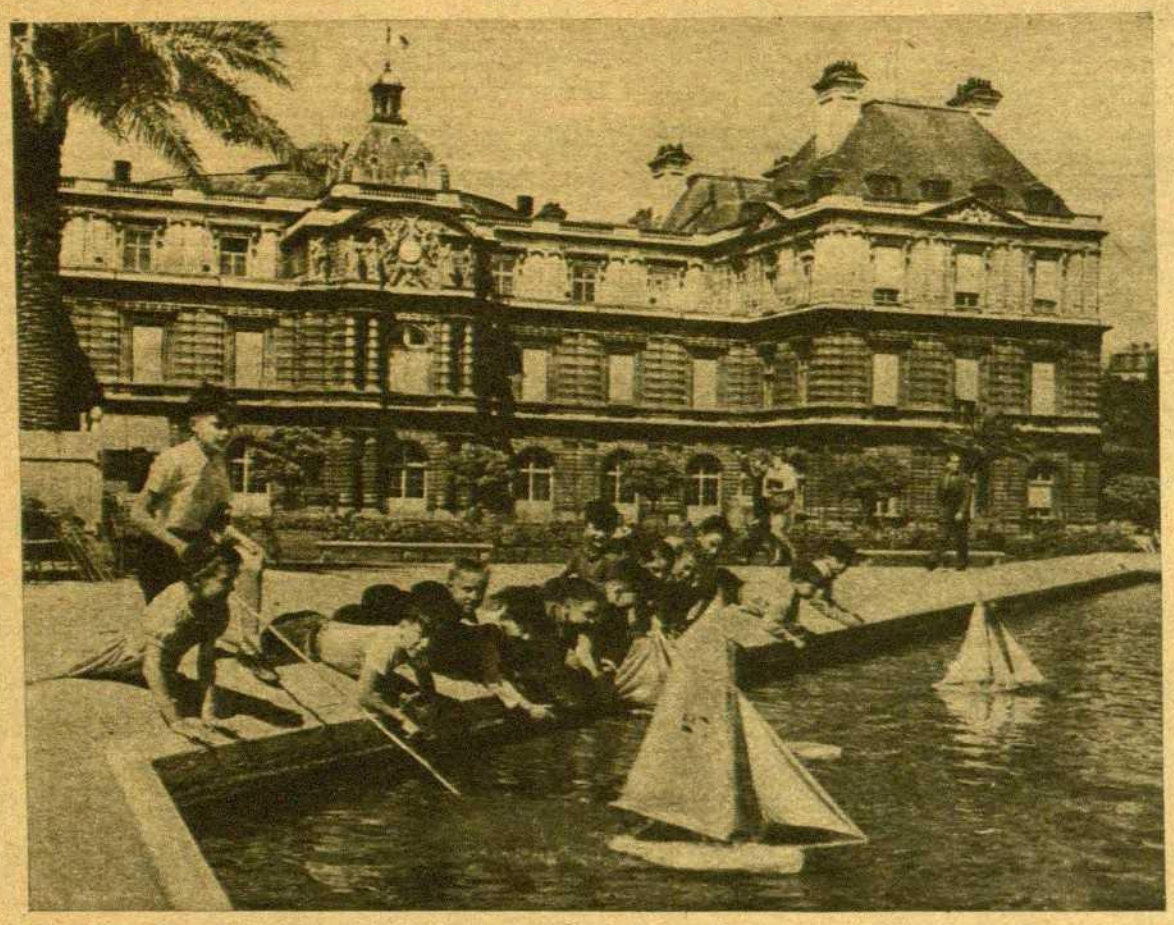
Como ve usted, lector amable, no es posible contestar con un simple y seco «sí» o «no», a su peliaguda pregunta. En todo aquello que el hombre interviene existe siempre la posibilidad del factor sorpresa: ¿Qué duda cabe, por ejemplo, que si los dos «grandes» anglosajones no hubieran capitulado ante Stalin en Yalta, no estarían ahora los Balcanes en manos de Rusia solamente y, por tanto, la nueva guerra, de ser previsible, lo sería a un plazo mucho mayor que ahora? Por eso la política no es una ciencia: es un arte. Un arte en el cual no siempre dos y dos son cuatro sino que, a veces, son cinco o son tres. Por eso son tan arriesgadas las profecías políticas. Ya desde ahora, pongamos por caso, se puede profetizar una guerra para dentro de diez, quince o veinte años. Pero a lo mejor el pronóstico resulta erróneo. Tal vez a Stalin suceda una anarquía, tal vez surja una chispa inesperada que adelante los acontecimientos, tal vez se producen sucesos que los aplazan indefinidamente. Hoy por hoy, con los datos que hoy tenemos, se puede afirmar que una nueva guerra es segura, pero no para un plazo breve. Pero también es posible que cambien los datos en una forma que ahora no puede ser prevista.

¿Está usted satisfecho, lector consultante? «Yo creo que no, francamente. En todo caso, le estoy muy reconocido por sus amables frases y le ofrezco también mi amistad sincera. Y perdone que haya aprovechado su carta para ganarme los duritos que pagan por un artículo.

SANTIAGO NADAL

La delegación rusa en la Conferencia de París, Vyshinsky y Molotov, de izquierda a derecha

# EL MUNDO Y LA POLITICA
## POR ROMANO



**Frente al Palacio del Luxemburgo, mientras se celebra la Conferencia de la Paz, los niños reanudan sus juegos...**

## *El salvamento de la Carta del Atlántico*

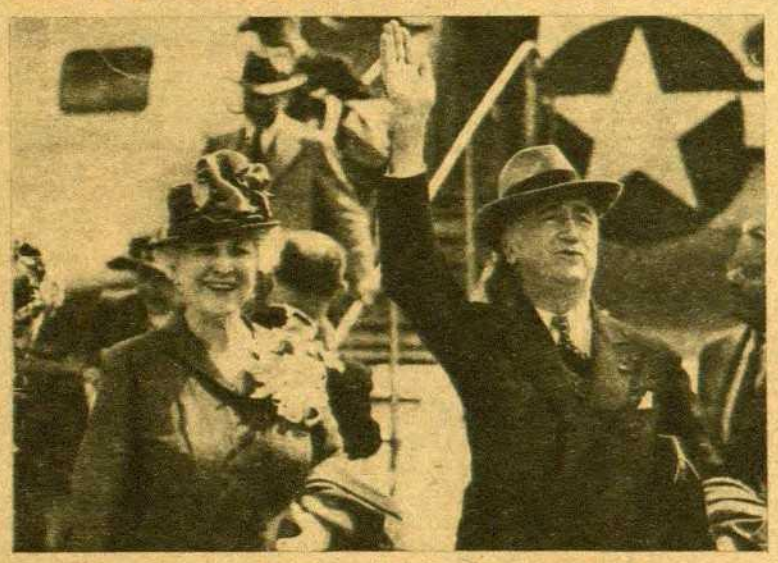
VALE la pena tomar nota de tan fausto acontecimiento. Aunque nos veamos obligados a comentarlo con retraso, ha sido el hecho más importante que, desde la terminación de la guerra, ha registrado la crónica. Nos referimos a las breves declaraciones hechas por el Presidente Truman en el aeródromo de Wáshington, en el acto de despedida de su secretario de Estado, míster Byrnes, que presidirá la delegación norteamericana en la Conferencia de la Paz.

El carácter espectacular dado a la despedida de Mr. Byrnes presta extraordinaria importancia a las palabras del Presidente ante las tres mil personas que se hallaban en el aeródromo. Truman deseó al secretario de Estado la ayuda de la Divina Providencia, y añadió: «El país está detrás de Byrnes en su labor por una paz fundada en la Carta del Atlántico y en la Carta de las Naciones Unidas, sobre la que se basan los Estados Unidos, ahora y para siempre.»

No menos interesantes son las palabras de la alocución de Mr. Byrnes: «Norteamérica no volverá más a la política de aislacionismo.» El ministro hizo resaltar que la situación es completamente distinta de la que existía después de la «guerra mundial número uno». Los motivos de división entre el poder ejecutivo y el poder legislativo eran entonces tan profundos que el mundo no podía contar con la cooperación de unos Estados Unidos divididos. El ministro aludía a la actitud aislacionista del Parlamento, particularmente del Senado, que se negó a ratificar el Tratado de Versalles.

Las declaraciones del Presidente y del secretario de Estado se completan: nada de aislacionismo, y, en lugar de aislacionismo, Carta del Atlántico.

Creyendo que la palabra humana tiene todavía algún valor en este mundo corrompido por el nacismo y el bolchevismo, hay motivo suficiente para echar todas las campanas al vuelo. Habíamos lamentado tanto el naufragio del famoso documento, que justo es ahora subrayar con prudente alegría las declaraciones del Presidente Truman. Si los Estados Unidos poseen un servicio de información competente en el extranjero, algo que permita tomar el pulso de la opinión, habrán podido comprobar que desde el naufragio de la Carta del Atlántico, el prestigio de Norteamérica había sufrido una crisis alarmante. Fácil es comprobar la exactitud de nuestra afirmación: basta repasar mentalmente, entre nuestras amistades, los nombres de las personas que ni durante la guerra mundial número uno, ni durante la guerra número dos, han sido germanófilas y que siempre han expresado públicamente su admiración por la Patria de Wáshington y Lincoln. La falta de sentido político de ese gran país — decían unos — puede echar al mundo en brazos de la barbarie. Los más pesimistas aceptaban ya los clisés de la propaganda alemana, según los cuales los Estados Unidos constituyen una Nación mercantil, carente de sentido moral y de ideales, una especie de Cartago moderna. Costaba defender todo lo contrario. La baja de la americanofilia era algo parecido al alarmante descenso de la francofilia. Uno de nuestros lectores nos escribía un día que esos sentimientos eran ya prehistoria. Las informaciones directas sobre la opinión de las regiones europeas visitables y de la América del Sur reflejan una coincidencia de opinión fundada en las mismas desilusiones y en igual pesimismo. Coincidiendo con el repudio de la Carta del Atlántico, o con la inaplicación sistemática de los principios en ella contenidos, lanzáronse los Estados Unidos hacia una política diplomática de aventuras. La campaña del Departamento de Estado frente a las elecciones argentinas reveló la malsana intención de intervenir en la política de otros países. Ese gesto tan poco afortunado alarmó a todas las repúblicas de la América Latina, que vieron en la actitud de Wáshington un atropello a la soberanía argentina. Afortunadamente, el error ha sido corregido, pero ha contribuído no poco a sembrar la desconfianza y no será fácilmente olvidado. Cuando se produjo en la Argentina el caso Braden, la opinión internacional creyó que con la Carta del Atlántico habían naufragado otros principios hasta ahora sagrados, conculcados sólo por el hitlerismo y el comunismo. El temporal ha pasado, perdiéndose, por lo menos, un tiempo precioso. Mientras los Estados Unidos hacían una política vacilante, olvidando unos principios que constituyen la única política realista posible, Rusia no ha perdido ni un día. Entretanto, numerosas naciones gimen en la desesperación, y los Estados Unidos han dilapidado un capital de simpatía de un valor inapreciable. El tiempo perdido es lo de menos: es posible que la causa de la civilización haya también perdido posiciones estratégicas y morales que acaso un día hayan de ser rescatadas por el precio de mucha sangre americana. Mientras el Departamento de Estado norteamericano se convertía en una casa editorial de libros blancos o azules, sin duda para dar la impresión de que se hacía algo fuerte, eran abandonadas a la peor barbarie naciones tan nobles como Finlandia, Polonia, los Estados bálticos, Hungría, Rumania y Bulgaria, y se permitía el saqueo de Austria y Manchuria. El caso de Polonia es la piedra de toque de la abyección a que ha llegado el mundo. Fué la bandera de la guerra mundial número dos y será un día la bandera de la guerra mundial número tres, si los soviets no cambian de táctica.



**Todo el mundo civilizado se halla hoy detrás de Mr. Byrnes**

Las breves declaraciones del Presidente Truman coinciden con un alarmante grado de desesperación y de subversión universales. Los judíos, los árabes, los indios, cada uno cree que ha llegado el momento de defenderse por cuenta propia. Todos los movimientos actuales de resistencia, cualquiera que sea su objetivo, son la consecuencia de ese clima universal de desconfianza. En el momento en que se trata de acogotar a todo el mundo, cada país se defiende como puede, pero ese desconcierto agrava la situación.

Jamás el mundo había sido tan triste como en la presente época, durante la cual ha sido gobernado por los cuatro grandes: la democracia, el fascismo, el socialismo y el comunismo. Los cuatro se dicen muy demócratas, pero van desapareciendo los últimos vestigios de las libertades más esenciales, entre ellas el respeto a las naciones y a los individuos, la libertad de tránsito y de fronteras y la libertad comercial. Uno de esos cuatro grandes ha desaparecido del mapa, pero la situación no ha mejorado, señal evidente de que la convivencia entre los tres restantes es muy difícil.

En el momento de abrirse la Conferencia de la Paz — Conferencia que, por el momento, no se atreve a abordar el problema central, el de Alemania —, el pesimismo y la crisis de confianza han llegado a un grado alarmante. «Qué tal, ¿cómo va el mundo?» — preguntan unos amigos nuestros a un amigo nuestro que está leyendo el diario. Y éste responde: «Un poco mejor que el año próximo.» La respuesta tuvo un gran éxito, porque es evidentísimo que la postguerra ha traído algo más que las consecuencias derivadas de un conflicto armado: ha revelado la existencia de otro hitlerismo, de otro poder personal que ha esclavizado a muchos más pueblos que el nacional-socialismo alemán y que dispone de mucha más fuerza. Frente a ese despotismo sólo puede oponérsele la doctrina de una paz humana y cristiana inspirada en los principios de la Carta del Atlántico, que no son otra cosa que una traducción de los puntos de los célebres mensajes de Pío XII, publicados antes que la Carta del Atlántico. Sin un poco de quijotismo en la defensa de los principios que han labrado su prosperidad y grandeza, los Estados Unidos e Inglaterra serían aniquilados hoy políticamente y mañana militarmente, porque la derrota política iría seguida del caos y crearía una situación de inferioridad característica de los grupos que un día han contado con la simpatía y la fuerza de la mayoría. Es por eso que las declaraciones de Truman afirmando que ahora y siempre los principios de la Carta del Atlántico constituirán la norma de los Estados Unidos, no podían ser más oportunas. En otras ocasiones los Estados Unidos han hecho constar su fidelidad teórica a la Carta del Atlántico, pero hasta tal punto su política exterior estaba en contradicción con los discursos, que esas reafirmaciones de principios constituían más bien una prueba de debilidad, algo así como la aspiración a una felicidad utópica, a una especie de paraíso de Mahoma.

No menos importantes son las declaraciones del secretario de Estado, Mr. Byrnes, que equivalen a hacer constar que el aislacionismo ha terminado y que no hay ninguna discrepancia de criterio entre el Gobierno y el Parlamento. Europa ha temido al aislacionismo americano como la peor de las plagas. El aislacionismo, que liquidó la política wilsoniana, liquidó también los beneficios de la victoria, creó la confusión entre los vencedores y entre los vencidos, favoreció al bolchevismo y abrió la puerta al fascismo italiano y al nacional-socialismo alemán. Borrar esos errores del partido republicano norteamericano ha costado la guerra mundial número dos y mucha sangre de los soldados norteamericanos. En la actualidad, el aislacionismo equivaldría a entregar Europa y Asia a los soviets. Es por esto que el aislacionismo ha fallecido definitivamente. Justo es tomar nota de la desaparición de las divisiones que al terminar la guerra mundial número uno existían en los Estados Unidos entre el poder ejecutivo y el poder legislativo. Desaparecidas esas divisiones, la libertad de acción del Gobierno de Wáshington es absoluta. Dispone este Gobierno de un instrumento cuyo mecanismo es, sin duda alguna, más obediente que el que tiene a su disposición el Gobierno británico. Sólo falta que esa unanimidad en la opinión norteamericana sea fiel a una doctrina, su doctrina.

El atrincheramiento en el aislacionismo no significaba el abandono de ningún principio moral, pero constituía una declaración tan comodona como peligrosa, algo así como reconocer que los Estados Unidos no deseaban otra cosa que una reputación de país mercantil. Esa actitud de aquellos gobernantes republicanos causó un grave perjuicio al patrimonio de prestigio de los Estados Unidos. En la Europa de 1918, ese prestigio era inconmensurable. Sería curioso y muy instructivo — nos decía, en Roma, una señora que había recorrido el mundo entero — tener una estadística de las calles y plazas de la América Latina, Europa y Asia, que a fines de 1918 y principios de 1919 ostentaban el nombre del Presidente Wilson. La lista — aseguraba aquella señora — quedaría ahora reducida a menos de un diez por ciento. Nada tenía de apasionado el wilsonismo de una señora que no tenía otra preocupación que su próximo ingreso en la grey católica, pero decía que cada vez que el nombre del Presidente Wilson perdía por esos mundos de Dios una calle o una plaza, era Norteamérica quien las perdía. A la curiosa observación de la señora americana podríamos añadir que a unos doscientos metros de nuestra calle había una «Avenida del Presidente Wilson». Si los Estados Unidos procedieron tan enérgicamente contra la obra del Presidente Wilson, es natural que hayan tenido imitadores en todas partes. Pero esas rectificaciones no se hacen sin una mengua de prestigio. El abandono — por lo menos en el aspecto práctico — de la Carta del Atlántico, era otro aspecto del aislacionismo. Según míster Byrnes, el aislacionismo ha muerto. Y, según el Presidente Truman, la Carta del Atlántico será, «ahora y para siempre», la norma política de los Estados Unidos. Así sea ahora y siempre.


**PATENTES - MARCAS**
REGISTROS EN TODOS LOS PAISES
**I. PONTI**
INGENIERO INDUSTRIAL
AGENTE OFICIAL DE PROPIEDAD INDUSTRIAL
PASEO DE GRACIA, 33. -- Teléfs.: 21396 y 21174
BARCELONA (7)

# LA CALAVERA DE HITLER, LAS MEDIAS DE NYLON Y ALGUNAS NOTICIAS DE LA EPOCA

por PENELLA DE SILVA

El fotógrafo Hoffmann, que posee el archivo más impresionante de la historia de la propaganda política: 75.000 fotografías de Hitler

Radiografía del cráneo de Adolfo Hitler, obtenida por el doctor Morell

La esposa de Quisling

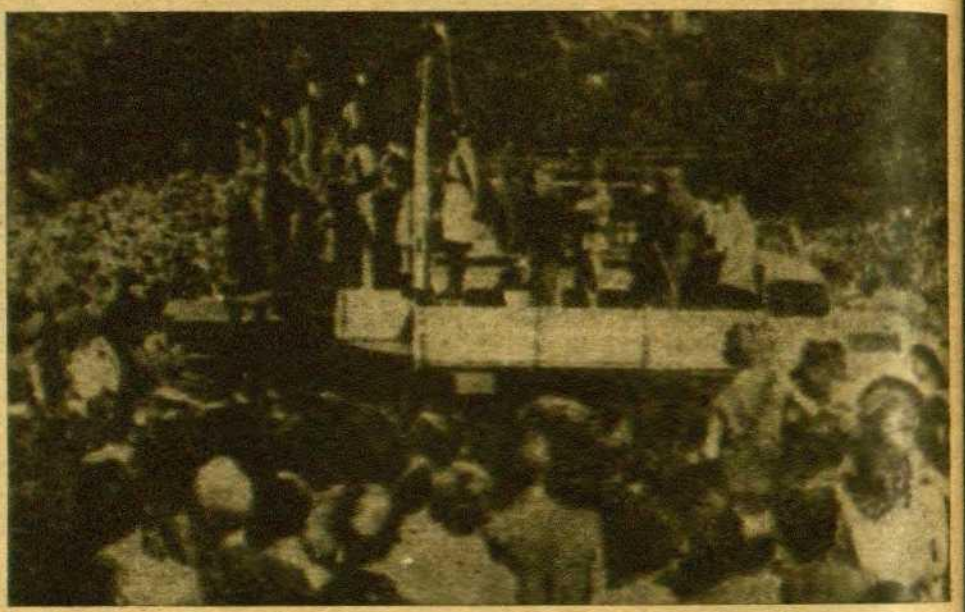
El hambre universal no impide que esta belleza de Hollywood, Sheila Voguelle, tome su baño diario de 70 litros de leche

VEO, veo...

Veo la calavera de Adolfo Hitler. Cayó en manos de la Policía norteamericana. Estaba en el Gran Cuartel General alemán de Rastenburgo. En un sobre. Se guardó el secreto hasta hace poco. Pero no se trata todavía de la auténtica calavera de Hitler, la de hueso. Esta es de celuloide. Sencillamente, es una radiografía tomada por el doctor Morell el 19 de septiembre de 1944. La importancia de este hallazgo y el secreto de que se rodeó estriba en que es la pieza ideal para la identificación de los restos del «Führer» cuando sean hallados. La garantía más seria de que en ningún caso se podrá dar gato por liebre. Esta radiografía arroja luz sobre lo que nos parecía incomprensible. ¿Cómo los expertos del detectivismo podían asegurar que una calavera entre mil no era la calavera del hombre famoso? Esta radiografía da la respuesta. Con esta radiografía y con las 77.000 fotos de Hitler que manipula en sus archivos el fotógrafo Hoffmann — único hombre alemán que, protegido por los norteamericanos, sigue en su labor al servicio de su índole —, no es posible el error. Pero, volviendo a la calavera... No se descubre en ella nada extraordinario, salvo una mala dentadura. Y, no obstante, ¡qué tentación para hacer el «Hamlet»! ¡Cuantísimo a meditar sobre este escabroso desnudo de la cabeza de un hombre! ¡Qué caja o qué odre de tempestades! La cosa tiene tanto de grotesca como de sesuda. Pero también tiene su parte reconfortante. Porque no dude nadie que a estas horas, como corresponde al signo de nuestros tiempos, un ejército de frenólogos estudia, con científica meticulosidad, toda la elocuencia de esta radiografía. Pronto se proporcionarán al mundo entero las medidas y las particularidades exactas de este cráneo, para que cada pueblo pueda proceder a retirar de la arena política a sus sujetos de ángulos similares. Así como así, este cráneo será al futuro político de la Humanidad lo que la Venus de Milo, con sus armoniosas medidas, ha sido a la historia de la estética. Preparémonos para la gran revolución frenológica en puertas. Un tribunal permanente de frenólogos procederá a la confrontación de todo aspirante a político. «Nuestro candidato se aparta del patrón-Hitler tantos milímetros más que el candidato de la oposición» — será el nuevo «slogan» de la propaganda. Y el mundo echará por otros derroteros. Y cuando las madres del futuro protesten a sus hijos porque lean novelas policíacas en lugar de estudiar, se toparán con esta respuesta: «No leo novelas policíacas, madre. Este capítulo de la Historia titulado «La calavera en el sobre», es un capítulo tan venturoso como prometedor.»

Veo, veo...

Veo que nuestras mujeres acabarán por encargarse la ropa interior en la ferretería. Ya salieron las medias de acero. Las fabrican en Pennsylvania, donde, a fuerza de «pennsylvanear», consiguieron hilos de acero más finos que los de seda y que los de nylon. Medias irrompibles. Medias que basta bruñirlas de tiempo en tiempo para que queden como nuevas. Y pronto estarán a precio de clavos. Los alcances de la innovación no son para descritos. A no ser que el asunto quede en lo que quedó el nylon, que ha sido el timo más innoble que han hecho los fabricantes a la credulidad de las pobres mujeres. Mucho encandilarlas con las medias de cristal, y, esperando el nylon, les llega la vejez, y las varices, a pierna desnuda. Y aquí no caben disculpas de materias primas, pues las del nylon no son del otro jueves. Este producto químico consta de tres cosas: aire, carbón y agua. Pero ni que tuviera uranio, porque desde que la guerra lo hizo suyo, dejando a la intemperie las pantorrillas de la humanidad femenina blanca, no ha vuelto a aparecer más que en los periódicos, bien que con el aire más prometedor. Telas de nylon, casas de nylon, objetos de nylon... El nylon como algodón, el nylon como seda, el nylon como lana, el nylon como aislante, el nylon como impermeable... y el nylon como mito, pues, todavía no gustado, inicia la retirada de las esferas de la belleza y del amor, vencido por el acero. Por el acero y por la seda, que no se resigna a su derrota. Ahora resulta que en Norteamérica también — ¿no será cosa de los japoneses? — la seda se rehabilita gracias a un procedimiento que fortifica a los gusanos que la producen. Créase o no, es formal que los gusanos se endurecen. No veo desde aquí qué diablos hacen con ellos o qué diablos les dicen — tal vez les hablen de la bomba atómica — para que adquieran una fortaleza de asombro y se pongan a producir, en soviético plan «stakjanovista», unos hilos más recios que el tupé de Molotof y más sutiles que la diplomacia del Vaticano. Pero las mujeres harán mal en confiarse a la nueva musculatura de los gusanos de seda. Yo les aconsejaría que se decidiesen, sin titubeos, por el acero. La experiencia demuestra que el hombre es un ser ferozmente egoísta, que todo lo bueno y bonito se lo apropia. Claro que esto es hablar por hablar, pues estamos viendo que mucho inventar cosas y mucho hacer maravillas, pero los resultados prácticos no se ven por parte alguna. El hombre contemporáneo está por lo epatante. No hace más que inventar. Empero, parece que le ataca la desgana en cuanto se trata de trabajar y producir. Así, resulta que con los mil inventos famosos, la vida no ha mejorado lo más mínimo. Muy al revés, cada día se hace más áspera y más primitiva. No lo ha dicho todavía ningún sabio, pero yo lo advierto desde aquí que la Humanidad corre el peligro de acabar desnuda en la selva, durmiendo en los árboles, comiendo tallos y quitándose la mugre con una piedra, pero entregada a los paraísos artificiales de la radio, del cine y de los periódicos, tan brillantes, tan alucinantes, tan prometedores, tan simpáticos, tan buenos, tan espectaculares y tan endiabladamente imaginativos. Las medias más finas de hierro, de nylon o de lo que sea, están en los periódicos. Y las pantorrillas más teóricas. Y los políticos más fenomenales. Y los racionamientos más ideales. Y los aviones más rápidos. Y las mujeres mejor vestidas. Y los perfumes que mejor huelen. Y las maravillas de los inventos. Y las tragedias más escalofriantes. Y la más blanca y carnuda paloma de la paz. Y las telas que duran. Y las medicinas que curan y hasta hacen crecer el pelo. Y el modo de tener hijos bellos y gordos. Y las dentaduras más apetitosas. Y los libros más dignos de leerse. Y los obreros más felices. Y los ricos más generosos. Y las cárceles más confortables. Y los hombres más inteligentes. Y los premios mejor repartidos. Todo un mundo teórico que nada tiene que ver con la realidad. El mundo de la Prensa, del cine y de la radio. Donde no hay que subir escaleras, y las mujeres no se despeinan fregando, y todo está planchado, y hay máquinas preciosas para que nadie mueva un músculo, y la comida está en la mesa, y los pueblos, ¡alto!, que me caigo del observatorio, fulminado por los grandes. Quería decir que lo de la humanidad en la selva no es ninguna majadería. Menos, si se piensa que ese mundo imaginativo de la Prensa, radio y cine, ese mundo teórico es cosa que forja a diario una gente que no ve un filete, que le falla su farmacia y que huye de casa para no presenciar la batalla de ese ser inaudito que es la mujer, a brazo limpio con el vacío del perol, el siete en la ropa, los cien peldaños, el malhumor del caballero ante el huevo viudo, los chicos, las camas, los recibos, y la necesidad de estar lavada, planchada, preciosa y bienoliente para que el pobrecito sirvergonzón sacado de quicio por anuncios, películas y nefandas canciones no se sienta arrastrado por las primeras medias de acero que se crucen por su camino...



En algunos noticiarios extranjeros aparecen escenas tan espeluznantes como ésta, en la que van a ser ahorcados varios acusados políticos

Veo, veo...

Veo cosas tan raras, tan inauditas, que no me las van a creer. Veo que en Suecia falta el papel hasta para hacer los formularios de la declaración de impuestos. Veo que el hambre universal no impide a la no tan guapa belleza de Hollywood, Sheila Voguelle, tomar su baño diario de leche — 70 litros — para conservar lo apetitoso de su físico. Veo que la censura norteamericana tacha en las cartas toda expresión que se refiera al «criminal nacional-socialismo». Veo que un suizo residente en Alemania se va a volver loco porque no consigue autorización para pasar unas vacaciones en su tierra, porque no puede recibir Prensa de aquí, porque no puede adquirir un aparato de radio que le comunique con el mundo, porque no puede hacerse mandar dinero, porque no puede escribir lo que le venga en gana a su familia y porque un montón de cosas más, mientras que los norteamericanos, dueños de la zona, vienen a Suiza a pasar sus vacaciones, leen Prensa suiza, reciben lo que quieren, etc. Veo que Massaryk, ministro de Asuntos Exteriores de Checoeslovaquia, hijo de uno de los más grandes estadistas que ha tenido Europa, declara en corro de periodistas «que todos aquellos que hablan de la próxima guerra son criminales», cosa que debe haber hecho subir los colores a la cara de todos los gobernantes del mundo, a todos los que hablan y escriben de política y al propio míster Cordell Hull, que desde que recibió el Premio Nobel de la Paz no ha vuelto a abrir la boca. Veo que, según el diario egipcio «Al-Schola» y el diario soviético «Iswestija», los ingleses se proponen construir un conflicto, o, dicho mejor, un nuevo Canal de Suez en Akaba, en previsión de actitudes piramidales por parte de los del Nilo. Veo a María Quisling, de dulce presencia, natural de Ucrania, respondiendo a sus interrogadores: «Amaba a mi marido y esto es todo.» Veo a los obreros rusos restaurando con 11 kilos de oro la colosal estrella soviética que refulge en todo lo alto de la más alta torre del Kremlin. Veo que en las escuelas de Baviera ha sido suprimido el «Tatzenstock» (la vara de los maestros), las bofetadas y todo género de castigo corporal, por una orden del ministro de Educación y Culto, en vista de que los maestros desahogaban su miserable situación sobre las personas físicas de sus educandos. Veo que los periodistas invitados por el Gobierno de Polonia no han enviado otros telegramas a sus periódicos que el de la información de que están en el hospital de Varsovia, víctimas de una intoxicación de las de padre y muy señor mío. Veo que todos los austríacos coinciden con su ex Presidente Mitkla en que Austria podría soportar todavía un par de guerras duras, pero no una segunda liberación. Veo a Hitler entre rejas, en unos sellos de correo aprovechados de este modo, a falta de mejor cosa, y mientras se imprimen las nuevas ediciones. Veo que los nuevos automóviles ingleses valen el doble que en 1939. Veo que de las tres revalorizaciones en rumor: franco suizo, libra y peseta, la subida sólo convendría a ésta, ya que España necesita importar. Veo que mi criada — 8 francos al día, entrada a las 9 y salida a las 8, desayuno, comida y cena — colecciona sellos, toma lecciones de inglés, no se marcha sin darme la mano y me tiene con la preocupación de si es que ella debe sentarse a mi mesa o soy yo el que debe trasladarse a la cocina.

Y veo...

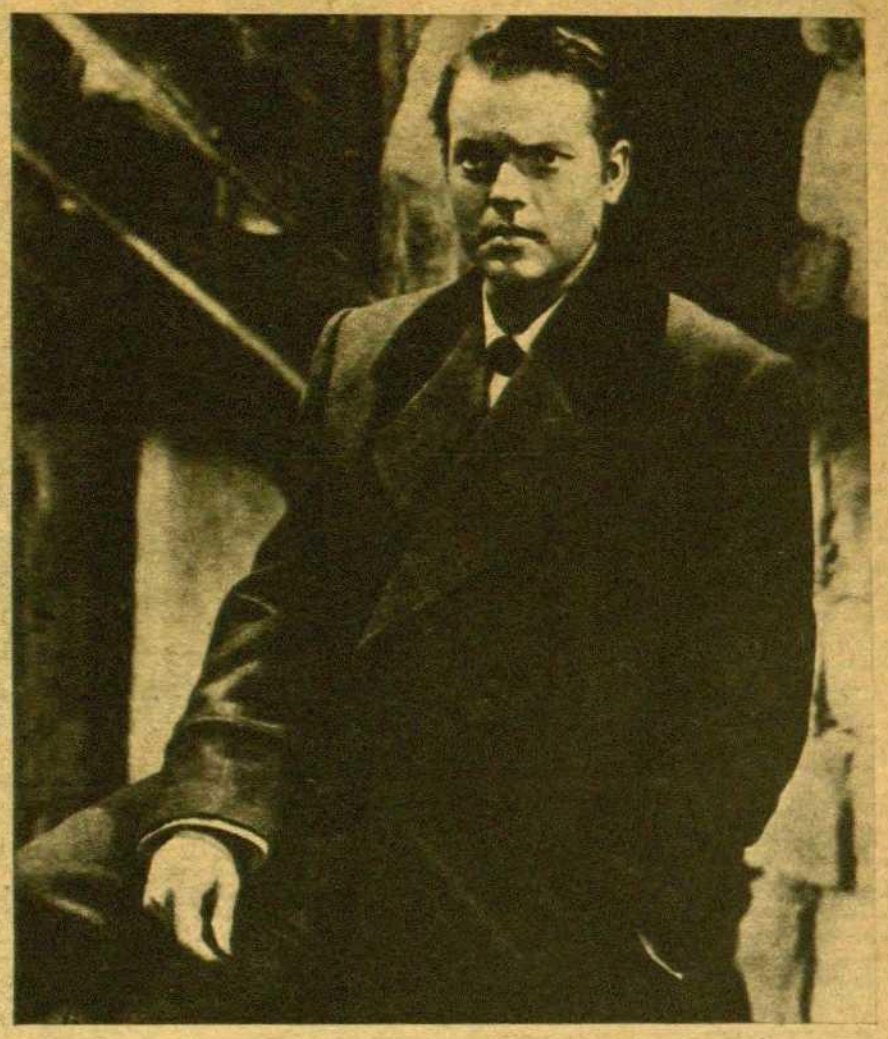
Y veo noticiarios, vulgares noticiarios. Con su correspondiente carrera de motos, caballos o «bicis». Con su consabido número de automóviles del año de la nana. Con el partidito de tenis, el desfile militar infaltable, la mesa en que se habla de paz, algún salto en piscina, alguna cursilada a cargo de niño o de perro, un rasgo folklórico, tres escombros y

algo de la mujer. Jamás se vió menos alcance y más cara dura que la de los encargados de presentar el pomposo «Universo al día», entre unos compases de música motorizada. Cuando, por descuido, sale algo que vale la pena y uno quisiera gritar: ¡¡Sigan con eso!», la cabriola de la pantalla nos deja con un palmo de narices. Y aquí la cosa se complica. A veces el asunto es inglés, el explicador lo hace en francés y la explicación escrita está en alemán. Mientras uno se pone de acuerdo en el terreno de la palabra y trata de sintonizar el texto con la música, el tema es otro y no hay nada que hacer. Lo único que he aprendido con estos noticiarios es a ahorcar. Ya sé cómo se ahorca. He visto ahorcar a mucha gente. Entre una carrera de bicicletas y la exhibición de los nuevos modelos de una casa de modas. Lo peregrino es que la gente se deja ahorcar ya en un estado de «a mí qué me importa» muy decepcionante para el numeroso público que presencia estos acontecimientos. Los norteamericanos han progresado mucho en la materia. Echan un capuchón despersonalizante sobre el condenado, dan a una palanquita y ¡zas! Uno cree que los pies del reo van a encontrar el suelo, peor resulta que hay una trampa por la que cae el ahorcado precisamente en el ataúd. Uno no va al cine a ver estas cosas, pero estas cosas le salen al encuentro. La ejecución más sensacional que he visto es la de Frank, el terror de los checos. La plaza estaba imponente, nutrida de medio millón de personas. Salió un Frank ennoblecido. Vestía con sencillez. Venía inteligente, muy hombre, muy sincero. Un caballero así que encontráramos por la calle, nos inspiraría absoluta confianza. Verdad que sus crímenes fueron enormes; pero, ¿por qué divulgar este espectáculo en que el malvado tiene tan buen aspecto moral como físico? Frank se acercó a la horca, inmutable, ayudó con un movimiento de cabeza a que le pasara el lazo, y como si fuera de mentira se dejó ahorcar. No le pusieron capuchón. Sólo el verdugo le sujetó la mandíbula en el instante de caer y así el ahorcado quedó tan natural en su sueño eterno, que recordaba todo menos la muerte. El Tercer Reich, más espectacular y más ducho en este género de ceremonias, se decidió por el hacha. ¿Un poco macabro este «veo, veo»? Lo da la época. Son sus cosas. El periódico, hoy, trae una interesante fotografía a cuyo influjo no he podido sustraerme. 35.000 personas contemplan cómo se ahorca a once individuos, criminales de guerra. El acontecimiento ocurre en Dantzig. A primera vista, parece la foto de un simpático concierto popular al aire libre, pues incluso un amante padre aúpa a su pequeño para que no se pierda la función. Pero el concierto sobre la tarima es del género macabro. Se repite con éxito en muchas plazas de Europa y hasta es posible que al lado de algún monumento a Pestalozzi, el gran pedagogo orgullo de los europeos. Aquí pondría punto final si no temiera dejar una mala impresión. Echaré una miradilla más.

Veo, veo.

Veo un timo, un gran timo, el último timo de la Europa timada. Se acabó el timo de las misas, y el del portugués, y el de la guitarra, y el de la herencia. A tiempos nuevos, nuevos modos de engañar al prójimo. Y éste es toda una revelación. El timo 1946. Su ingenioso inventor es Karl Bernhard, alemán, de 31 años. Ha sacado los cuartos a medio Frankfurt y lo está pagando con unos meses de cárcel — sí, sólo unos meses, porque en estos tiempos, con no haber sido naci, ni colaboracionista, se sale bien librado de todo —. Bernhard merodeaba, con un airecillo extraño, cerca de la estación, poniendo cara de honrado comerciante del mercado negro. Se le acercaba la gente, preguntándole por la mercancía. Bernhard escogía bien sus parroquianos. Su golpe de ojo psicológico no le engañaba. Una vez decidido, hablaba de su maleta. Una maleta con trajes nuevos, camisas, guantes, ropa de cama..., todo nuevo, todo flamante. La tenía en consigna, y aquí, en su mano, estaba el comprobante. ¿Querían verlo? Y a la consigna iban, sacaban la maleta, se iban a un rincón y allí, efectivamente, estaba la mercancía que ponía los dientes largos. Bernhard no estaba conforme con lo que le ofrecían. Pedía mucho más. Y, parsimonioso, recogía sus cosas, cerraba y seguía el regateo camino de la consigna. Por último, la maleta quedaba allí. Pero Bernhard parecía indeciso, y, al fin, «in extremis», acababa por ceder. Nuevamente a la consigna, maleta otra vez fuera, cobro al contado de la importante suma. Y si te he visto, no me acuerdo, pues ya se habrá adivinado que Bernhard tenía en consigna dos maletas. Una, codiciable, y otra, miserable, aunque ambas del mismo exterior. Y como la entrada y la salida son distintas, con distintos empleados, Bernhard ni corría el riesgo de una sospecha que lo echara todo a perder. Hasta que un día el parroquiano se fijó en el número del papelito de la consigna pegado en la maleta. Y Bernhard, aunque ya millonario en gordo, tuvo que vérselas con los jueces.

*Zurich, julio 1946.*



# DE COMO SUDA ORSON WELLES

por CARLOS SENTIS

**ESTA noche he tenido la sensación de que hasta hoy no había visto sudar a una persona.**

**La cara ancha, redonda, entre lunar y tibetana, de Orson Welles, era un inagotable manantial bajo la luz de los focos y las candilejas del Teatro Adelphi.**

**Si en lugar de en pleno verano nos hallásemos en diciembre, sospecho que Orson Welles sudaría exactamente lo mismo sobre el escenario de este teatro. Orson Welles, que es el adaptador de «La vuelta al mundo en ochenta días», de Julio Verne, es, además, el director de escena y, a la vez, interpreta un personaje que no para un momento de evolucionar en escena. Casi siempre con bombín y pesado o calurosísimo macferlán, va, otras veces, disfrazado de árabe en el Cairo, de mandarín en Hong-kong o de pionero en San Francisco.**

**Y, siempre, Orson Welles atraviesa raudamente el escenario disparando tiros, persiguiendo a unos o perseguido por otros. Los más raros acontecimientos se organizan en el tablado empujados por la imaginación y la vitalidad de Orson Welles. En un momento dado hay en escena, en pleno desarrollo, hasta diez números de circo: volteadores, equilibristas, malabaristas, maromistas, saltadores..., todos chinos, además. Y, entre ellos, Orson Welles haciendo juegos de manos a diestra y siniestra.**

**Porque, para decir la verdad, el espectáculo montado por Welles sigue muy remotamente el hilo romántico de la novela de nuestros quince años. Y esto, que ha disgustado, por lo visto, a muchos espectadores de buena fe, es, a mi entender, uno de los principales méritos de la obra. Seguir los capítulos de Julio Verne está al alcance de cualquiera. Utilizar la novela para montar un tinglado de cuadros y escenas desconcertantes, muy a menudo poéticos, siempre irónicos y llenos de humor apenas salpicado de surrealismo, exigía ya un hombre del empuje y de los resortes de Orson Welles. (En un momento dado, Phileas Fogg, caído en poder de los pieles rojas, es salvado por el águila imperial británica y por media docena de «Britanias», que, lanza en ristre, casco y escudo pintados con los colores de la Unión Jack, hacen huir, con su sola presencia, a tres docenas de indios.)**

**Confieso que antes de venir a América no estaba bien dispuesto con respecto a Orson Welles. Temía fuera el producto de algún descomunal «bluff». Me hacía el efecto de que durante los años de la guerra, la Prensa y la radio yanquis habían abusado un poco dándole vueltas a la personalidad del ex marido de Rita Hayworth.**

**Desde que, por una radio, organizó, de improviso, una audición del desembarco de marcianos en este continente, y muchos oyentes americanos salieron despavoridos a la calle con armas defensivas de todas clases, creyendo, en efecto, en un ataque de los habitantes de Marte. Orson Welles figuraba como pocos en la vida pública de la nación. Organizaba una propaganda electoral en favor de la candidatura de Roosevelt. Hablaba de política panamericana; dirigía películas; las interpretaba. ¿Qué es lo que no hacía Orson Welles?**

**¿Y qué es lo que no hace hoy este hombre que, según tengo entendido, no tiene todavía los 35 años?**

**En el Broadway, en Times Square, un enorme anuncio luminoso en colores, va dibujando su silueta junto a la de Loretta Young. Es el anuncio de una película, «The Stranger», que él ha dirigido e interpretado en su primer papel: un nazi, jefe de campos de concentración, que logra escaparse a América, casarse con Loretta Young, matar a un cómplice y, de no oponerse Edgard G. Robinson, matar incluso a su ingenua esposa.**

**Antes de ir a verle «in person» — como dicen aquí —, quise ayer ir al cine donde pasan «The Stranger». Los ojos inmensos de Orson Welles y su bigote de prusiano de la otra guerra, dominan todo el film.**

**Hoy, en el teatro, lo que dominaba en «La vuelta al mundo» era su perlead rostro. ¡Dios mío, y cómo sudaba este hombre!...**

**Es sabido que Orson Welles bebe incansablemente litros de cerveza y come bistés, gruesos como un zapato, enteros. Sin eso no se explicaría (a pesar del calor del macferlán y de su entusiasmo en la interpretación, que llega a molestar al público al ver que disfruta él más que nadie) esta gigantesca transpiración.**

**Estos hombres tipo Orson Welles, puras fuerzas de la naturaleza, necesitan llevar su caldera vital al rojo vivo. Todo lo hacen muy a fondo: comer, beber, dormir y, desde luego, también trabajar. Como ríos desbordados, invaden campos fructíferos lo mismo que se evaporan sobre desiertos. Pueden hacer una cosa bien y, al lado, otra mal. Para el arte esto no puede ser tan malo. El peligro viene cuando estos importantísimos personajes se meten en política. Las ideas políticas con que Orson Welles quiso impresionar en un momento dado a la burguesía americana, constituyen el punto más flojo de su carrera tan triunfalmente al galope.**

**Ahora, después de este último párrafo, ya me será más difícil decir que Orson Wells, en escena, sólo en escena, me ha evocado extrañamente a un genial amigo mío, al que saludo muy cordialmente desde aquí: Pedro Pruna.**

**Wáshington - agosto.**

## CALENDARIO SIN FECHAS

por JOSE PLA

CADAQUES, NUBES. — En la costa Norte de Cataluña, en Cadaqués especialmente, dominan en invierno los vientos del primer y cuarto cuadrante: los provenzales obscuros, lluviosos y fríos; las rutilantes tramontanas; los mestrales impetuosos, tocados por la nieve, de una claridad impresionante. En primavera y en verano, los vientos dominantes se dan en los cuadrantes contrarios, y así, siendo el país una península, avanzada pirenaica final sobre el mar, su situación es prácticamente igual a la de cualquier isla del Mediterráneo. El patetismo desfibrado de los vientos del Sur se vuelca sobre la tierra, las nubes se agarran a los altos picachos, se deshilachan en tropel, el aire se carga de humedad. Se produce una luz mate, algodonosa, que al atardecer se resuelve en una tristeza inexplicable, en una tristeza sombría, en un vacío general. Las luces, cuando se encienden, dan un destello mojado, rojizo, amarillento, moribundo. Una queda impregnado de mar — los huesos, destartalados; los sentidos, dispersos; el obsesionante y sordo ruido de la resaca en los acantilados penetra en las células más entrañables del propio ser —. Uno queda empapado de leveche, rendido por su desfibración, perdido en su melancolía vaga. Como las cuerdas y las maderas, uno queda en un estado de húmeda tibieza cansada.

Para la constatación de esas sensaciones, Cadaqués es un lugar admirable. Las variaciones de su clima son violentas. En invierno, los días de tramontana tienen una fascinación de un desmembramiento mágico. El cielo es puro y alto, de un azul bruñido; la luz, rutilante; la tierra, seca; el viento sale en tropel de la tierra y parece que se lleva el mar en volandas. La sequedad de los olivares, de las viñas, de las piedras, se acentúa hasta dar colores frotados, pulimentados, de un brillo de cosa por estrenar. Los verdes de las hojas de los olivos, tocados por el viento, son un torbellino de verdes densos, duros, metálicos. Todo queda dibujado con una precisión cristalina. La línea de los peñascos se destaca, purísima, sobre el cielo vacío e inmaculado. En la bahía, las ráfagas de viento se vuelcan violentamente sobre el mar y se produce el correteo de las pequeñas olas, rizadas — aéreas manchas obscuras o más claras —. En el horizonte, el sol toca, deslumbrador, el oleaje desatado, que pasa, raudo, sin objeto y sin finalidad. Es como una Naturaleza en movimiento, una Naturaleza en marcha — un rincón de mundo exaltado y vibrante, tocado por el puro entusiasmo, deslumbrado, cegado en su propia luz. Es la alegría luminosa del caos.

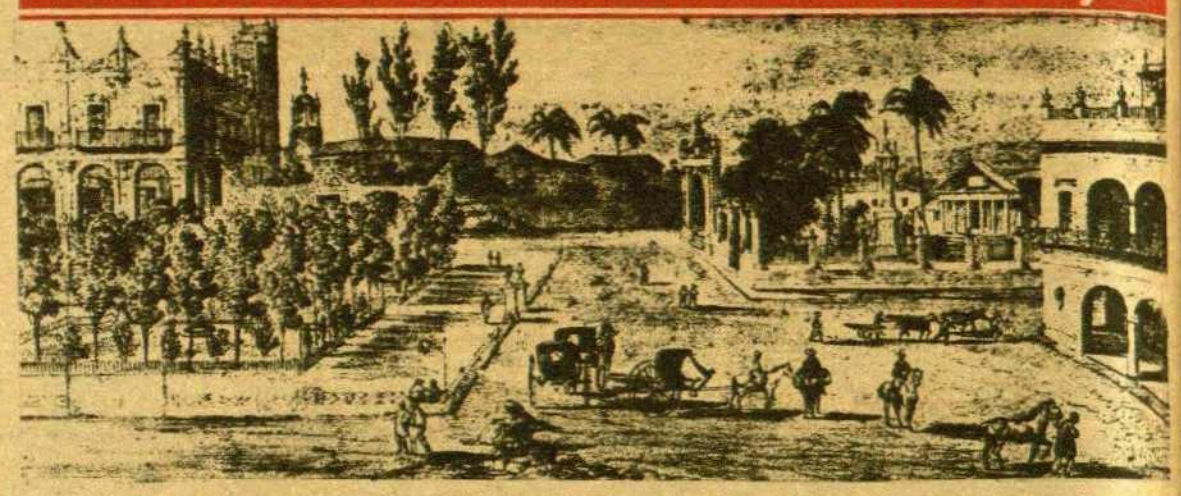
Pero luego viene el embate contrario, los días de viento del Sur, nubosos, obscuros, cargados de humedad, bajo cuya acción Cadaqués queda abrumado y como apagado. Es en estos días cuando la geología de pizarras obscuras del país da su máximo rendimiento y parece acentuar el peso del cielo nublado. El mar deja de ser azul; los acantilados quedan tocados de una tonalidad de plomo sordo; el aire toma un color sombreado. Pero esto no se produce al entrar el viento, sino después de unas horas de soplar, cuando, al cabo del tiempo, todo parece abatirse, rendido ante su monotonía desfibrada. Las entradas del garbí, en verano, son muy alegres, frescas, perfumadas. Son entradas suaves, que parecen aligerar el cabrilleo del sol sobre el mar y que dan a los reflejos solares en el techo de las habitaciones situadas sobre la costa, un movimiento agitado. Si alguna vez os habéis despertado en alguna de estas habitaciones, habréis sentido una estupenda sensación de plenitud canicular. En la penumbra de la habitación, no se sabe cómo, ha penetrado la reverberación del sol sobre el agua y todo el techo queda como deslumbrado por el cabrilleo mágico. Pero el viento dura y dura, horas y más horas. Aparece, primero, alguna nube algodonosa y blanca. El horizonte parece cerrarse por una baba azul y delgada. Luego, las primeras nubes sueltas parecen unirse como en una procesión de nubes que siguen el filo del litoral. Los objetos se humedecen. Las nubes se agarran a los picachos. El aire se carga, se hace pesado; la ropa se pega al sudor del cuerpo, el calor es bochornoso y las sombras parecen enfriarse. Después de tantas horas de sentir el embate del mar sobre la costa, su ruido sordo, monótono, incesante, queda uno como inmerso en una sorda, ruidosa vaguedad. La cabeza duele un poco, un pequeño frenesí sin causa se apodera de los sentidos, el tacto parece temblotear. El libro que uno lee, el papel en que uno escribe, la silla en que uno está sentado, las cerillas, el tabaco, tienen una calidad densa y espesa. Todo parece metido en un baño maría tibio, pegajoso y colgante.

Después de tantas horas de soplar el viento del mar sobre la isla de Cadaqués, es cuando aparece con más claridad una de sus caras. Las pizarras plúmbeas, negruzcas, de su geología, se obscurecen intensamente. Los fondos de su bahía, poblados de algas verdosas, dan al agua un color casi funerario. A la sombra de los acantilados, a redorso del viento, el mar aparece planchado en negro, bruñido en roble y en caoba. El plafón de nubes, tan bajo, cierra los horizontes, carga el aire de una densidad sorda. Los colores desaparecen: todo queda tocado por el grisáceo más plomizo, por la desaparición total de destellos y brillos. Entonces aparece el sordo Cadaqués, sin color, sin alegría, abrumado de mar, neutro, plúmbeo. No hay más que blanco y sombra. El encalado de las casas se refleja en el mar con tonalidades exangües, enfermizas, marfileñas, afinadas. Su delicadeza es extraordinaria, febricitante. A la hora del crepúsculo, vencido ya todo en la desfibración cósmica, estos blancos parecen tener un destello final, agudo, triste, inútil — un destello final antes de fundirse en las sombras —. Cuando se encienden las moribundas lucecitas del alumbrado público, se ven todavía un momento los innumerables agujeros del caserío — ventanas, puertas, ventanucos —. Parecen huecos de una urbanización decrépita y moribunda. Las luces pronto se vuelven rojizas, como si un hilo de sangre tocara su ojo inmóvil. Las vagas manchas que producen, hacen reaparecer a la superficie el blanco de las edificaciones, el blanco blanquísimo, el blanco de desmayo, vapor, espíritu del blanco de las edificaciones. Toca entonces la campana de la iglesia el «Angelus» de la tarde, toques de campana sordos, de humedad, como si la campana estuviera rota. El viento sopla y sopla, con su monotonía — inútil — abrumadora. Continúa pasando, inacabable, la procesión de nubes. El ruido del mar, superada la saturación ruidosa, sumerge a los sentidos en una atonía vaciada, como en el cansancio de una convalecencia profunda. Queda uno rendido en el destartalamiento del mar y del viento. Cuando aparece la humareda de las judías verdes de la cena, sobre la mesa, parece que uno llega a las puertas de la civilización, viniendo de un viaje soñado por el mar nebuloso.

# LA GESTA EPICA DE LOS CATALANES EN CUBA

*Por José Esteban Vilaró*

## GUERRILLEROS DEL TRABAJO



Una vista de la Plaza de Armas, con algunos típicos trajineros de la época

III

LA gran guerrilla del trabajo catalán en Cuba, adquiere su máxima actividad en la primera mitad del pasado siglo. Los «nois» de Cataluña llegaban en grupos, por docenas.

### LLEGA UN BARCO...

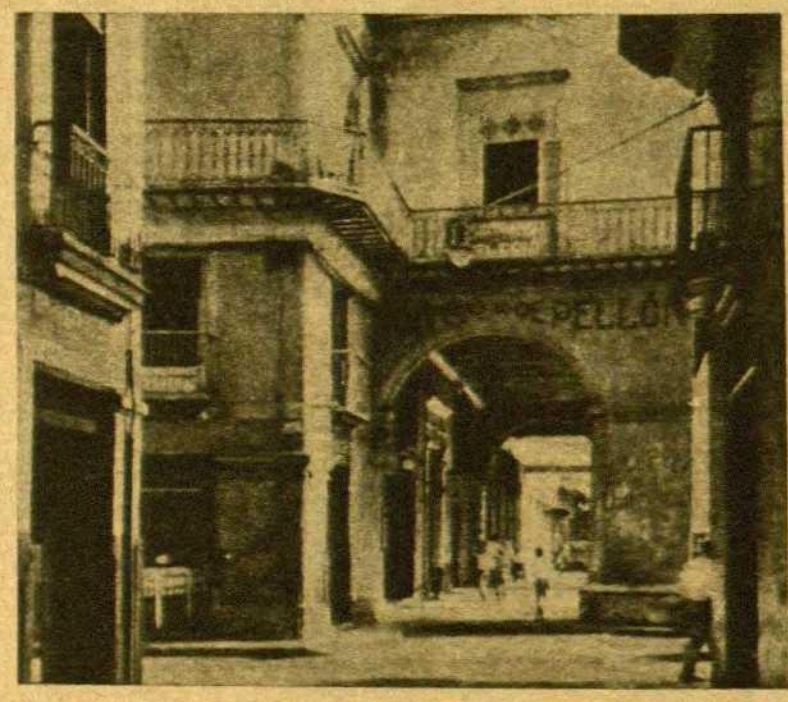
La llegada a La Habana era para los pasajeros y tripulantes el mayor motivo de eufórica satisfacción. Para unos era el término del período de penalidades que la marina imponía en la época romántica de la navegación a vela; Para otros suponía la entrada de rondón en la gran aventura tantas veces soñada... Para todos, sin distinción, contaba la alegría de pisar tierra firme luego de un trimestre como mínimo de navegar y de esperar...

Al entrar la nave portadora del correo y al pasar frente al castillo del Morro, asomábase la gente a los balcones de las casas del barrio portuario con fachada sobre las dársenas... ¡Llega un barco de España!...

Acorrían los ciudadanos hacia el muelle, agolpándose junto a los espigones de atraque. Si el barco procedía de Barcelona, acudían a él los catalanes. Venían a verlo, a palparlo, en búsqueda de noticias. Entre el gentío que el pasajero divisaba desde a bordo había muchas «mulaticas» vestidas de leve muselina, atrayentes criollas de esbelta y descollada estatura, cubiertas con diáfanas ropas vaporosas de gayo color. Una multitud de caras ávidas de descubrir a algún pariente, avistar algún amigo o simplemente de estrechar la mano de un capitán paisano, «del pueblo», congregábase al pie del velero felizmente atracado.

Ya en el muelle, el viajero tenía que atravesar entre una multitud abigarrada. Su primera impresión era la preponderancia del colorido de la raza esclava, la agitación de los cráneos apepinados cubiertos de rizado pelo, y la silueta facial hocicuda del negro bembón, cuya jeta sonriente aparecía por todas partes. La indumentaria pintoresca le regocijaba: muchos sayos y pantalones blancos; gran profusión de jipis amarillentos, pero de paja fina; buen surtido de calzones cortos de tejido a rayas y algún coloreado pañuelo de seda liado a la cabeza cubriendo la frente.

—¿Te llevo el equipaje, viajero?



Portales de la Plaza Vieja... Un rincón de La Habana, tal como lo vieron nuestros abuelos «indianos»...

### «CATALANCITO»

El desembarcado sentíase solicitado por un enjambre de negritos aspirantes a embolsar los contados centavitos del servicio; oía de refilón los comentarios de los reunidos en el muelle. Una palabra le sorprendía, pronunciada a su paso por labios de nativa...

—Catalancito...

Al «catalancito» no le pasaba desapercibido el movimiento y el aflujo de vida portuaria; echaba un ojo interesado al primer panorama habanero que su llegada le brindada. Era a través de esta visión real cuando se le aparecía mejor silueteado y asequible el espejismo ensoñador que desvelara sus noches allá, muy lejos, en la costa catalana.

En la Plazoleta de San Francisco, frente al Muelle, el viajero, si habíase ya orientado y llevaba en la talega algún dinero disponible, tomaba una «volanta», coche de varas largas, ruedas de gran diámetro y toldo permanente. La ciudad de La Habana, en la primera mitad del siglo no tenía vehículos de transporte en común. Fué únicamente en 1840 cuando aparecieron las «guaguas», pequeños ómnibus tirados por mulillas, primeros en implantar el servicio colectivo.

### HA LLEGADO UNO DE SITGES

Si el desembarcado era un viajero de los que llegaban con las manos en los bolsillos y un algo zarrapastrosos, en la pura indigencia de dinero y equipaje, ojeaba en aquel momento sus cartas de presentación y consultaba las señas. Empezaba en aquel instante la búsqueda del paisano o del pariente que debiera darle ayuda. El «noi» preguntaba a su alrededor; ayudábale la gente a encontrar el buen camino. Apenas había doblado la primera esquina, que ya se habían enterado del evento de su arribo los «americanos» paisanos de su pueblo natal.

—Ha llegado uno de Sitges..., de Malgrat..., de Villanueva... — se transmitía la gente.

### LA «BODEGA»

La noche no había entrado enteramente cuando ya el recién llegado aparecía anidando en casa de un paisano, de un amigo o de un pariente. La casa era generalmente una «bodega». Tienda mixta de comestibles y bebidas, almacén de víveres, utensilios y droguería, abrevadero, bazar, casa de comidas y depósito de carbón, todo en una pieza. Se expendían en perfecta conllevancia el bacalao, el tasajo de Montevideo y los frijoles junto a las alpargatas, los perfumes baratos, las libretas, los lápices, juguetes y baratijas. Las llamadas «bodegas» fueron una de las piedras fundamentales de la energía catalana en Cuba. La «bodega» sintetizó una de nuestras creaciones allende los mares: el comercio al detall. En la época en que nos situamos, la mayor parte de los bodegueros debían llamarse, según la fantasía o la ironía aguda de los nativos,

### «DON CHAUME»

Acaso los primeros bodegueros se llamaron Jaime o existió una gran proporción de «Jaumes» entre los catalanes que abrieron tienda. El caso resultaba ser que por el mero hecho de ser propietario de ese género de comercio, el dueño era apodado prontamente «Don Chaume, el bodeguero».

Del comercio detallista catalán salieron vastas empresas, surgieron sendas industrias importantísimas, derivándose de estas últimas enormes fortunas y sólidos intereses que todavía perduran en todos los ramos del comercio cubano.

### DIAS APERREADOS

El catalán inmigrado se domiciliaba como huésped en la misma casa que le daba empleo. Comía en ella. Dormía debajo del mostrador de la trastienda o, en el plegadizo catre de tijera, en un rincón del almacén. Ahorraba casi entera-

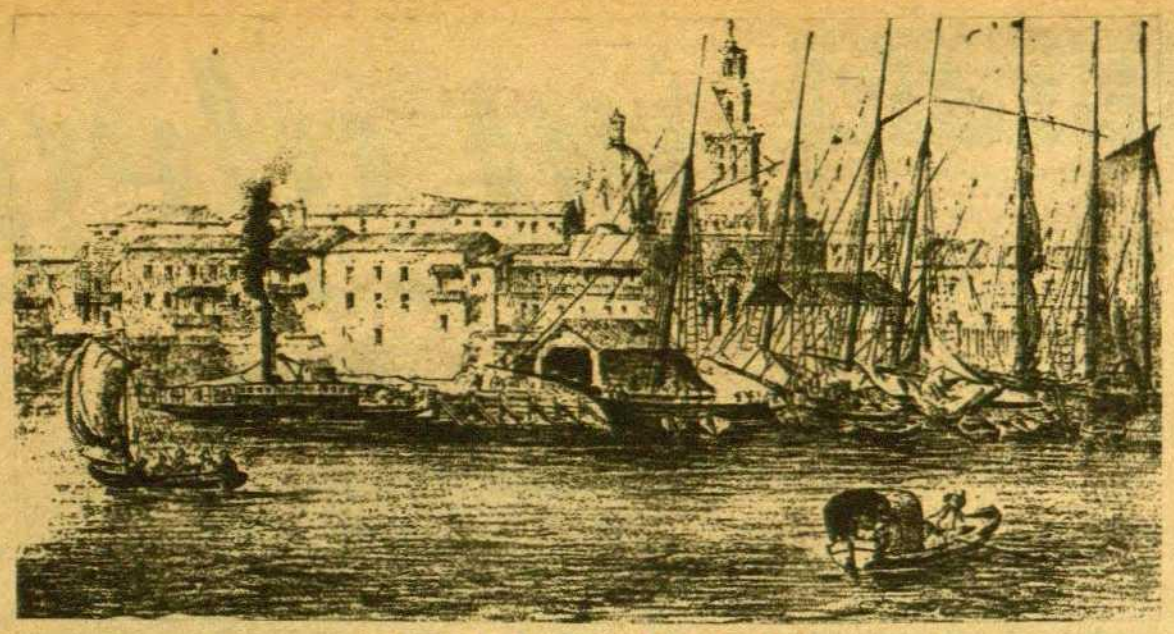
...ente su mensualidad, conservándola en depósito, bajo custodia paternal, en la caja del establecimiento. Trabajaba sin regateos de horario ni de esfuerzos. Baldeaba el almacén, despachaba detrás del mostrador, iba a los «mandaos», hacía guardias y tiraba del carretón si tal cosa convenía. Sufría, sudaba, se desvelaba y superaba, en lealtad y defensa de los intereses de su dueño, con una constancia especializada en el logro de sus propias y honestas ambiciones. Eran, en efecto, días aperreados los que vivía el neófito en su primera época de lucha; pero le sostenía en la circunstancia una firme convicción: la que le imbuía la certeza de que aquellas eran jornadas germinadoras de futuras y estables situaciones.

### MAÑANITAS DE LA HABANA

Con aquella certeza, el duro y cotidiano trabajo era un optimista quehacer de pura transición. Cuando el «noi» abría los portalones de la «bodega» a la hora matutina en que La Habana apenas despertaba, veía en el alborear del trabajo portuario un símbolo de su propio porvenir.

La mañana habanera de la época colonial comenzaba envuelta en el eco de cornetas y tambores regimentales ensayando en las proximidades de los muchos cuarteles ubicados en la ciudad, a cuyo sonido vibrante se mezclaban de vez en cuando los estampidos del tiro al blanco de algún destacamento militar en instrucción militar junto a la fortaleza del Morro. Era la hora en la cual los repartidores de «papeles» empezaban a introducir sus hojas impresas entre las rendijas de puertas y ventanas, mientras en las iglesias tocaban a primera misa y penetraban en las «bodegas» los jornaleros.

Un poco más tarde reanudábase el desfile de volantas de alquiler, de quitrines particulares, carros tirados por mulas y carretillas empujadas a mano en estrepitoso tránsitar. Los buhoneros isleños se desgañitaban chillando cadenciosamente: «¡Aretes, sortijas, dedales, peras finas...!» Los vendedores de frutos del país: «¡Piñas, mangos, plátanos, aguacates, mameyes, zapotes!», e instalaban sus pilas. Los traficantes de coloniales se apresuraban hacia los muelles. Y los jerifaltes del comercio tomaban entretanto su desayuno habitual, aderezado con picadillo de ternera sobre torta de casabe o cubriendo un par de huevos anegados en salsa de tomate.



Los muelles de San Francisco, en La Habana

### SOCIO Y SUCESOR

Con la colaboración leal y total de una dependencia mercantil dispuesta a prosperar, las empresas y comercios catalanes crecían, progresaban, asentábanse sólidamente en cada ramo..., hasta que llegaba un día en que el patrono recompensaba la meritoria lealtad interesando al muchacho en los negocios de la casa. El flamante socio redoblaba sus actividades, se crecía en el empeño y, a más andar, acontecía que el antiguo dueño manifestaba su decisión de retirarse. Esa era una abdicación que sucedía raras veces por vejez, otras pocas por cansancio y no muchísimos casos por achaques de añoranza de la tierra natal.

El ex dependiente quedaba de esta forma, un día, en infindad de casos, único propietario de la casa comercial, con la categoría de sucesor auténtico de la firma fundadora.

De los contingentes de empleados del primitivo comercio catalán en Cuba salieron no solamente los asociados comanditarios o «interesados» y jefes de empresa, sino también los yernos de los antiguos patronos. Los lazos matrimoniales entre el empleado sobresaliente de la tienda, de la fábrica o factoría con la «pubilla» criolla del amo crearon nuevas familias, nuevos negocios, nuevas fortunas.

Algunos se emancipaban con o sin el apoyo de connaturales. A fuerza de urdir iniciativas, de bracear intensamente y de un ahorrar feroz, acababan por adquirir maniguales, improductivos al parecer, pero que en sus manos se transformaban en áureo filón de onzas. Comercios, industrias y veguerías célebres nacieron de esa sencilla manera en manos catalanas. Un simple páramo inculto o una obscura esquina urbana convertíanse así, lentamente, en floreciente predio o en pujante comercio.

Como es natural, no faltaron las desdichas de aquella viña del Señor. De pocos, empero, contaríase que fueron a por lana y volvieron trasquilados. Según los datos que nuestros abuelos nos legaron para poder compulsar las posibilidades de aquellas lejanas décadas, podemos aventurarnos a conjeturar que los fracasados fueron aquella ínfima minoría que acostumbran a salir hueros en todas las latitudes y que resultan ineptos no solamente para crear, sino también para conservar.

La mayor afluencia de inmigrantes catalanes debió recaer sobre Santiago de Cuba, donde la colonia fué en todo tiempo más importante que en La Habana. En Santiago pueden aún encontrarse individuos de color que, sin haberse ausentado jamás de la ciudad, hablan — por su contacto social de trabajo o convivencia civil con nuestros paisanos — un catalán casi perfecto.

### LA EPOCA DE LA AÑORANZA

Cuando la riqueza colmaba a los triunfadores y la existencia cubana de éstos había adquirido aquella madurez identificada con el ambiente y el paisaje, trasuntada por los cubanos asaz gráficamente por la expresión «estar aplatanado» o «acriollado», veíase poseída nuestra gente por una añoranza murriosa, profunda, mordaz y creciente. A partir del momento en que el éxito resplandecía en la arquilla de las onzas, la ambición primera trocábase generalmente por un impetuoso anhelo de regresar a Cataluña.

Las cartas familiares que les llevaba el correo eran leídas en las «rebotigas» entre un corro emocionado de compatriotas amigos o vecinos, a los cuales se comunicaba como a parte interesada el contenido de los párrafos del capítulo de noticias. Noviazgos de la parentela, bodas de primos, bautizos de sobrinos, accidentes conyugales y sepelios de familia, encabezados por el ritual «Sabrás que...», formaban el noticiario que interesaba por igual a todos los reunidos y que no dejaron nunca de incluir las epístolas del añorado terruño dirigidas al pariente de ultramar.

El final — invariable epílogo en el formulario epistolar de la gente de la costa —, «Tuyo, que lo es...» dejaba sumidos a los auditores de las trastiendas de La Habana en un océano de suspiros profundos penosamente disimulados.

Pero continuaban trabajando...

A cada uno le llegaría la hora de volver a las playas de Lloret y a las costas de Levante, parajes exaltados por el divo de «Marina», la obra que ha humedecido más ojos en la Isla de Cuba desde que el arte lírico viaja por el mundo.

Así, pues, poco más o menos, era de humilde y abnegado el camino ascendente que aupaba al emigrante desde las privaciones de la indigencia ilusionada hasta las opulencias doradas de la fortuna.

Así se escalaban las cimas.

Trabajando.

---

Léase el próximo artículo, titulado
**TIERRA DE PROMISION**

# ESCENARIO

*NINI Montiam estrenó, no hace mucho, una comedia de los señores Tejedor y Llorente, titulada «Se vende por pisos». Se trata de una comedia que pretende ser de humor y graciosa. Pero, paradójicamante, se da el caso de que la comedia, con todo y pretender ser de humor y graciosa, no tiene ni humor ni gracia. Esto es tanto como obligar a un sifón vacío a que eche agua de seltz por el pitorro. Pues esto es lo que, al parecer, intentaban los autores.*

∴

*El comentario más gracioso, directo, justo y fino que sobre esta obra hemos oído no es otro que el que expresó con matizada candidez, aunque con manifiesta malicia, la compañera del crítico. No dijo más que esto:*

*—¡Y fueron dos a escribirla!...*

∴

*Ismael Merlo, a su vez, representó una obrita jacarandosa, intitulada «El amor no existe». Y así es todo. Que sí, hombre, que sí que existe el amor. Existe el amor en los fandanguillos, en las bulerías, en los estribillos y hasta en la Biblia. Y, al final, el autor reconoció, para bien de su obra, que lo del título, en realidad, no era más que una trampa para obligarnos a pasar por la taquilla. Bueno; nosotros, no. Los demás. Ustedes.*

∴

*Y pese a la mala fama que el actor puede adquirir con las tales comedietas, vamos a reconocer que Ismael Merlo tiene algo, algo auténticamente de actor, de actor un tanto desconcertado, pero de actor al fin y a la postre. Es mucho mejor de lo que él pretende demostrarnos con sus exagerados viajes y sus casi payasadas. Claro está, él no hace más que salvar las comedias. Ya que si el público no ríe por lo que dice, al menos sonríe por lo que hace. Y queremos repetir que es mucho más actor de lo que aparenta.*

∴

*Nada. «El sosiego», de la que es autor José de Lucio, no es más que una comedia más. Con esto está dicho todo. Poca cosa. Más fina y más delicada que otras muchas, más eso que otras tantas y más aquello que otras cuantas. Imponderables, ¿saben ustedes? Rigor, ni pizca. Una comedia más, y basta.*

∴

*La actriz de color Greek Legend, al frente de una Compañía de negros, ha representado «Medea» en el escenario del teatro «El Jardín del Tiempo», en Broadway, obteniendo un éxito clamorosísimo. Al parecer, el mito de «Medea» ha sido matizado con toda la crueldad inteligente que cabe en unos personajes que inspiran, por su color, la idea de una personalidad primitiva. Con ello Legend ha demostrado poseer una fina intuición y relevantes dotes de actriz de primera fila.*

## QUINTO CONCURSO CINEMATOGRAFICO "DESTINO"

**Como en las pasadas temporadas, DESTINO organiza un Concurso Cinematográfico para elegir entre las películas estrenadas en el transcurso de la temporada 1945-1946, la que a juicio de los lectores sea considerada como la mejor. A tal fin, insertamos un boletín, el cual, convenientemente llenado con el nombre y las señas del lector y el título de la película preferida, puede remitírsenos a nuestra Redacción, Pelayo, núm. 28, principal, indicando en el sobre**

**«PARA EL CONCURSO CINEMATOGRAFICO»**

### PREMIOS

**PRIMER PREMIO: 1.500 pesetas (viaje al Pilar, de Zaragoza), ofrecidas por la casa Bosch y Compañía, fabricantes del Anís del Mono. — SEGUNDO PREMIO: 500 pesetas, ofrecidas por Maquinaria Cinematográfica O. S. S. A. — OTROS PREMIOS: Una fotografía ofrecida por la casa Batlles-Compte. — Una pulsera de plata y esmalte, de la Joyería Armengol. — Un lote de frascos de perfumería de Laboratorios Unicán.—Un lote de perfumería surtida de A. Puig y Compañía. — Una caja de 12 botellas surtidas de la casa Marqués del Mérito. — Dos lotes surtidos de perfumería de la casa Montaber. — Una blusa Rebeca, de la casa Vilardell. — Un jersey, para caballero, de la casa Vilardell. — Un lote perfumería de la Perfumería La Florida. — Una caja 12 botellas superaperitivo internacional Bill Cobianchi. — Una caja espumoso Champán Miró.**

**«DESTINO» OFRECERA, ASIMISMO, UNA MEDALLA AL DIRECTOR DE LA CINTA ELEGIDA**

### MEDALLA "DESTINO"

**1942: «PIGMALION» – 1943: «REBECA»**

**1944: «Adiós, Mr. Chips» – 1945: «Qué verde era mi valle»**

**Para orientación, publicamos una lista de algunas de las producciones estrenadas durante esta temporada:**

**AL MARGEN DE LA VIDA, Julien Duvivier; AMOR Y PERIODISMO, Tay Garnett; USA Y CARNE, Sam Wood; EL SOSPECHOSO, Robert Siodmak; SIGUIENDO MI CAMINO, Leo Mac Carey; LA VIDA EN UN HILO, Edgar Neville; MR. LUCKY, H. C. Potter; CASANOVA BROWN, Sam Wood; ERAN CINCO HERMANOS, Lloyd Bacon; LOS ULTIMOS DE FILIPINAS, Antonio Román; TIERRA SEDIENTA, Rafael Gil; SE FIEL A TI MISMO, Anatole Litvak; NOCHE EN EL ALMA, Jacques Tourneur; SABOTAJE, Alfred Hitchcock; SEIS DESTINOS, Julien Duvivier; SUCEDIO MAÑANA, René Clair; LAURA, Otto Preminger; UN CORAZON EN PELIGRO, Clifford Odets; VIDAS HEROICAS, Frank Borzage; CIUDAD DE CONQUISTA, Anatole Litvak; OLIVIA, George Stevens; SANGRE EN FILIPINAS, Mark Sandrick.**

**QUINTO CONCURSO**

**Cinta preferida** ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

**Nombre del votante** ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

**Domicilio** ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...


**BODEGA MALLORQUINA**

RESTAURANTE DEL

SALON ROSA

*Recuerde Vd. el cubierto de verano*

*Temperatura ideal refrigerada*


# La alegría

Una escena de «La canción de Bernardette»

## CRONICA DE CINE

POR ANGEL ZUÑIGA

**FILMS QUE VEREMOS**

**«LA CANCION DE BERNARDETTE»**

**YA empiezan a asomar cabeza algunos de los films que veremos la próxima temporada. Ya hablé el otro día de «Spellbound», de Hitchcock. Hace ya bastante tiempo que lo hice de «The Long Voyage Home», que parece se llamará en español «Hombres intrépidos», aunque mucho mejor le estaría el de «Viaje de vuelta», que posee una referencia más exacta y que completaría, en el tiempo, la travesía marina de aquel film admirable que se tituló «Viaje de ida».**

**Ahora acabo de ver «La canción de Bernardette», film católico, del que los lectores deben tener abundantes referencias por cuanto del mismo se ha hablado bastante en los últimos años. De la tanda de cintas que han inaugurado esta nueva tendencia del cine americano, éste es el que nos llega precedido de mayor fama, por cuanto por su interpretación, la protagonista, Jeniffer Jones, ganó uno de los premios anuales de la cacareada Academia de Hollywood.**

**La cinta está dirigida, además, por Henry King, persona de talento, a quien si le dejan se sale casi siempre por los fueros de la buena cinematografía. Naturalmente, los casos de libertad profesional en América son cada día más difíciles y los directores deben transigir y admitir las peores claudicaciones. De aquí que veamos tantos films que vienen firmados por muy buenos directores y que nos dan gato por liebre.**

**Me apresuro a decir que «La canción de Bernardette» está realizada con un innegable tono de distinción. Las continuas dificultades del tema han sido allanadas por una posición digna mantenida ante todos los efectos previsibles para que el tema cobre dramatismo entre las mayorías. «La canción de Bernardette» posee, a mi juicio, una cualidad que la distingue: la de mantenerse en una posición honrada aun en aquellos momentos en que el tema aparece más limitado. La desmesurada longitud del film mantiene así un interés sin sacar las cosas de quicio. La abundancia de anécdotas queda bastante compensada por un cierto rigor formal que tampoco pierde de vista el fondo humano de un asunto que había de salir por los fueros místicos.**

**El respeto con que ha sido logrado se echa de ver casi siempre en el mismo tono normal de la realización. Tocando como toca un asunto tan arriesgado como es el del milagro, la función del cine — arte, o lo que sea, tan realista — había de ser no jugarse la partida a un intrínguis de formas que podía descubrir la trampa teatral. Cuando la hay, en algunos fragmentos, el interés padece eclipses. Pero éstos son pasajeros. Y la historia de Bernardette se sigue con atención desde el principio hasta el fin. Y esto no deja de ser mérito en un film que, como antes decía, es de una longitud poco corriente.**

**A mi manera de ver, la aparición de la «Señora» debió darse por sobreentendida sin necesidad de la alusión directa, de la imagen clara, que limita la categoría del fenómeno a un nivel poco convincente. La fe en lo que Bernardette ve, ya se nos da en su cara que le queda iluminada por un rayo de luz, bastante expresivo para aquella otra insistencia. Pero esto es sólo un detalle que incluso podría enmendarse con un tijeterazo a tiempo. No obstante, no dejo de reconocer que a las gentes muy sencillas pueda emocionar la visión de la «Señora». En cambio, ya es mucho más discutible su efecto entre los escépticos, en quien, digan lo que quieran, se debe pensar para que no se tomen la cosa a risa.**

**Porque en lo demás el film está trabajado con tanta maña, que incita a su total contemplación sin perder el hilo de los acontecimientos. El ambiente es, a mi entender, lo que está mejor logrado. La reconstrucción de la villa francesa está hecha con «soltura». Y esto es un elogio suficiente si tenemos en cuenta lo fina que es nuestra mirada para reconocer decorados o descubrir inexactitudes. Claro, se tiende siempre a la representación; pero no debemos olvidar que el cine, cuando trata de contarnos una historia por escenas, es una forma evidente de representación. La labor de Henry King se echa de ver en ello de muy buena manera. Y sostiene la armazón de la trama sin dilaciones ni desmayos.**

**Es posible que «La canción de Bernardette» nos convenza, sobre todo, por la interpretación de Jeniffer Jones. Es más que interpretación. El acierto al escoger su tipo, el encajar notablemente su figura, el no recordarnos ninguna otra interpretación anterior, hace que gane en patetismo el personaje a ella encomendada. Incluso creo que difícilmente hallará esta actriz otra ocasión tan justa como la presente para demostrar su valía. La designación para el papel de Bernardette — si a esto se le puede llamar papel — se justifica con creces por el tono de sinceridad que da a la película. Y esto, la sinceridad, es cualidad que no debía faltar en un film como éste de sujeto religioso en que sólo sinceramente podían lograrse buenos resultados.**

## EL SABADO EN LA BUTACA

por Sebastián Gasch

### DOS ACTORES COMICOS

¿QUE es la comicidad? No es tan fácil la de contestar esta pregunta. Se trata de una materia difícil, que las teorías no han hecho más que enmarañar. Sin embargo se puede dar, no una definición, sino algo así como una descripción posible de las cuatro clases de comicidad, que son, empezando por la menos noble, como suele hacerse, la comicidad de los gestos (el hombre elegante que cae a un charco), la comicidad de las palabras, la comicidad de las situaciones y la comicidad de los caracteres. Queda fuera de duda, que la comicidad de los caracteres, es la más noble y la de los gestos la más baja. Por otra parte, tampoco cabe la menor duda, de que la comicidad de los gestos es la más inmediata, a que nos hace reír de una manera más seguramente directa, en tanto que la comicidad de los caracteres es la que actúa con mayor lentitud. Pero es posible que la comicidad más noble y la más baja sean las que mejor se entienden entre sí, las que trabajan juntas, como se dice en el circo, de mutua buena gana, hasta formar una de aquellas parejas, que vemos en la pista, en las que un actor grave y un actor bufón crean, los dos juntos, un actor perfecto. Sobre esta base se asientan ciertas obras de Shakespeare y muchas comedias de Molière.

Esas consideraciones, nos han sido sugeridas por dos autores cómicos — Joe E. Brown y «Carpanta» — que en estos días se asoman a nuestras pantallas.

Joe E. Brown hace reír a un público popular por medios rudos, sólidos, directos. Es un cómico vulgar, pero nunca es grosero. Su comicidad se funda en el estupendismo de su mirada, en su enorme boca, que de vez en cuando lanza un sonido penetrante que se asemeja a un grito de victoria, y, sobre todo, en sus acrobacias circenses: saltos y caídas. En «El diablatán», film que se proyecta en los cines Astoria y Atlanta, una simple caída desde un balcón, repetida sin fin de veces, excita la risa y la algazara en el auditorio. Esta repetición de los efectos constituye, según Bergson, la misma matemática de la risa. También en esta cinta, provoca la hilaridad la clásica «entrada cómica» del

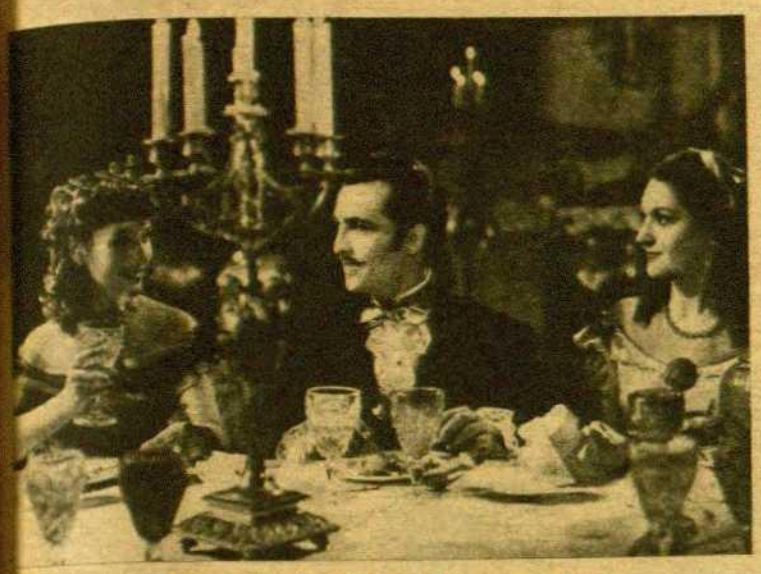

Montaber

LANZA AL MERCADO UN NUEVO TIPO DE LACA AMERICANA

Bel-Ton

CALIDAD PERSISTENCIA COLORIDO INIGUALADOS

# que pasa...



Una escena de «La novela de un joven pobre»

oto, que E. Brown interpreta con ímica de gran payaso. Y pare- os de contar. Esos son los dos cos momentos graciosos que en- erra la historia de este vaquero utor de radio, que hablando an- el micrófono blasona de valiente, ero que en cuanto actúa ante el úblico como caballista se porta mo quien es, como un auténtico edoso. Judy Canova interviene ualmente en esta cinta. Diríase ue esta excelente excéntrica de mussic-hall» tiene instalada una or- uesta de jazz en su garganta. Su oz pasa de los sonidos gangosos el saxofón a los sobreagudos de trompeta. Además, su fealdad rre pareja" con la de «Bocazas». o existiendo contraste entre am- s, pues, esta yuxtaposición resul- poco afortunada.

«Cantinflas» es también un cómi- vulgar, pero sobre esto es muy abacano. Este actor mejicano cul- va casi exclusivamente la comici- d de las palabras. Habla, no pa- de hablar, habla a tontas y a as, habla por los codos, con in- gotable locuacidad y abrumadora rbosidad. Ya dijimos en otra oca- ón que su humor, a más de ser specificamente anticinematográfico, ólo puede causar risa en los pai- es de habla española, y no en to- os ellos, seguramente, porque la xtinguible charla de este hom- re incongruente, deshilvanada, hállase esmaltada (de expresiones eculiares de la lengua mejicana, ue una gran parte de nuestros es- ectadores no aciertan a compren- er. Alguien preguntó un día a Ma- uel Torres, artista supremo del ante jondo: «¿A ti te gustan los andanguillos, Manuel?» Y, ni corto i perezoso, el más extraordinario e todos los «cantaores», soltó esta entencia: «¡Eso pa mí está en in- lés». También para muchas perso- as están en inglés los monólogos e «Cantinflas».

Este cómico interpreta un papel ecundario en «Así es mi tierra», ilm mejicano que ha sido estrena- o en el Cristina. Durante toda la rimera parte de esta película, sus ersonajes se divierten de lo lindo, antando y bailando sin intermi- ión. El que no se divierte tanto e el público, que espera con im- aciencia que empiece el rgumen- y que salga «Cantinflas». El ar- umento — de un romanticismo su- ido — apenas da señales de vida, ues sus escasas escenas se intercalan ntre otros cantos y bailes en la se- unda mitad del film, y en cuanto Cantinflas, apenas le vemos. Sólo ctúa en una graciosa becerrada, lo ue nos hace suponer que «Así es i tierra», fué rodado en la época e que Mario Moreno se dedicaba l toreo cómico, a la manera de harlot y Llapisera.

### CELOS Y BALLENAS

«Hombres del mar», film que ha resentado el Montecarlo, es un re- orte interesantísimo sobre la pesca e la ballena en los mares Antárti- os, entreverado con pasiones encen- idas por los celos, que al ponerse rojo bordean lo ridículo, y a las uales un doblaje afectado dota de na comicidad involuntaria de pri- er orden.

Hacía muchísimo tiempo que no íamos una película sueca, y esta iene a demostrar que la cinemato- rafía de aquel país, que tanto con- ribuyó a formar el cine mudo y ue en aquella época alcanzó un alto rado de perfección, conducida por os directores Mauricio Steiller y íctor Sjostrom, que adaptaron la ayor parte de obras de Selma La- erlof, se ha despojado de su perso- alidad para remedar el estilo narra- ivo americano.

No vale la pena hablar del tema de este film, en el que desempeñan papel principal los celos grotescos de un timonel, que retiene por la fuerza a su rival en el buque en que trabaja. Reviste mucha más importancia lo que tiene de documento la película. La vida a bordo del «Kosmos II», escoltado por una flotilla de barcos balleneros y avanzando penosamente a través de las islas de hielo flotantes en la inmensidad de los mares polares; la lucha contra los elementos libres de todo freno; la busca y captura de ballenas y cachalotes, tienen un espesor tan considerable de verismo, y a veces tanta grandeza, que causan grande impresión.

### UNA BUENA PELICULA ARGENTINA

Comprobábamos la pasada semana que la cinematografía hispanoamericana muestra especial predilección por lo sensiblero. No es extraño, pues, que el cine argentino se haya sentido atraído por «La novela de un joven pobre», la conocida obra de Octavio Feuillet, el novelista francés, cuyas obras, de ficticio romanticismo, valen por la finura de la observación, la concisión y la brillantez del estilo. También el cine hispano americano, especialmente el mejicano, siente querencia por disfrazarse de época, y evocar capítulos de la historia de Europa, que desconoce, incurriendo así en frecuentes anacronismos. Los autores de esta cinta argentina, sin embargo, constituyen una feliz excepción a esta ley. Considerando que la acción de «La novela de un joven pobre», pudo haber transcurrido en cualquier país, la han trasladado con muchísimo acierto a la tierra del Plata, pudiendo así vestir con toda propiedad a los personajes y al ambiente en que éstos rien, lloran, y... cantan.

Bayón Herrea, autor del guión y realizador de este film, presentado por los cines Capitolio y Metrópoli, ha conducido con mano hábil el relato, pletórico de un sentimentalismo delirante, ya trasnochado, pero siempre de seguro efecto. La acción es llevada con flúida continuidad, poniendo tasa el director a la parte verbal en beneficio de lo visual. La descripción de la época — 1850, en Buenos Aires y sus alrededores — y de los tipos, es perfecta. Los diálogos, muy cuidados encierran réplicas contundentes que surten el efecto apetecido. Y han sido justificadas de un modo riguroso todas las canciones, muy bellas y de marcado sabor romántico, que se cantan en el film.

Hugo del Carril y Amanda Ledesma, a más de cantar muy bien, expresan con emotivos acentos los sentimientos que animan a los dos héroes de esta melodramática historia.

## DISCOS

### Un ritmo que envejece

EL Jazz ha sido calificado como dialecto musical. Nada más justo ni que más claramente defina su trascendencia en el concierto de la música en general. Un dialecto que lo comprenden millones de seres, a pesar de que, de tiempo en tiempo, cada década aproximadamente, se inventen nuevos giros de expresión, acentos inéditos que con inverosímil rapidez son captados en todo el mundo. Sorprende, por ejemplo, el comprobar como nuestras orquestas de música ligera han adoptado la nueva fórmula sincopada que responde a la exótica denominación de «Boogie-Woogie». Podemos comprobarlo a través de unos recientes discos: «Teclado en Rojo» (Red bank boogie) (1), interpretado por José Ribalta y su orquesta, y «Vuelve el Bugui-Bugui» (2), que ejecuta la Orquesta Demón.

Estas dos piezas tienen una entonación perfectamente familiar. La primera es un auténtico alarde de adaptación por parte de José Ribalta, con un solo de piano y batería de la mejor solera «swing», contrastando con las intervenciones del «tutti» que mantienen su ritmo candente, pero premioso y acentuado.

La orquesta Demón ha llevado las posibilidades de apropiarse un acento ajeno hasta el final, convirtiendo el «Boogie» en «Bugui», no sólo con un cambio de ortografía sino con la utilización de una letra cantable que — como la melodía y ritmo de la pieza — parece creada para imponerse en las orquestas de los principales cafés del Paralelo, de los bailes de barriada y de los entoldados. Exhibición de batería con «breaks» efectistas, crescendos, acentuaciones exageradas, todo invita a pensar que nos hallamos ante la versión más popular de la que en sus inicios monótona y pianística danza americana.

Contrastan estos dos discos con el de la orquesta Harry James, el «Back Beat Boogie» (3), que al lado de los precedentes suena a extranjero. Las intervenciones de la trompeta con un tema candente, la sugestiva intervención del piano, el brío comunicativo de este auténtico «Boogie», es una muestra espléndida del auge de un baile que ya empieza a envejecer y que no tardará en ceder el paso a un inédito giro expresivo del «Jazz», de cuya voracidad insaciable, son testimonio las continuas renovaciones de sus ritmos.

SOLIUS

(1) *Disco Regal. G. 8.670.*
(2) *Disco «La Voz de Su Amo», G. Y. 607.*
(3) *Disco Odeón, 204.019.*

# VUELTA AL RUEDO

## EL RETORNO DE CARLOS ARRUZA

EL empresario de Barcelona había prácticamente agotado todas las reservas de éxitos y sorpresas, cuando pudo anunciar, con toda la pompa de la seguridad y el triunfo, la reaparición de Carlos Aruza en la arena de Barcelona.

Los carteles para el sábado y domingo pasados fueron: Juan Belmonte, Carlos Arruza y «Andaluz», con toros de don Felipe Bartolomé; y para el domingo, Pepe Bienvenida, Arruza y «Morenito de Talavera», con toros de don Antonio Sánchez Cobaleda.

El calor fué en los dos festejos agobiante, dándose a pesar de todo,

Arruza, toreando de rodillas

una brillantísima entrada en los tendidos solaneros, singularmente en la corrida del domingo, en la que el lleno fué en este graderío popular absoluto, el calor sofocante y el entusiasmo rayando en delirio. El retorno de Carlos Arruza ha tenido una trascendencia en la vida de la ciudad: ha vuelto a la plaza el público más diverso, se han vuelto ha poblar las localidades de familias forasteras, de gentes que van a los toros una vez al año y que es el día que torea Carlos Arruza. Todo ello no lo decimos en demérito del espada mejicano, sino que nos limitamos a hacer constar que estas dos corridas fueron un acontecimiento público en Barcelona y que no se salió defraudado de ellas, especialmente de la del domingo. Y por una vez hubo más mujeres que hombres presenciando esta corrida o por lo menos las exteriorizaciones fervorosas de los espectadores femeninos fueron tan contundentes y bulliciosas, que su mayoría pareció absoluta.

### LA CORRIDA DEL SABADO

Sólo nos resta ahora hacer un pequeño resumen de las dos corridas, que se caracterizaron tan sólo por la presencia de Arruza. En la primera, los toros de divisa celeste y grana, de don Felipe Bartolomé, del campo de Sevilla, fueron grandes, bastos, algo sosos y mansurrones, de bastante peso pero flojos de remos. En conjunto, no presentaron ninguna dificultad invencible. Pero Juanito Belmonte sí que tenía dificultades, que no eran otras que el miedo, la abulia y las prisas por irse a fastidiar al público de Santander, donde toreaba el domingo. Afortunadamente, se lograron casar los deseos de Juanito Belmonte de abandonar la plaza con las ansias que todos teníamos por perderlo de vista, y las broncas sólo fueron medianas, mínimas. «Andaluz» es un excelente torero. Quizá uno de los mejores toreros que tenemos. Gran artista con la capa, con un arte alegre y sólido, mesurado; con la muleta torea con sentido, elegancia y sin perder nunca un empaque macizo y sereno. Con la espada se muestra más decidido que en los últimos años. Creemos que es un torero inteligente y valuntarioso al que sólo le falta un elemento imponderable para hacerle una primerísima figura. Su toreo tiene un punto de monotonía, es algo aburrido, uniforme. Le falta sólo una genialidad, una simpatía personal, un modo de moverse en la plaza que lleve al entusiasmo. Y, sin embargo, es, con Pepe Luis Vázquez, el mejor veroniqueador de los toreros en activo, uno de los espadas que más finamente se adornan en quites y un excelente torero en las faenas de muerte.

En esta corrida del sábado, Carlos Arruza no satisfizo del todo. Flojeó como siempre en el primer tercio, banderilleó algo inseguro, con la muleta estuvo incierto, y con la espada, hábil y efectista. Se le aplaudió mucho, se le silbó bastante, se enfadó, tiró al callejón una oreja, y el público salió malhumorado.

«Andaluz», en una gran verónica

### LA CORRIDA DEL DOMINGO

Esta corrida tenía como aliciente, además, naturalmente, de Carlos Arruza, la presencia de tres grandes banderilleros en la terna de matadores. Y desde este punto de vista la corrida fué también un éxito.

Pepe Bienvenida es un torero que sólo se salva hoy por su pares de

ESPAÑOL
Nueva producción
KAPS - JOHAM
MELODIAS DEL DANUBIO
Un espectáculo de maravilla con
Raquel Meller

Aerosol
Desinsectación ideal

DE MANERA EFICAZ, COMODA, SIN PELIGRO DE NINGUNA CLASE

Con una sencilla aplicación del auténtico DDT Veig DDT con los aparatos "Aerosol", todos los insectos, visibles e invisibles, desaparecen para no volver. Servicio domiciliario rápido.

CON EL LEGITIMO DDT Veig DDT

Aerosol, S.A.

EMPRESA AUTORIZADA POR LA DIRECCIÓN GENERAL DE SANIDAD
CERDEÑA, 158 - BARCELONA - TELÉF. 50906
EXPOSICIÓN: AVENIDA GENERALÍSIMO FRANCO, 435 - BARCELONA

# La alegría que pasa...

banderillas. De su calidad de lidiador, de su arte basto pero extenso y expresivo, de sus quince años de éxitos, sólo queda un banderillero de primera categoría, el mejor de los banderilleros españoles, y un torero adocenado, borroso y triste. Y esto cada tarde que torea y estando todavía en la fuerza de la juventud.

«Morenito de Talavera» también brilló singularmente en los tercios de banderillas. Es un banderillero franco y osado, muy duro en el aguante del par al quiebro. Como

Arruza, banderilleando

*(Apuntes del natural de Aguilar-Ortiz)*

torero estuvo bien en sus toros, que fueron buenos, y cortó oreja en su primero, por una faena amplia, ruda y generosa.

Carlos Arruza se puso en esta corrida a la altura de sus mejores actuaciones. Pero cabe señalar que su triunfo no se debió ni a su variedad en los quites ni a sus pares de banderillas — estaba Pepe Bienvenida en la plaza —, sino a sus dos prodigiosas faenas de muleta. Sobrado de facultades, valiente hasta la temeridad más descabellada, a la que vence por osadía segura, su estilo, a pesar de su efectismo, de sus alardes ventajistas, es tan auténtico y peligroso en la mayoría de las cosas que hace, tan metido su cuerpo en la lógica trayectoria del cuerno al torear, tan conocedor de las reses, de los terrenos y, sobre todo, de la clave emocional del público, que no vacilamos en declarar que, a pesar de la poca afición que tenemos a manifestar entusiasmos desbordados, en esta actuación, mezcla de malicia, de temeridad y de conocimientos en partes iguales, Carlos Arruza obtuvo un éxito delirante. Cortó orejas y rabo y orejas y rabo y pata. Y ya está de primer torero de nuevo, a la segunda salida de este año, Carlos Arruza en tanto no le salga rival visible. Ha venido como se marchó, sin saber dar verónicas, con su efectismo de traje manchado en sangre por pasar él tan cerca del toro luego que el toro ha pasado cerca de él, matando eficazmente, de un modo que todavía no hemos podido comprender. Ha vuelto valiente, con su valor deportivo y audaz y con su misma voluntad de triunfar sobre todas las cosas. Y sin otro rival que la cabeza invisible del torero que está en Córdoba.

## Por la calle... Del brazo de Luis Prendes

LUIS Prendes llegó a Barcelona, procedente de Madrid, en el avión del lunes. Encontróse con que la Empresa del Calderón había anunciado su debut para el día siguiente. El galán les dijo que no-nes; que él no empezaba una temporada en martes.

¡Y eso que no es gitano! Nació en Melilla, por puro accidente. Su ascendencia es asturiana. En la actualidad está avecindado en Barcelona. Tiene piso en las cercanías de la Plaza Adriano.

—¡Qué delicia, al cabo de un año, poder acostarme en la propia cama! — fué lo primero que dijo a la llegada, mientras besaba a su peque.

Estos doce meses, el actor los ha pasado de hotel en hotel, al azar de una jira por España. Excursión que, en los últimos tiempos, ha tomado un carácter único entre las de su género. Una sola actriz constituía toda la Compañía de Luis Prendes. Viajaban ambos en automóvil, llevando el decorado sobre el techo. No se puede pedir mayor simplicidad.

Pero es que, en la maleta, guardaban la bomba atómica. Una comedia de dos personajes solos, «Del brazo y por la calle», del autor chileno Armando Moock. En el teatro mundial existen múltiples obras con semejante economía de personajes. Son, generalmente, lentos análisis psicológicos, minuciosos dúos de amor. Sucede, empero, que «Del brazo y por la calle», con su sola pareja de intérpretes, es una obra movida y apasionante ,una obra que...

¡Cuidado! Estamos invadiendo la esfera de competencia de Julio Coll. Nosotros, sobre la comedia que ha estrenado Luis Prendes, vamos a decir solamente que la censura confesional la clasificó, en Madrid, «rosa (sólo para mayores)». Se mantiene justo en el vértice, a punto de resbalar por la pendiente.

DE ELENA A LOLITA

Luis Prendes nos explica la historia de esa interpretación suya. Hace un año decidió dejar el cine por el teatro. Formó una Compañía extensa, como es de rigor, y empezó a montar comedias ligeras que él creía apropiadas a su modo de ser. La jira iba de fracaso en fracaso, hasta el Día de Todos los Santos, en que, habiendo puesto el «Tenorio», descubrió que su verdadera vocación era el drama.

—No lo dije yo — nos explica Prendes —, sino que lo decretó el público. Porque si había en el teatro español una obra por mí odiada, era precisamente el popularísimo drama de Zorrilla.

Quizá aquel día decidió hacer teatro serio, y hacerlo en serio. Su hermana, la actriz del Teatro Español, Carmen Prendes, le enseñó un original mecanografiado.

Luis Prendes, en la Rambla de Cataluña

—Una obra muy extraña, de un autor americano — le dijo —. A lo mejor te cuadra.

¡Vaya si le cuadró! La puso por primera vez en Toledo. Fué la revelación. Suya y de su «partenaire», una actriz humilde y obscura, Elena Caro, que ni a tiros lograba hacer avanzar su carro por el pedregal del teatro. Ha contado luego, ella, que el día en que le propuso hacer el papel, Prendes la encontró a punto de echarse por el viaducto de Segovia. Tan grande era su desencanto ante la vida.

«Del brazo y por la calle» le valió a la señorita Caro la celebridad. Pero el éxito en el teatro jamás ha sido un aglutinante, contra lo que parecía lógico. Luis Prendes ha debutado en Barcleona con la Compañía totalmente cambiada, o sea con otra actriz... La que ahora lleva del brazo se llama Lolita Villaespesa. Ni hecha a medida para el papel. Con decir que antes del debut, al presentárnosla Prendes con palabras de gran elogio, la señorita Villaespesa se ha ruborizado auténticamente...

¡VIVA EL BUEN TEATRO!

Cerca de trescientas representaciones ha logrado esta obra de Armando Moock, de quien se conocía ya en España «Serpiente», y de quien, decididamente de moda, acaban Davó y Alfayate de estrenar en el Norte otra comedia.

Muy ufano con el éxito, Luis Prendes desecha oferta tras oferta para volver al cine. Su última película fué «Un ladrón de guante blanco», rodada en Montjuich. Tiene ahora todas sus ilusiones puestas en el teatro. En el buen teatro, según asegura.

—Cuantas obras burdamente concebidas se han estrenado en Madrid sin otro propósito que hacer reír al público, no han ido más allá de la semana. En cambio, es el Teatro Español el que hace las mejores recaudaciones, y aquí mismo, en Barcelona, creo que el «record» de taquilla de la última temporada pertenece a «Hamlet». ¿no?

Agrada oír hablar así a un actor joven, especialmente si proviene del campo cinematográfico indígena, donde toda mentecatez arraiga y florece.

Una manada de chiquillas pasa a nuestra vera y, al ver a Luis Prendes, quedan embobadas. No tienen suficientes ojos para abarcarle el coruscante pelo, el traje de hilo azul y los zapatos de ante. Si supieran que habla de Shakespeare y de Lope de Vega, a lo mejor caerían de su asno.

SEMPRONIO

ESCENARIO DE MADRID

## Constelaciones de verano

por EL ESPECTADOR SINCERO

*EL Teatro Madrid tiene un gran aforo. Parece difícil llenarlo en el mes de agosto. Pero hay fórmulas para todo, y el afán de ganar dinero agudiza la imaginación. Se ha creado una Compañía «All-stars», o sea tipo constelación: Antonio Casal, Mariano Asquerino, Josita Hernán, Carmen de Lucio, Mariano Azaña, Guillermina Grin y María Luisa Moneró. La obra elegida para la presentación ha sido la milenaria comedia de los señores López Marín y Sicilia, «Un hombre de negocios». Los hombres de negocios han sido los autores, que utilizaron el infalible resorte del vodevil vieja. El vodevil fué siempre de otro color. Era su gracia y su picardía. Ahora priva, en cambio, el vodevil blanco o rosa. En el fondo, después de todo, quizá no sea la cosa tan inocente, porque el tema del matrimonio fingido que está a punto de convertirse en real — lo que al final debe suceder para tranquilidad de todos — es un tema con sobrada picardía, aunque sus mejores cultivadores hayan sido las señoritas que proveen de literatura al resto de las señoritas. Esa situación violenta en que se hallan un caballero y una joven que van a ser marido y mujer en todo menos en un misterioso «etcétera» al que aluden con displicencia, me resulta mucho más turbio que una escena de bajos fondos en Marsella, pongamos por puerto bien ambientado. Si, en fin, la terrible táctica de los puntos suspensivos que señalan en las novelas rosas donde ha de suplirse lo emocionante. Pero la cuestión es pasar el rato. Y la gente se ríe con la criada redicha que habla de un «vehículo gasogenado». Si les decimos a los autores que todo esto es muy viejo, nos dirán que nuestros dramaturgos del Siglo de Oro empleaban los mismos recursos y que la táctica no es vieja, sino de sillera teatral, lo cual es distinto. Y si insistimos en que el escenario sirve para algo más, nos darán la razón enseñándonos el 1.000 y pico de las representaciones.*

*Antonio Casal, en las tablas, da tan excelente resultado como en el cine, aunque, así y todo, queda mucho mejor que la mayoría de nuestros galanes. Le falta la intensidad teatral de voz, tan diferente a las modulaciones requeridas por el cine. Además, hay dos circunstancias que perjudican la aparición escénica de un artista de la pantalla: primero, la atención pazguata que le presta el público, no olvidándose ni un momento de que aquel es «Antonio Casal, el del cine», y el «divinismo» que esta admiración incondicional produce, como reflejo, en el actor, y segundo, el inevitable agrisamiento del gesto, no por defecto suyo — o no totalmente por ello — sino por el contraste que surge en nuestra observación entre el gesto lejano que nos llega del escenario y el recuerdo de la notable expresividad de este actor en sus primeros planos.*

*De todos modos, Casal debe escoger obras teatrales de un contenido humano, que le ofrezcan la posibilidad de trasladar accidentalmente al teatro su indudable personalidad como actor cinematográfico.*

*Mariano Asquerino, sorprendentemente y demostrando con ello estar muy seguro de su categoría, ha aceptado en «Un hombre de negocios» un papel de tercer orden.*

*Los señores López Marín y Sicilia, con el deseo — seguramente — de «empalmar», han escrito otra comedia, que se titula «Una mujer de negocios».*

*Y — cosa nueva en nuestros espectáculos, aparte de las noches de homenaje — la Empresa ha añadido un fin de fiesta, en el que me admira cómo canta flamenco y epitanos una nueva figura: Carmela Montes. Esta joven canta con un apasionamiento tan contagioso y una voz tan agradable y bien educada, que son para ella los más enérgicos apiausos de la noche. No me extrañaría que saliera de Carmela Montes, si amplía su repertorio, otra Conchita Piquer.*


TIVOLI

(Acondicionado para el verano)

¡¡Vean ustedes la Gran Revista Internacional de éxito clamoroso!!...

ENTRE DOS LUCES

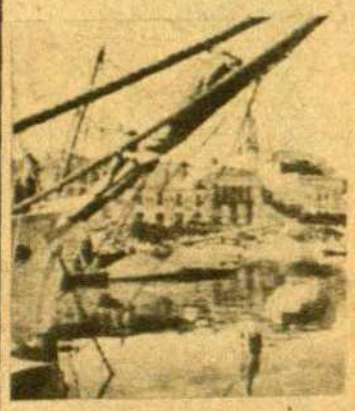
¡3 últimas semanas!

Con los famosos artistas
SPADARO
MERCEDES MOZART
MONICA THIBAUD
TRIO FLORIDA
ORJAS Y ROA
ANGELINA CONTI
IVAN MIHAILOVICH
y SEMPRINI
en sus nuevas y magníficas creaciones

Realizadores: DUISBERG - GISA GEERT



Un libro indispensable para conocer las bellezas de nuestra costa



Guía de la Costa Brava

por JOSE PLA

392 páginas de texto, con más de 200 fotografías, un mapa general y tres pintorescos, tirados a seis colores

EDICIONES DESTINO, S. L.

Pelayo, 28. - BARCELONA

—Sepa, joven, que nuestro último domador fué devorado por los leones y sólo cobraba la mitad de lo que usted gana. (Punch)


PRINCIPAL PALACIO

¡¡LA SENSACION DEL DIA!!

¡¡Una película de misterio y de emoción indescriptibles!!

Y además...

Una entre un millón

con SONJA HENIE, ADOLF MENJOU y DON AMECHE



Lecciones de grafología

Pida usted hoy mismo, prospecto gratis BELPOST, para aprender en casa como la mejor distracción e instrucción de gran utilidad y gran porvenir. Escriba hoy mismo a BELPOST, LAURIA, 98. Telf. 75358. BARCELONA.

# DEL CABALLERO LINNEO A LA PENICILINA

por CARLOS MARTINEZ - BARBEITO

«DABA a cada uno de los discípulos ramos en flor y en fruto... para que los principiantes pudiesen ver y tocar todas sus partes y supiesen el sitio de cada una para buscarla y allí encontrarla con facilidad». Así refiere don Antonio Josef Cavanilles, que profesaba la botánica en el Real Establecimiento de Madrid, a partir de 1801, en que fué nombrado director por Carlos IV.

Enseñaba Cavanilles el análisis botánico mediante la observación directa de la naturaleza, y en lo programático seguía la armazón normativa que había dejado montada para siempre el caballero Carlos Linneo en su «Philosophia Botanica» que, por la confusión de las ciencias, intituló filosofía, y por la confusión de las lenguas, escribió en latín. Aun era entonces el latín el idioma universal de la cultura, si bien estaba a punto de dejar de serlo; en la Botánica, empero, había de conservar hasta hoy su predominio. Como que no quedan otros recuerdos vivos de la fenecida unidad lingüística de Europa que el latín eclesiástico y el latín botánico, aparte la broma del esperanto.

Si rompiendo la tradición clásica y medieval que reducía la Botánica a rama subalterna de la Medicina, el siglo XVI promovió la formación de los primeros jardines experimentales, así como las primeras expediciones científicas en procura de especies ignoradas, el siglo XVIII, por lo que tuvo de amor a la naturaleza —un amor cerebral a una naturaleza convencional— y por lo que tuvo de vocación especulativa, tenía que ser el gran siglo de la Botánica.

No supo la Ilustración ver el paisaje como estética y sentimiento, cual el Romanticismo; en cambio, supo reducirlo a esquemas biológicos. Si los románticos se extasiaron con la armonía, la gracia y el perfume de las flores, los enciclopedistas se empeñaron en meterlas dentro de ficheros y de cuadros sinópticos.

Rousseau y Goethe, en el cruce de los dos siglos y de las dos corrientes ideológicas, se colgaron al hombro el saquito del naturalista y salieron a herborizar por esos campos de Dios, llenando de sesudas observaciones el cuaderno de notas. Claro está que, cediendo a la flaqueza de tenderse a contemplar los árboles y las nubes —para eso eran «sensibles»—, hubieron de regresar con las blancas medias y las brillantes casacas manchadas de zumo vegetal y hojas espachurradas. Pero así es como les fué posible meterse en el alma de la naturaleza y anticipar las primeras visiones paisajísticas del Romanticismo. Desde entonces tiene la Botánica cierto cariz literario y ayuda a componer, a modo de país de abanico, el cuadro espiritual de la Ilustración.

Quien aspirase a sentar plaza de ilustrado no podía prescindir de un pequeño museo de historia natural. Apenas hubo «caballerito de Azcoitia» que, después de su cotidiana meditación sobre proyectos económicos y su sesión de física recreativa, no saliese a explorar, bien la campiña de la villa o lugarón en que tenía su mayorazgo, bien el bosque o la montaña que encontrase a mano. Era un placer distinguir las familias y las especies: aquí pongo las dicotiledóneas, allí las monocotiledóneas; aquí aparto los pistilos, aculá los estambres.

Si los ejemplares recogidos coincidían con los descritos en los textos clásicos, sentía el aficionado la satisfacción de quien resuelve un crucigrama; por el gabinete cruzaba entonces una ráfaga de poesía, nombres sonoros y maravillosos que traían evocaciones de Oriente, de Grecia y Roma, de Bizancio: cupulíferas, inglandáceas, euforbiáceas, amariliáceas, iridáceas, musáceas, orquidáceas. Si el pequeño sabio lograba descubrir una ignorada hierbecilla, un musgo, un jaramago cualquiera, el alborozo subía de punto; bautizaba orgullosamente el hallazgo con su propio nombre, a ser posible latinizado, que quedaba precioso, o le daba el de algún sabio predilecto, en homenaje, o, en un momento de enternecimiento sentimental, le ponía un dulce nombre femenino. Pero el hombrecito de casaca y peluquín se reponía pronto de tales debilidades, echaba de sí toda tentación de ensueño y se esforzaba en ver sólo fenómenos, leyes, funciones y tipos. Y en seguida escribía gravemente su comunicación a la Academia, al Jardín Botánico, a la Sociedad Económica de Amigos del País... En aquella época, herborizar era una pasión que se mantenía por sí sola, sin necesidad de refuerzos. No obstante, recién nacido el siglo XIX, Hahnemann arrojó sobre la Medicina y la Farmacología de entonces una bomba que acababa de inventar, la homeopatía, y un sugestivo «slogan», «Similia similibus curantur». Gracias a esto aumentó el número de las substancias curativas con muchas que se tenían por únicamente tóxicas, y excusado es decir que las boticas se hincharon hasta reventar de género incesantemente renovado por la copiosa demanda, sin detrimento de aquel campo en que ya operaban bajo el imperio de la alopatía. La disputa entre los dos sistemas, que duró muchos años, y creo que aun colea, había de reforzar sus respectivas razones y volverse en florecimiento de toda suerte de comercio vegetal.

De la primera mitad del siglo XIX son tres o cuatro tiendecitas que aun hay en Barcelona. Unas pequeñas joyas que sus dueños han tenido el buen gusto de mantener invariables durante más de cien años. Conservan la amable cursilería de los días fernandinos y de la regencia de la Gobernadora, que tiene ya un encanto nostálgico, y, en cambio, se han salvado de la cursilería moderna, aun no contrastada por el supremo veredicto del tiempo. ¿Por qué las herboristerías son los únicos establecimientos que, como por tácito acuerdo, conservan la instalación de antaño? ¡Cualquiera lo sabe! Por lo mismo que la Botánica es la única ciencia natural que habla aún en una lengua perenne y arcaica. Un chistoso diría que no en vano es una ciencia de raíces.

Todas estas tiendas se parecen las unas a las otras. Una puertecita estrecha entre dos escaparates. Detrás de cada luna, un muñeco estrafalario o un angelote de talla con un ramillete en la mano y alrededor un macizo de semillas polvorientas y hojarasca seca y desteñida. Dentro, un mostrador con su balanza. Las paredes están ocultas tras las vitrinas encristaladas y los cajoncitos que ostentan muchedumbre de nombres. Del techo cuelgan haces de yerbajos que es imposible identificar, de puro semejantes. Allí puede verse la importante belladona, reina de las plantas medicinales; el beleño, ese viejo amigo nuestro que conocemos por su brillante carrera entre los ripios más que por la que hizo entre los hinópticos (ya se sabe: beleño con sueño, abedules con tules). Allí la raíz de mandrágora, una especie de flor del mal que nace en sitios húmedos y misteriosos y sirve para filtros y bebedizos fatales. Allí el espliego y el tomillo, la menta y el orégano, desterrados del aire puro y frío de las cumbres para perfumar las sábanas de Holanda y los linos caseros. Allí el malvavisco, que lleva nombre de héroe de novela de caballerías y apenas sirve para curar romadizos. La mortal cicuta, con una insigne tradición en la Historia y en la Filosofía, y el inocente regaliz, que chupan los niños golosos. La dulcamara y la cuquilaria, la pimpinela y la camomila, de nombres eufónicos; el dulce anís y la nauseabunda ipecacuana, la picante mostaza y el candoroso patchulí...

Por la parte alta de estas tiendas suele correr una balconada de madera esmaltada de blanco. En una de ellas está interrumpida por los empelucados retratos de Linneo y de Jaime Salvador; en otra, alterna con cuadros de pintadas flores, mientras la inevitable cabeza de Linneo, esta vez en mármol, surge como la de un dios tutelar, de un monumento semejante a una fuente, con su taza y todo, que preside el local.

El conjunto está anticuado. Como en ciertas obras de ficción literaria sobre la sucesión de planos temporales y su pervivencia ilimitada en ámbitos desconocidos, así en estas tiendecitas barcelonesas parece haberse detenido el tiempo para siempre. Desde los días de Carlomarde o de Espartero, deben de haber habitado aquí los mismos múmenes familiares, enemigos de la luz, del aire puro y de las innovaciones. Huele a humedad, a olores difíciles que producen un cosquilleo en la garganta; flota un tufo ligeramente acre, se respira moho. Todo se ha ido poniendo viejecito. Los goznes chirrían, las maderas crujen, los vidrios están empañados y los sabios, soñolientos y aburridos, miran desde sus efigies al monigote del escaparate. En las vitrinas yacen desangradas las flores que un día fueron frescas y jugosas; su gracia virginal y su alegría campestre se han ido marchitando. La tienda es un triste cementerio de flores. La brizna de hierba, la húmeda raíz, la hoja que brilló cubierta de escarcha, languidecen, se resecan, se consumen y acaban en momias de lo que fueron.

La ciencia degradó a la naturaleza con dedicaciones utilitarias. La independencia de los campos, la espontaneidad de los bosques y de las cimas montañosas fueron devastadas primero por la curiosidad científica, que entró por ellas como caballo en cacharrería, y envilecidas luego por el uso industrial y terapéutico. Reducir la belleza a purgas, la libertad a sinapismos, es intolerablemente rufianesco. Pero hay quien vela por el honor de las plantas y cumple a veces terribles venganzas: la cicuta, la adormidera, la ortiga, la mandrágora, el acíbar y otros seres venenosos y amargos, hacen pagar caros los ultrajes inferidos a sus hermanas, a quienes, por más débiles y bondadosas, se obliga a ejercer oficios infames en ciertos innobles rincones del cuerpo humano. Cada una a su modo, las plantas nocivas protestan contra este panteón en que yacen, esperando la humillación final, infinitos despojos de flores y de ramas ya borrosos, despersonalizados y confundidos por la igualitaria muerte.

¿Quién vendrá a comprar cadáveres a este cementerio de flores? Pienso que tal vez venga algún médico antañón que desconfía de los específicos y de la diabólica química moderna. Tal vez un filósofo trasnochado que aun cree en la bondad de la naturaleza. O fabricantes de licores, perfumistas y mancebos de botica que han de preparar potingues. O una viejecita llena de alifafes, con la paletilla caída, mal de perlesía o cualquiera de esas enfermedades de época, que ya no se llevan. O un carcamal con gota. O quizá una madre de familia que quiere llevar una infusión al querido enfermo, tintineando la cucharilla en la taza humeante...

Pues no, señor. Esto es lo que cualquiera hubiese supuesto, y seguramente no falta esta clase de clientela. Pero no es todo. Quien se apostase a la puerta de una de estas tiendecitas anticuadas, románticos reductos del pasado, vería pararse suntuosos automóviles, llegar damas que parecen arrancadas del «Vogué»; hombres de negocios con ese aire seguro y suficiente, un tanto ceñudo, que da el sentirse importante en algo; lectores de periódicos que están al corriente de la bomba atómica y del último modelo Ford; muchachitas que salen de ver el más reciente estreno de la Metro Goldwyn Mayer. Todos estos tipos de nuestra época con fama de escéptica y de racionalista vienen, como podía haber venido Fausto o un burgués superticioso de la Edad Media, a pedir al vendedor de hierbas un elixir maravilloso, una receta simple y mágica para conservar la juventud perpetuamente o para aliviar complicados males. En plena era de la penicilina —otra servidumbre impuesta al reino vegetal por los laboratorios— la ingenua ciencia del hortera desbanca a muchas celebridades médicas y las bate en su propio terreno: la sedicente sociedad culta y moderna. ¿Habrá que creer que lo que se dice en latín tiene virtudes infalibles?

# LA VIDA DE LOS LIBROS

Por R. VAZQUEZ-ZAMORA

## TRES CLASICOS EN BUSCA DE LECTOR

SI, estos clásicos que esperan turno pacientemente en mi mesa, cerca de modernísimas novelas-ríos (quizá sólo afluentes), de pasajeros triunfos, son auténticos aparecidos, en el sentido misterioso de la palabra. Comercialmente, el «vient de paraître», que los franceses han universalizado, puede significar que un libro ha salido de la nada y lleva en sí la prefiguración de una muerte cierta. Los clásicos, en cambio, que en su día aparecieron sin publicidad, fueron ganando público lo mismo que un río gana caudal. Y por eso son estos los verdaderos libros-ríos, y no esos, que más parecen pantanos.

Se fueron, pues, haciendo clásicos al crecer y adquirieron la propiedad más espiritual: el derecho a volver de cuando en cuando para captar nuevos espíritus. Esto me llevó poco antes a llamarles «aparecidos».

¿Qué trae un clásico al lector? En primer lugar, aire antiguo. Y cambiar de aires exige siempre un traslado que no todos están dispuestos a realizar. Conocemos nuestro siglo, o creemos conocerlo, y tenemos buenos indicios para imaginarnos el siglo pasado. Pero a medida que el lector se aleja en el tiempo, va perdiendo pie. No me refiero en absoluto al valor en sí de las obras clásicas, a su calidad literaria universal e intemporal. No estoy hablando en este momento como un historiador de la literatura, sino sencillamente como lector que es solicitado por una obra llegada de un remoto pasado. Me refiero, pues, a lo que puede hallar el lector corriente en el clásico reaparecido, sin haberse propuesto profundizar sistemáticamente en él, sino leerlo como lee a Somerset Maugham. Esto parece una herejía, pero no lo es. Debemos ser leales con nosotros mismos y reconocer que el criterio profesoral en la lectura de los clásicos sólo lo tienen los profesores y el público «snob», que considera el «tragarse» a un clásico como un ejercicio espiritual imprescindible para la salvación del prestigio cultural. «Tragarlo» como una medicina de amargo sabor.

El gran público, por el contrario, lee el «Quijote» porque le divierte y le traen sin cuidado los cervantistas. Y un día encuentra en un rincón de su biblioteca una traducción de «Robinson Crusoe» y, recordando haberse deleitado con esta novela en su infancia, la vuelve a leer, sin saber, muy probablemente, quién era Daniel Defoe ni cuándo vivió. Lo único indudable para él, aunque sólo lo perciba en la subconsciencia, es que tanto el «Quijote» como «Robinson» provocan en él una fuerte resonancia por simpatía, es decir, estos libros, y otros muchos, reviven y se transfiguran dentro de cada hombre moderno que los lee, porque cada libro tiene los lectores que se merece. Así, los clásicos nos recuerdan, con regulares apariciones, que son espíritus eternos y necesitan de nosotros para perdurar, de cada generación y, sobre todo, de cada juventud. Pero no obsesionan al posible lector con una presencia gemebunda —como hacen tantos autores con el público de su época—, forzándolo a una lectura desganada. No; ellos buscan al lector que a la vez los está buscando a ellos.

He aquí el criterio con que, en mi opinión, es posible dar cuenta desde un semanario —no especializado en historia literaria— de la publicación de tres «nuevos» autores en una colección de clásicos. Los que esperaban turno en mi mesa, los he hecho pasar juntos. Ya se encuentran junto a mi pluma: un predicador (1), un autor enmascarado (2) y un elegante novelista pastoril (3).

¿Qué nos trae el doctor don Francisco Terrones, «Obispo y señor de Tuid»? Don Francisco, predicador de Felipe II y Consultor de la Inquisición, nos dice cómo se ha de predicar. Me decís que no es que no es misión vuestra el predicar y que no será éste un libro de provechosa lectura para un seglar. Ahora veremos que no es éste un argumento sólido.

En un prólogo de 156 páginas, el padre jesuita Félix G. Olmedo nos ofrece no sólo una semblanza de Terrones, sino un detalladísimo estudio de los diversos tratados de predicación existentes en aquel tiempo. La obra de don Francisco Terrones se publicó en 1617, cuatro años después de su muerte, y su título completo es «Arte o instrucción, y breve tratado, que dize las partes que a de tener el predicador Evangélico: cómo a de componer el sermón, que cosas a de tratar en él y en que manera las a de dezir».

En su sermón con motivo de las honras fúnebres por Felipe II, Terrones dijo cosas extraordinarias. ¡Qué admirable el trozo en que comparaba la vida del Rey con la de un tejedor! Ha sido un acierto del padre Olmedo traer a su prólogo este sermón. Terrones perfeccionó hasta un grado magistral la escuela española de predicación, que luchó contra el frío escolasticismo y se dirigía a los fieles con pasión y dulzura, con una vibración espiritual que, aun sometida al arte de la palabra, no perdía calor en su transmisión. ¡Qué semejanza entre la actitud de Terrones frente a las normas férreas que oprimen el libre fluir de la palabra viva y cordial —que viene de Dios a los fieles a través del predicador— y la noble rebelión de

(1) *Don Francisco Terrones del Caño*: Instrucción de predicadores. Prólogo y notas del P. Félix G. Olmedo, S. J. — Vol. 128 de «Clásicos castellanos». — Espasa-Calpe. Madrid, 1946.

(2) *Poema de Fernán González*. — Edición, prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente. «Clásicos castellanos». Espasa-Calpe». Madrid, 1946.

(3) *Jorge de Montemayor*: Los siete libros de la Diana. Prólogo, edición y notas de Francisco López Estrada, «Clásicos castellanos». Espasa-Calpe. Madrid, 1946.

UN LIBRO PARA SU BIBLIOTECA

MEMORIAS DE UN VENDEDOR DE CUADROS

por AMBROISE VOLLARD

•

Un volumen de 446 páginas, a gran formato, con más de 70 ilustraciones: plumas entre texto, 32 láminas en huecograbado y 9 cuatricromías. Encuadernado en tela. Un siglo de pintura francesa, desde los impresionistas hasta los maestros actuales, a través de la vida y los recuerdos del marchante Vollard, uno de los grandes propulsores del arte de nuestra época.

Pesetas 175

EDICIONES DESTINO, S. L.

nuestros dramaturgos clásicos contra los frenos y cortapisas de las unidades teatrales, que les hubieran impedido abrir ancha salida a una hirviente inspiración! Y es que Terrones está en la línea de nuestros grandes escritores; además, no es irreverencia reconocer que en la oratoria sagrada se produce un fenómeno de representación con un público y un mediador de cuya actuación depende mucho que los conceptos divinos hallen tono adecuado y una expresión antes dirigida al corazón que al cerebro.

Terrones, con admirable sentido práctico, recomienda la brevedad, «que está el gusto en lo espiritual tan estragado, que la comedia ha de durar dos horas, y el sermón menos de una». Previene contra la artificiosidad. Si han de emplearse artificios retóricos, deben disimularse para que parezca «que ello se viene dicho así naturalmente». ¡Gran advertencia para la conversación y la literatura! E insiste mucho en la claridad — que él posee en alto grado —, pues, si no, «sálense los más ayunos del sermón donde se predica remontado, y nuestro oficio es enseñar y aprovechar a todos». Y también esto tiene una amplia aplicación, en la vida corriente, a todo el que ha de difundir provechosas verdades a un numeroso y mezclado auditorio.

El autor enmascarado, el otro clásico hoy en mi mesa, se dice que es un monje de San Pedro de Arlanza, y su obra, el «Poema de Fernán González», escrito, quizá por él, hacia 1250. Ahora nos lo presenta, muy bien anotado y con un estudio previo, conciso y útil, Alonso Zamora Vicente. Fernán González no fué en la realidad la impresionante figura épica que nos presenta el «Poema», muy influído por la poesía popular. Es un poema de clerecía, vivificado con aliento del pueblo. Nada importa que el Conde, forjador de la autonomía castellana, fuera en la realidad «más afortunado y sagaz que heroico» si el arte de estos monorrítmicos versos nos hace de él un personaje ejemplar de la España medieval, un unificador, y si en el «Poema» podemos leer esto:

*Eran en muy grrand coyta es-*
*[pannones caydos,*
*duraron muy grrand tienpo todos*
*[desavenidos,*
*commo omnes syn sennor, tristes,*
*[tristes e doloridos,*
*dizien: «Más nos valdrrya nunca*
*[seer nasçidos.*

El tercero de nuestros visitantes es el dulce caballero luso-hispano Jorge de Montemayor, nacido hacia el año 1520, cerca de Coimbra. Cantaba, tocaba la vihuela, era delicado cortesano, y cuando va a Inglaterra con el Príncipe Felipe, en 1554, se lamenta:

*Que no quiero amores*
*en Inglaterra,*
*pues otros mejores*
*tengo en mi tierra.*

Ausias March, a quien traduce al portugués, influye en él. «El Ninfale Fiesolano», la «Arcadia», «Menina e Moça...» alimentan la tierna inspiración pastoril de Montemayor. Y escribe esta «Diana», que es un prodigio de sonora llantina, de pastores pasteurizados — perdón por este horrible anacronismo tan gráfico — de celos retóricos y amores discursivos, de vírgenes académicas y campesinos especializados en mitología griega. Pero estas novelas pastoriles son utilísimas al lector moderno, casi imprescindibles. Cuando haya leído media docena de novelas «tenebristas» y tenga ya el corazón hecho una pasa, y la boca con un regusto a crimen, y la memoria manchada de palabrotas, abra la «Diana» y lea cinco líneas. Por ejemplo, he aquí un intento de violación. Los violadores pronuncian una alocución previa:

«A tiempo estáis, ¡oh, ingratas y desamoradas ninfas, que os obligara la fuerza a lo que el amor no os ha podido obligar, que no era justo que la fortuna hiciese tan grande agravio a nuestros cativos corazones como era dilatalles tanto su remedio.»

¡Buen calmante!


LA PINACOTECA
MARCOS Y GRABADOS
P.º Gracia, 34. - Telf. 13704

EXPOSICION COLECTIVA DE
PINTURAS


# LAS EXPOSICIONES Y LOS ARTISTAS

## El ceramista Llorens Artigas

Llorens Artigas, en el jardín de su taller

TANTAS veces como Llorens Artigas nos muestra una de sus piezas de cerámica, acompañando el hechizo que nos produce la forma pura y la enjoyada materia, se apodera de nosotros un sentimiento de angustia. Porque estamos seguros de que en la lacónica forma se ciñe como verdadera piel una vida expresiva, apreciamos como algo purísimo esta mudez especial de la cerámica cultivada por el artista; esta «falta de argumento», que sólo puede ser sobrellevada por una fe robustísima. Cuando hablamos de angustia nos referimos, partiendo de nuestra debilidad, a la posible reacción de un creador que otorga al público todo el manantial de su alma y éste no puede derramarse en otra forma que con aristocrático misterio. Este arte será apreciado por los iniciados; por grupos reducidos acostumbrados a mirar la obra de arte sin tener en cuenta otros valores que los constitutivos de color y forma. Pero al gran público — incluso al que se precia de selecto, con relativas pero indudables razones — le falta el cómodo asidero que ofrecen otras artes para introducirnos a su fondo secreto. Distinguir, apreciar, matizar en este mundo de voces puras — pronombres plásticos cuya equivalencia sustantiva ha sido despreciada — exige una educación del gusto completamente excepcional. Llorens Artigas — tan capaz de divertirse y de divertirnos, tan hábil para todo — se ve obligado a sumergirse en la estática soledad de su arte, reservando para él toda la gravedad y dramatismo que en la vida corriente, como hombre discreto y sensible, disimula con una gracia inigualable.

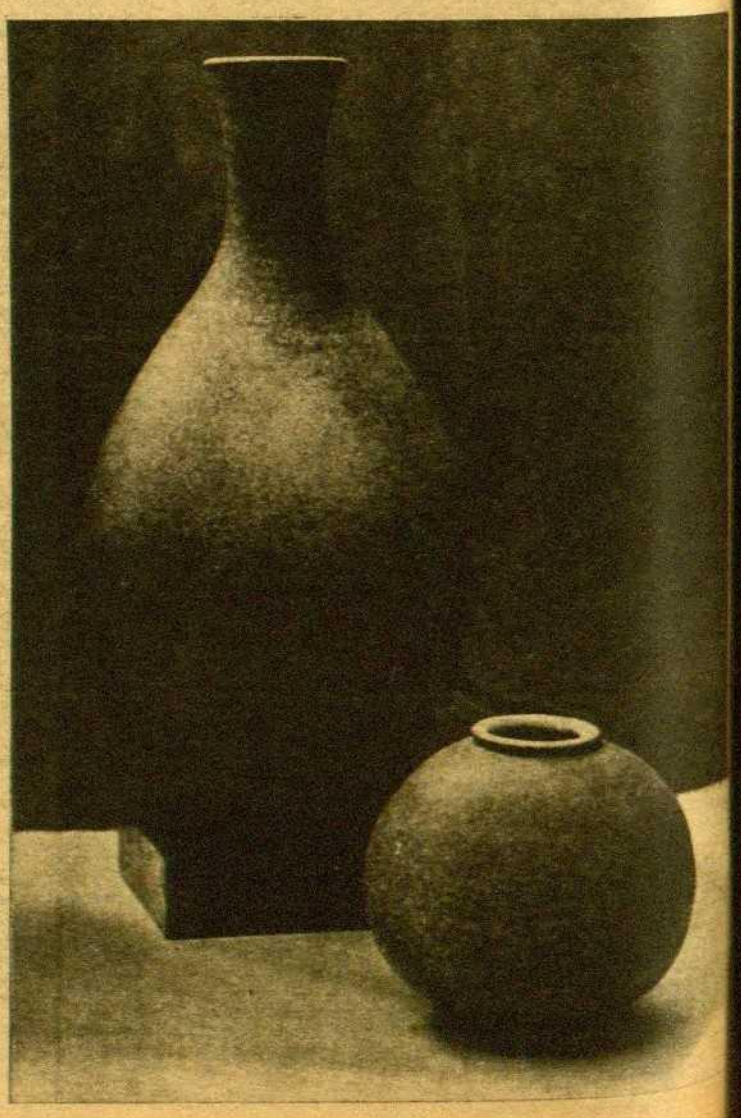
Es el caso que Llorens Artigas, por el arte que cultiva y por lo que implica este de distanciamiento y renuncia de todo halago inmediato, podría ser el tipo del obsesionado o del ausente. Tampoco sería extraño sorprender en su voz una punta de amargura. ¿Cómo resistir este trabajo arduo y difícil sin apenas compensación, partiendo de la base de que la mayoría de las miradas que se posan sobre sus obras a todo lo más que llegan es a disimular una triste indiferencia? Sin embargo, Llorens Artigas — y esto, que atañe a un orden casi moral, me place consignarlo aquí con todos los honores — es la antítesis de toda amargura. Su trabajo le absorbe y le satisface. Está satisfecho de su oficio y de su vida. Y el trato con él significa siempre una inyección de optimismo. Hombre activo, puntual y ocurrente, se advierte en seguida que todos los baches que se atraviesan en nuestro camino han sido, en este caso, superados por un temple viril. Ni sombra de nostalgia; las conquistas han sido sólidas y satisfactorias; las incomprensiones, nuevo acicate. Verle moverse por su taller, trabajar y hablar con inquietud de hombre de acción, constituye un espectáculo. Más difícil es atarle al tema concreto de su arte. Lo impide, además de una generosidad que le mueve a hablar de los demás, su misma movilidad intelectual. Se interesa por todo, y a una sólida información artística creada al ritmo de su trabajo, con un autodidactismo mejor que cualquier escuela, añade una vivacidad e intuición extraordinarias. Le pedí que me contara cosas de su arte y de su vida de ceramista, y concertamos para ello una entrevista. Pues bien; sin quererlo yo, pero también sin darme apenas cuenta, discurrieron las horas que habíamos destinado a la elaboración de esta especie de interviú, hablando de arquitectura. El tema es sabroso por sí, y las opiniones de Llorens Artigas lo son todavía más. Cuando nos dimos cuenta de que la arquitectura no venía a cuento en aquella ocasión, teníamos trabajo los dos. En otra entrevista, fuí más afortunado. Pude obligarle a hablar de su obra de ceramista. Empieza diciéndome:

—El conocimiento de una técnica es indispensable, y no sólo este conocimiento, sino su dominio. De no ser así, nunca lo expresado representará verdaderamente lo que se ha querido expresar. Los elementos como el fuego deberán ser dirigidos, y, a pesar de lo misterioso de su acción, en momentos determinados, momentos de gracia peculiares a todos los artistas, habrá alguna cosa en nosotros que nos permitirá ver o sentir lo que los hombres de ciencia quizá mañana descubrirán fríamente. Pero para ellos el «misterio» nunca se desvanecerá, a pesar de todos sus descubrimientos. En cambio, nosotros, en una duración de segundos, con la rapidez de un relámpago, habremos podido entrever la acción del fuego sobre nuestras obras. Creer que todo esto se debe al azar es un error lamentable. El fuego no da nunca más que sorpresas desagradables. El fuego no colabora ni debe colaborar nunca con el artista: debe estar siempre sometido. ¡Ay del artista que pierda su control! Su obra será fría, la emoción habrá desaparecido y, en definitiva, el resultado será distinto, y aun contrario, de lo que se esperaba. En estas cosas, las sorpresas son para los profanos, para los que ya trabajan por un camino ya trillado. Sólo entonces se pueden esperar sorpresas, y aun a veces agradables, ya que cualquier pequeño acierto nos maravilla en este caso. En cambio, al artista sensible e inteligente le sucede el fenómeno inverso. Su producción siempre es inferior a sí mismo; la inquietud que esto le produce le permite avanzar en su arte. Su vida es un lento avanzar en la adaptación y el conocimiento de las materias empleadas, asimilándolas hasta el punto de que son manejadas como los pintores manejan los colores, o sea, de una manera instintiva. Esta asimilación es indispensable al ceramista para poder, en un momento determinado, dar cuerpo a su inspiración, aun que ella esté limitada por la carencia de medios expresivos. Las fallas o deficiencias expresivas en artes como la pintura o la escultura, pueden ser más fácilmente corregidas por el espectador; en cerámica, por poco observador que sea el espectador, son imperdonables.

—En tu concepto tan vivo de la técnica cabe, naturalmente, toda la fuga de una inspiración. Aunque no hubiera visto ni una de tus obras, serían suficientes tus palabras para convencerme de que para ti la cerámica es una forma de expresión con toda la plenitud de derechos y deberes. En este caso, debo preguntarte algo más personal: En tus jarrones, en tus piezas de gres o de cerámica, ¿dónde pones un mayor acento de personalidad? Y, en todo caso, según tu criterio, ¿cómo se individualizan tus obras?

—Me obligas a hacerte la crítica de mí mismo. Lo intentaré, aunque sea difícil y engorroso para mí. Empezando por mis formas, creo que ellas han sufrido pocas modificaciones a través de veinte años de trabajo. Han evolucionado lentamente a base de añadir, disminuir, retocar detalles en sí mismos insignificantes. Siempre han sido formas simples de torno. En mi primera época, fueron de tipo femenino, es decir, finas, esbeltas, altas. Más adelante, me di cuenta de que los pies del jarro demasiado altos hacen el vaso disgracioso, y corregí este defecto. El espesor de mis potes continúa delgado, y las formas van perfeccionándose para llegar a los volúmenes más equilibrados de la actualidad. Zócalo pequeño, de líneas sobrias, cuerpos anchos, galbe seguido, no interrumpido, donde la vista reposa y donde la materia se inscribe a la perfección. Mis formas creo que se reconocen inmediatamente, más por la manera de ser expresadas que por ellas mismas, ya que son formas de torno y, por lo tanto, de dominio común. Hace miles de años que se producen.

Mientras el artista ha estado hablando, dirigimos la mirada a una vitrina que decora la estancia. En ella se alinean varias de estas formas de Llorens Artigas. Evidente-



...ente, el artista puede sentirse or-
...lloso de ellas. En su sabrosa ro-
...ndidad no sólo se remansa una
...adición de milenios, sino algo
...ás sutil que las define y las ru-
...rica. Ha sabido poner en ellas
...go invisible de sí mismo. Tanto
...s son torneadas por él, como sim-
...lemente dibujadas por su mano,
...enen un aire inconfundible que
...es otorga continuidad y estilo. Qui-
...á es en las formas donde su obra
...a sido más criticada por los segui-
...ores de las modas. Pero estos re-
...elos nos parecen cada día más in-
...stificados. Las formas de Llorens
Artigas nos llegan siempre con una
...ueva perfección, y lo que les fal-
...a para llegar a la perfección abso-
...uta que su autor anhela, es exac-
...amente lo que necesitan para no
perder este afán de superación que
...es comunica la vida de que están
...mpregnadas. Hay un tipo de per-
...ección que sólo puede ser produ-
...ido por el maquinismo; pero con
...ella llega la muerte de toda vibra-
...ión. La voz del artista interrumpe
...is pensamientos:

—La cerámica como medio de expresión artística sirve para con-
...retar, para fijar, para crear tonos
y colores de carácter pasajero que
...e encuentran en la Naturaleza.
También para recrear materias pre-
...iosas que puedan compararse, por
...u brillo, su color y tersura, a las
...más ricas materias salidas de la tie-
...ra. Pero en la manera de expre-
...ar, de manifestar estos estados de
...a materia, es donde el alma del ar-
...tista se hace visible, ya que a través
...de todas esas variaciones de color y
...de materia la personalidad del ar-
...tista debe ser siempre presente. La
...gran importancia que en la cerámi-
...ca tienen el trabajo manual y el
...trabajo científico constituyen enor-
...mes dificultades para el artista. En
Oriente, una tradición milenaria
...allana estas dificultades; pero en
Occidente, donde no hay tradición
...de arte cerámico, sino de artesana-
...to, es solamente a partir de los

comienzos del XIX que empieza a trabajarse en este sentido. Entonces los artistas franceses toman contacto con las obras orientales y dan la pauta a toda Europa, formándose ceramistas que, por su fuerte personalidad, alcanzan a dar a su producción una unidad dentro de la variedad, que las hace originales entre todas. La belleza de un esmalte, la riqueza de una pasta, la intensidad de un color no son bastante para determinar la personalidad ni el valor de creación de un artista; un químico, un técnico ceramista, puede inventar pero no crear. La creación es siempre el servicio de una emoción, es una necesidad expansiva del creador. La invención es función de cerebro, de inteligencia y de saber; en cambio, la creación es función sentimental, nacida de las disposiciones nativas del artista. El denominativo de artista se otorga de cualquier manera. Por saber hacer un cuadro, una «vista», un paisaje, un personaje más o menos bien imitado; pero todo eso puede ser exclusivamente una habilidad o un saber hacer más o menos inteligente. También se confunden manera y personalidad. El verdadero artista es el que sabe expresar, por un procedimiento cualquiera—música, pintura, literatura, cerámica—, no solamente su emoción más íntima delante del espectáculo de la Naturaleza o de su propia vida, sino también, como en una síntesis, la emoción de los demás. Por esto el espectador ve su emoción al descubierto al contemplar tal o cual obra de arte. El artista, a pesar de su conciencia del trabajo que realiza, a pesar de su función directiva, no es más que la mano que ejecuta, y la verdadera dirección, invisible siempre, la encontraremos en la cristalización del pasado junto con el ambiente del presente. El artista no es nunca un individualista, a pesar de su feroz individualismo. Es siempre hijo de un ambiente, aunque lo sea unas veces por reacción contra este ambiente. Pero, favorable o no, necesita siempre de él.

Después de un silencio, Llorens Artigas prosigue, cambiando de tono:

—Estoy un poco asustado de mí mismo. Te digo cosas tan serias que los que las lean van a creerse que soy un sabihondo. Me temo que ni mis amigos me reconozcan. ¡Tanto que me precio de ser un hombre sencillo, con «seny» y sentido de la responsabilidad y sin demasiadas complicaciones! ¿Sabes lo que me pasa? Pues que me vuelvo filósofo por culpa del oficio, que se las trae. Esta colaboración con el fuego, o sea el hecho de necesitar un elemento de una manera tan viva para la eclosión de la obra, hace que el resultado sea siempre como una recompensa. Por eso los ceramistas acostumbramos a ser iluminados, o gente satisfecha, o las dos cosas a la vez. En resumen, gente que no necesita la gloria inmediata que atosiga a tantos artistas. Yo soy un hombre feliz, y, sin modestia, me atrevo a decir que tengo un carácter de ángel. Ahora, hace cuatro años que estoy aquí y me encuentro como el pez en el agua. Como que siempre he vivido para mi trabajo, en cualquier sitio donde estuviera no he podido añorarme nunca. Las distancias, espiritualmente hablando, no existen para mí. Cuando estaba en París, donde he vivido la mayor parte de mi vida, podía pasar muchos años sin venir a Barcelona, sin que por ello me encontrara alejado de mi ciudad. Lo mismo me sucede ahora. No siento ninguna nostalgia de París, que tanto amo y donde empezó mi vida artística. Me basta saber que mis amigos gozan de buena salud y que la ciudad está intacta. Por encima de todo, amo el trabajo lento, pero seguro, de cada día, y la libertad de poderlo continuar sin coacciones de ninguna clase. Estudiar materias y colores nuevos, luchar contra las dificultades del momento — en este caso, el problema de las materias primas—; pero todo sin prisas, sin desesperaciones.. En París fuí «sociétaire» de los Salones de Otoño y de los Artistas Decorativos. En Barcelona, mi obra es conocida por un núcleo reducido que, afortunadamente, va extendiéndose. He ido a Madrid dos veces, obteniendo una acogida excelente, en tal forma que la próxima temporada pienso insistir una vez más. Y cuando las cosas se normalicen, voy a reanudar mis Exposiciones bienales en Nueva York, interrumpidas por la guerra. La normalización del mundo será paralela a la expansión artística.

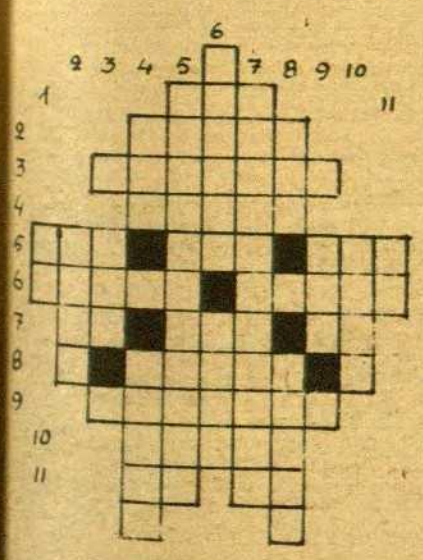
Llorens Artigas sonríe francamente. Le parece excesivo el tiempo empleado en hablarme de sus cosas. Pero yo, al rehusar sus excusas, siento la satisfacción de pensar que, haciendo públicas sus palabras, contribuyo a propagar uno de los pensamientos más finos y sensibles de nuestro mundo artístico.

J. T.

# RETABLO

## CRUCIGRAMAS

CRUCIGRAMA NUM. 286



HORIZONTALES: 1. Parte de la tierra. — 2. Prenda exterior del traje griego. — 3. Aula. — 4. Perteneciente al rey. — 5. Nombre de letra, plural. - Preposición inseparable, al revés. - Cifra. — 6. Atrevida. - Planeta. — 7. Artículo. - Tejido. - Pronombre. — 8. Existir. — 9. Tosco, desaliñado, al revés. — 10. Apellido de un artista del cine español. — 11. Existe. - Nota.

VERTICALES: 1. Preposición inseparable. — 2. Denotan falta de equilibrio en los borrachos. — 3. Condimento. — 4. Título inglés. - Gritos. — 5. Ciencia. — 6. Saco. - Frutas. — 7. Burlarse de una persona. — 8. Metal. - Raza, casta o linaje. — 9. Daño. — 10. Personaje de un célebre drama español. — 11. Artículo.

SOLUCION DEL CRUCIGRAMA NUM. 285

HORIZONTALES: 1. Bod. — 2. Lahoz. — 3. Bateles. — 4. Ramot. — 5. Taco. - Ario. — 6. Timo. - Aseo. — 7. En. - Ros. - FD — Nicaragua. — 9. Ac. - Res. - TD. — 10. Esos. - Caos.

VERTICALES: 1. Atenas. — 2. Cínico. — 3. Larom. — 4. Bata. - Orar. — 5. Bohemo. - Oreja. — 6. Dolo. - Asas. — 7. Zetas. — 8. Refuta. — 9. Iodado.

## GRAFOLOGIA

por NIGROM

J. V. B. - Granollers. — En casi todas las circunstancias de su vida se impone su claro raciocinio, su lógica irrefutable, y es la mente la que determina y el corazón el que se somete. — Memoria excelente. — Inteligencia clara. — Gran actividad cerebral. — Le apasiona el estudio, pero con frecuencia le cansa, porque su espíritu inquieto no soporta largamente la monotonía de una cosa o de una idea. — No hay orden ni método, aparte del necesario que su voluntad impone. — Le agrada dar a conocer sus opiniones y con cierta originalidad rebate las ajenas. Sus palabras tienen vida, y sus dotes de persuasión son poco comunes y, por lo mismo, muy apreciables. — Tendencia al nerviosismo e impaciencia. — En ocasiones suele ser demasiado expansivo. — Carácter inestable.

F. LLADO Y MATAS. — Lamento no poder contestar en igual idioma y tan poéticamente como a mí se dirigió el compañero a quien me honro en contestar. La sección no lo permite, pero conste que lo lamento... Y ahí va el estudio. — Voluntad firme y segura, mente rica en ideas y visión clara y certera de todo, que le sitúa en un plano elevado desde el cual puede juzgar a la humanidad. — Temperamento nervioso, inquieto e impulsivo, que sabe dominar perfectamente. Orden y método, aunque no sea innato. — Cierta ambición que apunta en su vida y que le induce a triunfar. — Una gran naturalidad y sencillez. — Dignidad. — Afán de realizar todos sus propósitos. — Mentalidad deductiva. — Claridad en sus conceptos. — Cierta vanidad. — Impenetrable, pues prefiere reservar para sí mismo sus sensaciones. — Espíritu delicado y aptitudes literarias. — Ardor. — Gran diplomático cuando el caso lo requiere. — Egoísmo familiar. — Reacción violenta que logra dominar.

SON. — Hecho el estudio de su grafismo, éste me ha revelado una personalidad claramente definida. — Es usted ambicioso en la justa medida para tener estímulo en el trabajo. — Si el temperamento es nervioso, su voluntad sabe dominarlo hasta calmar los ímpetus y las vehemencias. — La inteligencia, clara; el criterio, certero; la cultura, apreciable, y excelente la memoria. — Orden y método. — Sabe traducir en palabras sus sentimientos más complejos sin pedantería alguna, pues, ante todo, es eminentemente natural y sencillo. — Es obstinado y tenaz en sus empresas, bastándole para emprender éstas su propio punto de vista, aunque, en el fondo, apunta el recelo de posibles equivocaciones que le sugiere la poca confianza que tiene en usted mismo. — Sensibilidad. — Lógica. — Creo que puede desempeñar un cargo de responsabilidad, en el que lleven otros la dirección, pues su único defecto es la poca confianza en su propio valer, que frenaría siempre sus negociaciones en el comercio.

## AJEDREZ

Veamos en la partida que sigue de qué forma tan original y curiosa sufren mate las negras a causa de una desgraciada situación del R.

| Blancas: | Negras: |
|---|---|
| **Löbel** | **Bachmann** |
| 1. P4R | P4R |
| 2. C3AR | C3AD |
| 3. P3AD | C3AR |
| 4. P4D | C×PR |
| también era | correcto P×P |
| 5. P5D | C2R |
| el juego negro | es restringido |
| y cerrado | |
| 6. C×P | C3C |
| 7. A3D | C×PAR |
| creyendo ganar | un peón |
| 8. A×C | C×D |
| el mate es ya | inevitable |
| 9. A×P+ | R2R |
| 10. A5C+ | R3D |
| 11. C4A+ | R4A |
| 12. CD3T | C×PC |
| si C×PA, A×D | |
| si D2R+, A×D+ | |
| 13. A3R++ | |

C. S.

# UN JOVEN AFICIONADO

*(Viene de la última página)*

tarse, y el caso fué que casi todos, desde tres millas a la redonda, derechos, sentados o tendidos, posaron ante la cámara de Begglely con un resultado que, en una provincia menos engreída que la nuestra, hubiese sido más difícil de descubrir. Nadie que hubiese sido fotografiado por Begglely podía sentirse jamás orgulloso de su personal apariencia; invariablemente, el retrato resultaba una verdadera revelación para el interesado.

Más tarde, alguien de mala intención inventó el «Kodak», y Begglely iba de aquí para allá acarreando algo que parecía una hucha limosnera, lo que creó la leyenda de que cuando Begglely apretaba el botón, una desvergonzada compañía ejecutaba el resto.

Para los amigos de Begglely, la vida se hizo insoportable. Ninguno se atrevía a nada por temor de ser captado en el acto. Tomó una instantánea de su padre hablando con el jardinero, y apareció en ella su hermanita en el preciso momento de despedirse de su novio en la puerta del jardín. Nada era sagrado para él. Tomó también fotos de los funerales de su tía, y allí, en el duelo, podía verse a dos primos que estaban contándose historietas, ocultándose detrás de sus sombreros.

La indignación pública estaba en su punto culminante cuando un recién llegado a la vecindad, un joven llamado Haynot, propuso reunir un grupo para hacer un viaje a Turquía durante el verano, idea que fué acogida con entusiasmo, y él opinó que Begglely debía formar parte de la expedición. Esperábamos que Begglely apretara el botón al lado de un harén o detrás de una sultana, y que un Ashi Bazouk o un Janissary efectuaran el resto.

Pero, a su regreso, quedamos en parte desilusionados. Digo en parte, porque aunque Begglely salió ileso del intento, quedó completamente curado de la manía fotográfica.

Dijo que en el extranjero todos los ingleses, hombres, mujeres y niños, llevaban su máquina, y que ahora ya sólo el ver un trapo negro o apretar un botón le fastidiaba.

Nos contó que en la cumbre del monte Tutra, en los Cárpatos, los ingleses y americanos aficionados a la fotografía que deseaban tomar una vista del gran panorama, formaban cola de dos en dos, vigilados por policías húngaros, y que cada cual, con su aparato bajo el brazo, debía aguardar muchas veces más de tres horas a que llegara su turno.

También explicó que los mendigos de Constantinopla llevaban colgando del cuello unas placas en las que indicaban los precios de las fotografías. Una de estas listas la guardaba como muestra. Decía así:

| | | |
|---|---|---|
| Instantánea de espaldas o de frente. | 2 | francos |
| » con expresión. | 3 | » |
| » con pose atractiva. | 4 | » |
| » rezando. | 5 | » |
| » luchando | 10 | » |

Dijo que en ciertas ocasiones, cuando el cliente tenía un porte demasiado vulgar y ordinario, o cuando era excepcionalmente deforme, le pedían unos veinte marcos por la foto, que pagaba gustoso.

Al abandonar la fotografía, dedicóse al golf.

Enseñó a todos que haciendo un agujero aquí y poniendo una o dos tejuelas allí, convertíase una pista de tenis en un golf en miniatura, y así lo hizo. Persuadió a las señoras viejas y a los caballeros de que era un magnífico ejercicio, y les arrastraba millas enteras, entre húmedas aulagas y brezos. Regresaban a casa medio muertos, tosiendo y llenos de malos pensamientos.

Le vi por última vez en Suiza, hace pocos meses. Parecía indiferente por el golf, pero hablaba mucho de naipes. Nos encontramos por casualidad en Grindelwald y acordamos escalar el Faulhorn juntos, a la mañana siguiente.

Nos paramos a la mitad del camino para descansar. Yo me alejé de él un momento para admirar el panorama y, al volver, le vi que tenía un puro en la mano y un juego de naipes esparcido sobre la hierba.

Estaba resolviendo un problema.

# UN JOVEN AFICIONADO

POR *JEROME K. JEROME*

**Traducido por ANA MARIA DALI • Ilustración de JOSE M.ª PRIM**

—BUMP, bump, bump, bump.

Me senté en la cama y escuché atentamente; parecía como si alguien, con un martillo enfundado, tratara de derribar los ladrillos de la pared. Ladrones, pensé (es costumbre atribuir a los ladrones todo cuanto ocurre a partir de la una de la madrugada) y me quedé reflexionando sobre el método tan positivo, pero al mismo tiempo tan engorroso, que habían adoptado para escalar la casa.

Los golpes continuaban sin cesar, pero irregularmente. Hallábase mi cama al lado de la ventana. Aparté la cortina, y el sol del amanecer inundó la habitación. Miré el reloj; eran las cinco y diez minutos.

Una hora muy poco a propósito para ladrones — pensé —, pues antes de que terminen estaremos desayunando.

De pronto oyóse un golpe, y algo pareció caer en el suelo de mi habitación. Me asomé a la ventana.

Un joven pelirrojo, ligeramente vestido con un suéter y unos pantalones de franela, estaba de pie sobre el césped, frente a mí.

—Buenos días — dijo alegremente —. ¿Quieres hacer el favor de echarme la pelota?

—¿Qué pelota? — pregunté.

—Mi pelota de tenis — dijo —; debe estar aquí, en tu habitación, pues ha dado contra la ventana.

Encontré la pelota y se la devolví.

—¿Qué es lo que estás haciendo? — dije —. ¿Jugando al tenis?

—No; estoy solamente practicándome contra la pared de la casa; esto mejora mucho el juego.

—Pero estropea mis noches de descanso — contesté groseramente —. He venido aquí a gozar de paz y tranquilidad. ¿No podrías practicar durante el día?

—¡Durante el día! — exclamó, riendo —. ¡Si hace dos horas que es de día! Pero, no te preocupes; me iré al otro lado —. Y, diciendo esto, dió vuelta a la esquina de la casa y empezó a jugar en la parte de atrás y despertó al perro. Oí que otra ventana se abría y que alguien se levantaba violentamente en el otro extremo del edificio. Al cabo de un momento volví a dormirme.

Estaba yo pasando unas cuantas semanas en un balneario de Deal, y, como no había otro joven en la casa, nos tratamos bastante. Era un muchacho entretenido y genial, pero su compañía hubiese resultado más agradable sin esta enorme afición que sentía por el tenis. Jugaba al tenis por lo menos durante diez horas diarias. Organizaba románticos partidos a la luz de la luna, en los que la mitad del tiempo transcurría separando a los contrincantes, y también organizaba impiadosos partidos, pues los jugaba en domingo. En los días de lluvia, yo mismo le había visto con una capa impermeable y unos zapatos de goma, practicándose.

Pasó una temporada en Tangiers, y al preguntarle si le había gustado, me respondió:

—¡Oh!, es un rincón del mundo, no hay ni una sola pista de tenis en toda la ciudad. Probamos de jugar en una azotea, pero resultaba demasiado peligroso.

En cambio, Suiza le gustó muchísimo. Me aconsejaba que pasara mis próximas vacaciones en Sermatt, y decía:

—Hay una pista muy importante en Sermatt; te parecerá que estás en Wimbledon.

Un conocido de los dos me contó que una vez, sobre la cumbre de la Jungfrau, se le ocurrió decir, mirando fijamente una pequeña plataforma de nieve rodeada de precipicios que se hallaba unos metros más abajo: «¡Dios mío!, no estaría mal aquí una pista de tenis, sólo que tendríamos que tener un poco de precaución al correr hacia atrás.» Cuando no estaba jugando al tenis, practicando el tenis o leyendo sobre tenis, entonces hablaba de tenis.

En aquella época, Renshaw era una destacada figura en el mundo del tenis, y él le nombraba tan continuamente que al fin creció en mi alma un obscuro deseo de matar a Renshaw, de un modo quieto, sin ostentación, y enterrarle.

Una tarde de lluvia estuvo hablándome de tenis durante tres horas, y yo me entretuve contando las veces que nombraba a Renshaw; fueron cuatro mil novecientas treinta veces.

Después del té, colocó su silla a mi lado, cerca de la ventana, y empezó diciendo:

—No has notado nunca cómo Renshaw...

Y yo contesté:

—Supón que alguien cogiera una pistola, alguien que tuviera buena puntería, y matara a Renshaw. ¿Dejarían los aficionados al tenis de hablar de él?

—¡Oh!; pero ¿quién mataría a Renshaw? — preguntó, indignado.

—No importa — dije —. Esto es una suposición.

—Bien; pues entonces quedaría su hermano — contestó.

Yo lo había olvidado.

—Bueno, no vamos a discutir sobre cuántos son — dije —; pero figúrate que alguien les matara a todos. ¿Dejarías así de hablar de Renshaw?

—¡Nunca! — exclamó con énfasis —. Renshaw será siempre un nombre donde se hable de tenis.

No me atrevo a pensar las consecuencias que otra respuesta hubiese podido acarrear.

Al año siguiente, Begglely había olvidado completamente el tenis y era un ardiente aficionado a la fotografía, por lo que sus amigos le imploraban que volviera a ocuparse del tenis; pero en vano intentaban interesarle hablando de saques y contando anécdotas de Renshaw. El no les hacía el menor caso.

De todo cuanto veía y de todas partes a donde fuera, sacaba fotos. Retrató a sus amigos y les convirtió en sus enemigos. Retrató niños y niñas y sembró la desesperación en lo más profundo de los maternales corazones. Retrató jóvenes casadas y una nube apareció en la felicidad de su hogar.

Cierta vez, un muchacho se enamoró perdidamente de una chica que, según la opinión de los amigos, no le convenía; pero cuando más le hablaban en contra de ella, más parecía encapricharse, hasta que, al fin, una idea feliz se le ocurrió al padre del muchacho en cuestión, y pidió a Begglely que la retratara en siete posturas diferentes.

Cuando su hijo vió la primera foto, dijo:

—Pero ¡qué horrible! ¿Quién la hizo?

Cuando Begglely le enseñó la segunda, dijo:

—Pero ¡si no tiene parecido! En esta foto, es vieja y fea.

Y al ver la tercera...

—¿Qué es lo que has hecho con sus pies? No es posible que sean tan grandes; sería un fenómeno.

Y a la cuarta...

—¡Dios mío, qué pose! ¿Cómo se te ocurrió?

Y a la primera ojeada que dió sobre la quinta, estremecióse:

—¡Oh, qué espantosa expresión! ¡No es humana!

Begglely sentíase cada vez más ofendido, pero el padre, que se hallaba junto a él, defendióle:

—No tiene la culpa Begglely — dijo el caballero, suavemente —. No es culpa suya. ¿Qué es un aparato fotográfico? Sencillamente, un instrumento en manos de la ciencia. Begglely no hace más que preparar el aparato, y lo que está enfrente pasa al interior, y esto es todo.

—No — continuó el caballero, deteniendo la mano de Begglely, que iba a completar la exhibición —; no le enseñe las otras dos.

Yo sentí lo ocurrido por la pobre muchacha, que creo estaba verdaderamente enamorada del joven. En cuanto a su físico, era más que corriente; pero un mal espíritu parecía haberse metido dentro de la cámara de Begglely, captando los defectos con el inequívoco instinto de un crítico de nacimiento, aumentándolos de tal modo que las cualidades desaparecían.

Si un hombre tenía una berruga, aparecía la berruga en la foto y el hombre quedaba relegado a segundo término. Las personas de facciones pronunciadas parecían simplemente apéndices de sus narices. A un hombre del vecindario, que hacía cuarenta años que usaba bisoñé sin que nadie se hubiese apercibido de ello, descubrióle el fraude en un instante la cámara de Begglely, y tan claramente lo expuso que los amigos del hombre maravillábanse de no haberlo notado durante tantos años. La cámara de Begglely parecía complacerse en presentar siempre la parte peor de la humanidad; así, los pequeñuelos aparecían con una expresión de baja perfidia, y las muchachas, si no quedaban sonriendo como idiotas, parecían encolerizadas arpías. En cuanto a las amables viejecitas, les daba una expresión de agresivo cinismo. A nuestro vicario, que era uno de los hombres más excelentes, nos lo presentó como un hombre feroz y cejudo, de baja ralea, y al más importante procurador de la ciudad le agració con una expresión de hipocresía tan sutilmente velada que pocos de los que vieron este retrato volvieron a confiarle sus asuntos.

En cuanto a mí mismo, no debiera dar mi opinión, por ser parte interesada; pero sólo deseo decir que si es cierto que el retrato que Begglely me hizo se parece a mí, quedan completamente justificados los críticos en todo cuanto en contra mía han dicho.

No, ciertamente yo insisto, aunque no pretendo poseer la figura de un Apolo, insisto en que no tengo una pierna dos veces más larga que la otra y que no está encorvada hacia arriba. Esto puedo probarlo. Begglely se disculpa diciendo que le ocurrió un accidente al revelar la foto; pero como esta explicación no aparece en ella, siento como si se cometiera conmigo una injusticia.

En cuanto a la perspectiva que captaba su cámara, parecía no estar regida por ninguna ley divina ni humana. Vi una foto de su tío junto a un molino, que, a juzgar por ella, desafío a cualquier persona sin prejuicios a que aclare si es más alto el tío o el molino.

En cierta ocasión provocó un escándalo imponente por exhibir el retrato de un distinguida y respetable señorita dando de mamar a un joven que tenía sentado sobre sus rodillas. No podía distinguirse bien la cara del joven; pero, a juzgar por su talla, el traje que llevaba parecía ridículamente infantil. Tenía un brazo alrededor del cuello de la muchacha, mientras que ella le aguantaba una mano, riendo afectadamente.

Como no ignoraba los trucos de la máquina de Begglely, acepté incondicionalmente la explicación que la señorita me dió. El joven sentado sobre sus rodillas era un sobrino suyo de once años de edad; pero la máquina ridiculizó sin compasión el parentesco y, efectivamente, las apariencias eran sospechosas.

Ocurría todo esto en los primeros tiempos de la fotografía; cuando un mundo sin experiencia sentíase muy satisfecho de retra-

*(Termina en la página anterior)*

«PUBLICACIONES Y REVISTAS, S. A.»
Ignacio Agustí, director